

**El Improvisador**

**Parte II**

**Por**

**Hans Christian Andersen**

## Parte segunda

### I

#### **Las ciénagas pontinas. Terracina. Un viejo conocido en la ciudad natal de Fra Diavolo. El huerto de naranjos de Mola di Gaeta. La Signora napolitana. Nápoles**

Muchos se imaginan las ciénagas pontinas como un simple terreno pantanoso, una extensión desierta de aguas estancadas, llenas de lodo, un camino penoso de recorrer; muy al contrario, los pantanos tienen más en común con las ricas llanuras de la Lombardía, e incluso son más fértiles; el césped y las hierbas aromáticas se muestran con una opulencia y una jugosidad que la Italia del norte no llega a ofrecer.

Tampoco puede haber camino alguno más espléndido que el que atraviesa los pantanos; es como deslizarse sobre un mapa, el carruaje viaja bajo la larguísima avenida de tilos, cuyas espesas ramas ofrecen sombra frente a los ardientes rayos del sol. A ambos lados se extiende la inacabable llanura con su alta hierba, su verde vegetación palustre; los canales se entrecruzan y absorben el agua que por todas partes se nos muestra en forma de estanques y lagunas llenos de juncos y nenúfares de anchas hojas. A la izquierda, viniendo desde Roma, se extienden los altos Abruzos con muchos pueblecitos que, con sus paredes blancas, destacan como empinados castillos sobre los grises roquedales. A la derecha, la verde llanura que desciende hasta el mar, donde se yergue el promontorio del Circeo, ahora parte de tierra firme, antes Isla de Circe, donde la leyenda quiso que desembarcara Ulises.

Según iba caminando se disipaba la niebla que flotaba sobre la verde superficie, donde los canales relucían como sábanas puestas a secar; el sol ardía con calor de verano aunque sólo estábamos a finales de febrero. Rebaños de búfalos paseaban entre las altas hierbas. Una manada de caballos correteaba libre, golpeando el aire con las patas traseras, haciendo que el agua salpicara; sus ágiles posturas, sus osados saltos y piruetas podrían ser un auténtico estudio para cualquier pintor de animales. A la izquierda vi una enorme, imponente columna de humo que procedía de la gran fogata que encendían los pastores para limpiar el aire en torno a sus cabañas. Me topé con un campesino cuya tez enfermiza, amarillenta, contradecía la fecundidad que ofrecían las ciénagas. Como un muerto salido de su tumba, cabalgaba a lomos de su caballo negro, llevando en la mano una garrocha que utilizaba para recoger y reunir los búfalos que paseaban por el turbio fango; algunos estaban tumbados y asomaba sólo su negra, fea cabeza de ojos malignos. Las distanciadas casas de postas de tres o cuatro pisos construidas al lado mismo del camino, dejaban ver también, ya a primera vista, el aire ponzoñoso que se elevaba desde los pantanos. Las paredes encaladas estaban totalmente cubiertas de un espeso moho grisáceo. Los edificios, igual que las personas, mostraban las cicatrices del traicionero hálito, llamativo contraste con la feracidad de los alrededores, con la fresca verdura y el cálido sol.

Mi alma enferma me hacía ver en la naturaleza una imagen de la falsa felicidad de la vida; así ve casi siempre el ser humano a través de las gafas del sentimiento, y todo será negro o rosa según sea el color del cristal con que se mira. Aproximadamente una hora antes del Avemaría había dejado los pantanos a mi espalda; las montañas, con sus amarillas masas rocosas, estaban cada vez más cerca, y allí delante se veía Terracina, en medio de la exuberante naturaleza hespéride. Tres esbeltas palmeras cargadas de fruto se alzaban a escasa distancia del camino; los grandes huertos de frutales que se encaramaban por la ladera semejabán una gran alfombra verde con millones de puntos dorados: eran

limones y naranjas que hacían a las ramas doblarse hacia el suelo. Ante una pequeña alquería junto al camino había en el suelo una buena cantidad de limones caídos, reunidos en montones como si fueran castañas arrancadas del árbol. Romero y encarnados alhelíes silvestres crecían feraces en las grietas de la roca hasta la más alta cumbre del picacho, donde se alzaban aún las majestuosas ruinas del castillo del rey ostrogodo Teodorico de Verona, cerniéndose sobre la ciudad y la comarca toda.

Mis ojos quedaron cegados por aquel bello cuadro; en silenciosa ensoñación entré en Terracina. Ante mí, el mar. Era la primera vez que veía el mar, el bellissimo Mediterráneo. Era el cielo mismo, en su más puro color ultramarino, que se extendía ante mí como una inmensa planicie. Muy lejos se vislumbraban algunas islas, como nubes flotantes del más hermoso color lila; entreví el Vesubio azuleante en el horizonte con su columna de humo negro. La superficie del mar parecía una balsa de aceite; pero hacia la costa, donde yo me encontraba, rompían las largas olas, tan azules, tan transparentes como el mismo éter, resonando como el trueno contra las montañas.

Mis ojos estaban tan atados como mis pies; toda mi alma respiraba fascinación. Era como si lo corporal que había dentro de mí, el corazón y la sangre, se convirtieran en espíritu, se diluyeran en él para poder deslizarse entre ambos cielos: el mar infinito y el cielo que lo cubre. Las lágrimas brotaron en tromba por mis mejillas, lloré como un niño.

Junto al lugar donde me encontraba había un gran edificio blanco; la rompiente golpeaba contra el terreno sobre el que se levantaba. Su piso inferior, hacia la calle, era una única columnata, dentro de la cual se detenían los carruajes de los viajeros. Era la posada de Terracina, la mayor y más bella de todo el camino entre Roma y Nápoles.

El eco de un latigazo resonó en la pared de piedra: un carruaje cerrado con cuatro caballos se dirigía a la posada. Detrás del coche, unos criados armados; un señor pálido y delgado, envuelto en un gran batín de colores, se estiró en el interior. El postillón descendió, chasqueó de nuevo un par de veces su largo látigo, y uncieron al coche caballos nuevos. El forastero quería salir de inmediato, pero cuando solicitó escolta para atravesar las montañas, donde Fra Diavolo y los Cesaris contaban con una muy osada descendencia, se vio obligado a esperar un cuarto de hora, y se puso a maldecir medio en inglés, medio en italiano, por la holgazanería de aquella gente, por todos los males y padecimientos que había de soportar el viajero, y finalmente anudó su pañuelo para formar un gorro de dormir, se lo calzó en la cabeza y se tumbó en un rincón del carruaje, cerró los ojos y pareció rendirse a su destino.

Me enteré de que era inglés, que llevaba ya diez días recorriendo el norte y el centro de Italia y que en ese breve tiempo se había familiarizado perfectamente con aquellas tierras, había pasado un día en Roma y ahora quería llegar a Nápoles para ascender al Vesubio y partir desde allí en vapor hasta Marsella, a fin de conocer también el sur de Francia, aunque contaba con poder hacerlo en un tiempo aún más breve. Finalmente llegaron ocho jinetes bien armados, el postillón chasqueó su látigo, y coche y jinetes desaparecieron por el portal, al lado del gran roquedal amarillento.

—Con toda su escolta y todas sus armas, no está tan seguro como mis viajeros —dijo un hombre pequeño, rechoncho, que jugaba con su látigo—. A los ingleses les encanta ir siempre al galope. ¡Qué tipos más raros! ¡Por Santa Filomena de Nápoles!

—¿Lleva usted muchos viajeros en su coche? —pregunté.

—Un corazón en cada esquina —respondió—. Ya ve, eso hace cuatro personas. El del cabriolé no era más que uno. Si el signore desea ir a Nápoles, podrá estar allí pasado mañana, cuando el sol brille

aún sobre San Telmo.

Nos pusimos de acuerdo y así me libré del apuro que me causaba mi total carencia de dinero de bolsillo.

—Seguramente querrá usted algo de dinero de bolsillo, signore —preguntó el cochero, con una moneda de cinco paolo entre los dedos.

—Proporcionéme un sitio a la mesa y una buena cama —respondí—. Salimos mañana, ¿no?

—Sí, si quieren San Antonio y mis caballos —exclamó— saldremos a las tres. Tenemos que pasar dos veces por la aduana y apuntarnos tres veces en los papeles, eso es lo más difícil de nuestro camino mañana —y levantó la mano hacia la gorra, hizo un gesto con la cabeza, y se fue.

Me señalaron una habitación que daba al mar, donde entraba el aire fresco, donde las largas rompientes alborotaban; un cuadro muy distinto al de la campiña, pero la amplia extensión me hizo pensar en el hogar en el que viví, y en la anciana Domenica; me apenaba no haberla visitado con suficiente frecuencia, ella me amaba de todo corazón y era sin duda la única que así lo hacía. Sua Eccellenza, Francesca, bueno, ellos también sentían cariño por mí, pero con sus propios matices. Cuando son los beneficios los que unen y no pueden hallar reciprocidad entre donante y receptor, surge un foso que puede salvarse durante años a base de las plantas trepadoras del afecto, pero que nunca se llena por completo. Pensé en Bernardo y Annunziata... mis labios gustaron saladas gotas que descendían de mis ojos, o quizá... del mar que se abría a mis pies, pues la rompiente salpicaba la pared hasta muy arriba.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, salí de Terracina con mi cochero y sus viajeros. En la frontera hicimos un alto; estaba empezando a clarear. Todos descendieron del coche mientras revisaban nuestros pasaportes. Fue entonces cuando vi por primera vez a mis compañeros de viaje. Entre ellos había un hombre de unos treinta y tantos años de edad, bastante rubio y de ojos azules; atrajo mi atención, me pareció haberle visto antes, aunque no podía recordar cuándo; las pocas palabras que le oí pronunciar delataban que se trataba de un extranjero.

Fuimos retenidos largo rato con los pasaportes, pues la mayoría de ellos estaban en lenguas extranjeras que los soldados no comprendían. El forastero sacó entretanto un libro de hojas en blanco y dibujó el escenario en el que nos encontrábamos: las dos altas torres con la puerta que cruza el camino, las pintorescas cuevas allí cerca, y en el fondo el pueblecito, en lo alto de las montañas.

Me acerqué un poco y me llamó la atención el bello cuadro que formaban las cabras agrupadas dentro de la cueva más grande. En ese mismo instante dieron un salto; fue apartado un gran haz de leña que estaba colocado en una de las aberturas más pequeñas que conducían al interior de la cueva y que hacía las veces de puerta, y las cabras salieron dando saltos, de dos en dos, igual que los animales al abandonar el Arca de Noé. Un zagalillo diminuto cerraba el grupo: su sombrerito en punta, ceñido por el bramante, las medias agujereadas y las sandalias, además de la capa corta de color marrón que se había echado sobre los hombros, le daban un aspecto de lo más pintoresco. Encima de la cueva triscaban las cabras entre los bajos matorrales; el muchachito se instaló sobre una roca que sobresalía de la cueva y nos miró, y también al pintor que lo dibujaba a él y a cuanto le rodeaba.

—¡Maledetto! —oímos gritar al cochero, y lo vimos corriendo a toda velocidad hacia nosotros: uno de los pasaportes tenía un problema. Pensé que seguramente había de ser el mío, y la sangre me subió a las mejillas. El extranjero maldijo la ignorancia de los soldados, no sabían leer, dijo, y acompañamos al

cochero hasta una de las torres, donde encontramos a cinco o seis hombres inclinados sobre una mesa, donde examinaban un pasaporte que tenían abierto de par en par.

—¿Quién se llama Frederik? —preguntó uno de los más importantes que había en la mesa.

—Yo —respondió el extranjero—. Me llamo Frederik, que en italiano es Federigo.

—¿De modo que Federigo Seis?

—¡Oh no! Ese es el nombre de mi rey, que figura en el pasaporte.

—¡Vaaaya! —dijo el hombre, que leyó lentamente en voz alta: Frédéric Six par la grace de Dieu Roi de Danemarc, des Vandales, des Gothes, etc—. ¿Pero qué es esto? —dijo el hombre, interrumpiéndose a sí mismo—. ¿Es usted vándalo? ¿Es usted uno de esos bárbaros?

—Sí —dijo el extranjero, riendo—. Soy un bárbaro que ha venido a Italia a cultivarse. Abajo pone mi nombre, que es también Frederik, igual que el de mi rey, Frederik o Federigo.

—¡Es inglés! —dijo uno de los escribientes.

—¡Oh no, no! —respondió el otro—. Confundes los países; aquí pone bien claro que es del norte: ¡Es ruso!

Federigo, Dinamarca, aquellos nombres encendieron una luz en mi alma. ¡Era el amigo de mi infancia, el inquilino de mi madre, el que me llevó a las catacumbas y me regaló su precioso reloj de plata, el que me dibujaba preciosas escenas!

El pasaporte estaba correcto y los soldados de la frontera lo comprendieron perfectamente en cuanto el extranjero les puso un paolo en la mano, para que no nos hicieran perder más tiempo.

En cuanto nos pusimos de nuevo en movimiento, me di a conocer al extranjero; era, efectivamente, quien yo pensaba, nuestro Federigo el danés, que había vivido con mi madre y conmigo. Manifestó auténtica alegría al reconocermelo y enseguida me llamó su pequeño Antonio; había miles de cosas que preguntarnos y contarnos. Pidió a mi anterior vecino en el cabriolé que cambiara el lugar con él, y nos sentamos juntos; de nuevo me estrechó las manos, rio y bromeó.

Le hablé a grandes rasgos de lo que había sucedido en mi vida desde que fui a la cabaña de Domenica hasta que me convertí en abate, di luego un salto adelante sin tocar los últimos sucesos, y terminé con una breve frase: «Ahora voy a Nápoles».

Recordaba bien la promesa que me hizo cuando nos vimos por última vez en la campiña, que un día me llevaría a Roma; pero poco después, una carta que le llegó de su patria le obligó a hacer el largo camino hasta su casa, de manera que no pudo volver a verme. En el hogar, su amor a Italia fue haciéndose cada vez más fuerte, hasta que lo hizo volver a abandonar su país.

—Y ahora es cuando realmente disfruto de todo —dijo—; me bebo el aire a grandes tragos, reconozco cada rincón en el que había estado antes. Aquí me saluda la patria de mi corazón, aquí están las formas. ¡Italia es un bendito cuerno de la abundancia!

El tiempo y el camino pasaban rápidos en compañía de Federigo, ni siquiera me percaté de la parada, un tanto larga, en la aduana de Fondi. Él sabía captar la belleza poética de todas las cosas, me resultó doblemente querido e interesante y fue el mejor ángel consolador de mi corazón entristecido.

—Allí delante tenemos la sucia Itri —exclamó señalando la ciudad que estaba ante nosotros—. ¡No

te lo vas a crear, Antonio! Pero en el norte, donde las calles están tan limpias y repintadas, donde son tan regulares, añoraba una ciudad italiana realmente sucia; tienen algo especial y exclusivo, justo lo que desea un pintor. Esas callejuelas estrechas y mugrientas, esos balcones de piedra grises y sucios donde cuelgan medias y campanas, las ventanas sin orden alguno, una arriba, otra abajo, unas grandes, otras pequeñas, allí una escalera de cuatro o cinco varas de alto que permite llegar hasta la puerta donde está sentada la abuelita con su huso, y luego un limonero con grandes frutos amarillos que asoma por la tapia. ¡Sí, de ahí sí que puede sacarse una pintura! Pero esas calles tan pulcras, con las casas tiesas como soldados, escaleras y miradores perfectamente alineados, ¡de eso no hay nada que sacar!

—¡Es el pueblo natal de Fra Diavolo! —gritaron los viajeros cuando entramos en la estrecha y sucia Itri, que tan pintoresca le parecía a Federigo. La ciudad está encaramada en un picacho frente a un profundo barranco; la calle mayor apenas era suficientemente ancha, en la mayor parte de su recorrido, para dejar paso a un coche. La mayoría de los pisos bajos carecían de ventanas, en un sitio había un ancho portal por el cual se podía ver hasta el oscuro sótano; por todas partes niños sucios y mujeres; todos extendían la mano para mendigar. Las mujeres reían y los niños chillaban y sacaban la lengua para hacernos burla. No nos atrevíamos a sacar la cabeza del carruaje para que no quedara aplastada entre éste y las casas salientes, cuyos balcones de piedra asomaban muy por encima de nosotros en algunos lugares, hasta el punto de que parecía que fuésemos por una avenida con soportales. A ambos lados veía paredes negras, el humo se abría camino por los portones abiertos y trepaba por las paredes cubiertas de hollín.

—Es un pueblo precioso —dijo Federigo dando una palmada.

—Un pueblo de bandidos es lo que es —dijo el cochero cuando salimos—. A la mitad de la población la policía la ha hecho mudarse a otro pueblo al otro lado de la montaña, y ha traído a otra gente; pero no sirve de nada, todo lo que se planta aquí se convierte en mala hierba. Pero la pobre gente también tiene que vivir.

La situación del pueblo, junto a la gran carretera de Roma a Nápoles, invita ciertamente al bandidaje; era fácil esconderse en los espesos olivares, en las cuevas de la montaña, las murallas ciclópeas y las demás ruinas, que no escaseaban.

Federigo llamó mi atención a una colosal muralla solitaria, cubierta de madreselva y otras plantas trepadoras. Era la tumba de Cicerón; allí, el puñal asesino había herido al fugitivo, allí se habían hecho ceniza aquellos elocuentes labios.

—El cochero nos llevará hasta la villa de Mola di Gaeta —dijo Federigo—; es la mejor posada y tiene unas vistas que no desmerecen de las de Nápoles.

La formación montañosa era tan bella, la vegetación, tan ubérrima; ahora íbamos por una avenida de altos laureles y ante nosotros vimos el hotel mencionado. El cameriere estaba ya con la servilleta esperándonos en la ancha escalera adornada con bustos y flores.

—¡Eccellenza, es usted! —exclamó al ayudar a una señora algo gruesa a apearse del coche. La observé: el rostro era bello, muy bello, los ardientes ojos negros como el carbón decían de inmediato que era napolitana.

—¡Ay, sí, soy yo! —respondió la mujer—. Aquí vengo con mi doncella, como si fuera mi cicisbeo; ese es todo mi séquito, no llevo conmigo ni a uno sólo de mis hombres. ¿Qué te parece el valor que tengo, viajar así de Roma a Nápoles?

Como una doliente, se arrojó en el sofá, apoyó su bella mejilla en la pequeña mano rechoncha y empezó a estudiar la carta de comidas:

—Brodetto, cipollette, facioli; ya sabe que no quiero sopas, se me pondrá una figura como el Castel dell'Ovo. Unas animelle dorate y unos finocchi serán suficiente; porque volveremos a comer en Santa Ágata... ¡Ay, ahora respiro mejor! —continuó, soltando la cinta de su capa—. ¡Ahora siento soplar ya mi aire napolitano, bella Napoli! —exclamó, abrió de par en par la puerta del balcón, que daba al mar, extendió los brazos y aspiró profundamente.

—¿Ya se puede ver Nápoles? —pregunté.

—Todavía no —respondió Federigo—, pero sí la Hesperia, el encantador huerto de Armida.

Subimos a la Loggia, que tenía una tapia de madera sobre el puerto. ¡Qué espléndido, más imponente de lo que puede imaginar la fantasía! A nuestros pies se extendía un bosque de limoneros y naranjos que parecían sobrecargados de fruta, las ramas se inclinaban hacia el suelo bajo su dorado peso; cipreses de enorme altura, como los álamos del norte de Italia, delimitaban el huerto. Parecían más oscuros aún de lo que eran por el contraste con el luminoso mar celeste que se extendía a sus espaldas y que golpeaba con su rompiente los restos de baños y templos de la antigüedad, al otro lado de la baja tapia del huerto. Naves y barcas de grandes velas blancas penetraban en la calma bahía, por la cual se extendía Gaeta con sus altos edificios. Un montecillo se encumbraba sobre la ciudad, y encima de todo había unas ruinas.

Aquella espléndida belleza me cegó los ojos.

—¡Mira el Vesubio humeante, allí! —dijo Federigo señalando con el dedo hacia la izquierda, donde la costa montañosa se esfumaba como leves nubecillas que descansaban sobre un mar de incomprendible belleza. Con alma infantil capté toda aquella majestuosa hermosura, y Federigo era tan feliz como yo mismo. Descendimos hasta los altos naranjos y yo besé las doradas frutas que colgaban de sus ramas, cogí algunas de las que había por el suelo, las hice bailar en el aire como bolas doradas y las lancé al mar azul.

—¡Preciosa Italia! —clamó, feliz, Federigo—. Sí, así la imaginaba allá en el lejano norte. En mis recuerdos, este aroma estaba por todas partes. Pensaba en sus olivares cuando veía nuestros sauces; soñaba con los campos de naranjos cuando veía las doradas manzanas en los huertos de los labriegos, junto al aromático campo de tréboles. Pero el agua verde del Báltico nunca se volvía azul como el espléndido Mediterráneo; el cielo del norte no era nunca tan alto ni tan rico en colores como en el cálido y hermoso sur —su alegría era entusiasmo, sus palabras se hacían poesía.

—¡Qué añoranza tan grande he sentido en mi país! —dijo—. Es más feliz quien jamás ha visto el paraíso que quien estuvo en él y lo abandonó para no regresar jamás. Mi patria es bella; Dinamarca es un jardín en flor que puede compararse con lo que hay al otro lado de los Alpes; tiene bosques de hayas y tiene el mar. ¿Pero qué es la belleza terrena comparada con la celestial? Italia es la tierra de la fantasía, de la belleza. ¡Tanto más feliz es quien la saluda de nuevo! —y besó, igual que yo, las amarillas naranjas; las lágrimas corrían por sus mejillas y me cogió del cuello, sus labios ardían sobre mi frente.

Y entonces mi corazón se abrió también a él; pues no era un forastero, era mi amigo de la infancia. Le conté el último gran suceso de mi vida y sentí mi corazón aliviado al poder pronunciar en voz alta el nombre de Annunziata, mi dolor y mi desdicha, y Federigo escuchó con la comprensión de un auténtico amigo; leal, me ofreció su mano y me miró con sus ojos azules que alcanzaban hasta el fondo de mi alma. Un suspiro apagado sonó en el seto próximo; pero el alto laurel y las ramas cargadas de naranjas

lo ocultaban todo; quien fuera, podía llevar allí un buen rato y haber escuchado lo que había estado contando, ni siquiera lo habría podido imaginar. Apartamos las ramas y muy cerca de nosotros, ante la entrada a las ruinas de las termas de Cicerón, estaba sentada la signora napolitana, llorando como una Magdalena.

—¡Ay, joven caballero! —exclamó—. Soy totalmente inocente... Ya estaba sentada aquí cuando llegó usted con su amigo, este es un sitio fresco y aireado. Hablaban ustedes tan alto que yo ya estaba a mitad de la historia cuando me di cuenta de que era una conservación de lo más privada... Me ha emocionado profundamente... No le quepa duda alguna de que a partir de ahora seré su cómplice; mi lengua está muda como la de un muerto.

Cohibido, me incliné ante la desconocida signora que de aquella forma había llegado a conocer lo más profundo de mi corazón. Más tarde, Federigo intentó consolarme diciendo que nadie podría saber cómo acabarían las cosas.

—Esa es mi fe en el destino —dijo—; como un auténtico turco; además cada corazón tiene en sus propios archivos memorias igual de tristes. Tal vez, lo que te oyó contar era la historia de la juventud de la signora; quiero creerlo, pues las personas rara vez vierten sus lágrimas por el dolor de otros, excepto cuando les toca directamente a ellos. Todos somos egoístas, incluso en nuestras mayores penas y sufrimientos.

Volvimos al coche y nos pusimos en marcha. Todo el paraje aumentaba su frondosidad; hasta la altura de un hombre crecía junto al camino el áloe de anchas hojas, usado para formar vallas. Los grandes sauces llorones con sus péndulas ramas colgantes parecían besar su propia sombra en el suelo.

A la puesta del sol atravesamos el río Garigliano, donde en tiempos estuvo la antigua Minturnae; vi el amarillento río Liri, lleno de juncos, donde Mario se ocultó para escapar del feroz Sila. Pero aún nos faltaba un largo trecho hasta Santa Ágata, cayó la oscuridad y la signora empezó a sentirse inquieta por los bandoleros y no hacía más que mirar al exterior, por si aparecía alguien dispuesto a cortar las lonas del coche. En vano azuzaba el cochero a sus caballos sin dejar de repetir su «¡maledetto!», pero la negra noche corría más veloz que él. Por fin vimos luces ante nosotros; estábamos en Santa Ágata.

La signora estuvo extrañamente silenciosa durante la cena; pero no se me escapó que su mirada descansaba sobre mí, y cuando salí, casi de madrugada, antes de la partida, para beber un vaso de café, ella me abordó con gran amabilidad. Estábamos completamente solos, me dio su mano y me dijo con bondad y familiaridad:

—No me guardará rencor, espero. Me siento realmente avergonzada, aunque todo sucedió de la forma más inocente.

La tranquilicé y le aseguré que tenía la máxima confianza en su femineidad.

—Usted no me conoce en absoluto —dijo—, pero puede ser; es posible que mi esposo pueda serle de ayuda, pues llega usted a la gran ciudad desconocida. Puede visitarnos. Seguramente no conocerá a mucha gente, y un hombre joven puede equivocarse fácilmente en su elección.

Le agradecí cordialmente su interés por mí, que me conmovía; cierto es que en todas partes se hallan buenas personas.

—Nápoles es una ciudad peligrosa —me dijo; pero llegó Federico y nos interrumpió.

Al poco estábamos sentados de nuevo en el coche, habíamos bajado las ventanillas de cristal, todos



nos conocíamos mejor y nos aproximábamos a nuestro objetivo común, Nápoles. Federigo estaba encantado con los pintorescos grupos que encontrábamos. Mujeres con los rojos chales sobre la cabeza pasaban a nuestro lado montadas en sus asnos; el niño de pecho mamaba, y un niño algo mayor dormía en un cesto a sus pies. Una familia entera a lomos de un solo caballo; la mujer detrás, con el marido, apoyaba el brazo y la cabeza sobre su hombro, parecía dormida; el hombre tenía sentado ante él a su muchachito, que jugaba con el látigo; era un grupo como los que nos ofrecía Pinelli en sus preciosas escenas de la vida popular.

El aire era gris, llovía un poco; no podíamos ver Capri ni el Vesubio. El grano estaba jugosamente verde en los campos, bajo los altos frutales y los álamos a los que se enroscaban las vides.

—¿Ve usted? —dijo la signora—. Nuestra campiña es una verdadera mesa con pan, vino y fruta; y enseguida verá nuestra alegre ciudad y el hinchado mar.

Al atardecer nos acercamos a ella. La espléndida calle de Toledo se abría ante nosotros, ¡era todo un Corso! Tiendas con las luces encendidas, mesas ante la puerta, cubiertas de higos y naranjas, iluminadas por lámparas y farolillos de colores. La calle entera parecía un río de estrellas con sus incontables luces, al aire libre. A ambos lados, altas casas con balcones en cada ventana, incluso en la esquina misma; damas y caballeros estaban fuera, como si aún estuviéramos en el tiempo del alegre carnaval. Un coche se cruzaba con otro; ahora resbalaban los caballos en las pulidas losas con las que estaba pavimentada la calle; llegó entonces un pequeño cabriolé de dos ruedas; cinco y hasta seis personas iban sentadas en el pequeño carruaje, detrás, unos niños harapientos, y debajo, en la oscilante red, iba tumbado un lazzarone medio desnudo, tan tranquilo, y un único caballo tiraba de todos, y aun así, iba al galope. En una casa esquinera había fuego encendido; unos hombres medio desnudos, vestidos sólo con calzones de baño y sobre el pecho un chaleco con su único botón abrochado, estaban allí tumbados jugando a las cartas; organillos y pianolas tocaban sus melodías, unas mujeres cantaban, todos chillaban; todos corrían unos hacia otros: militares, griegos, turcos e ingleses. Me sentí trasladado a un mundo completamente distinto; una vida más meridional que la que yo conocía, me salía al encuentro. La signora daba palmas por su alegre Nápoles; Roma era una tumba en comparación con su risueña ciudad.

Continuamos hasta el Largo del Castello: idéntico alboroto, idéntico gentío fue lo que encontramos. A la vuelta resplandecía el teatro, con coloristas pinturas en el exterior, mostrando la escena principal de la pieza que se estaba representando. Desde un andamio muy alto alborotaba una familia de payasos: la mujer gritaba con todas sus fuerzas, el hombre soplaba una trompeta y el hijo pequeño los apaleaba a los dos con una enorme fusta, mientras un caballito se levantaba sobre las patas traseras y leía un libro abierto... Un hombre se detuvo y se puso a hacer esgrima y a bailar en medio de un grupo de marineros que estaban sentados en una esquina; había un improvisador, decían. Un hombre anciano leyó en voz alta de un libro. Orlando Furioso, me dijeron. Sus oyentes aplaudieron en el momento en que pasábamos por delante de ellos.

—¡El Vesubio! —oí exclamar a la signora, y entonces vi, al final de la plaza donde se levanta el faro, el Vesubio alzándose muy alto en el cielo, y la lava de color de fuego como un río de sangre agitándose a un costado. Por encima del cráter había una nube que brillaba roja por la ardiente lava; pero sólo un instante pudimos verlo. El coche cruzó la plaza y nos condujo hasta el Hotel Casa Tedesca. A su lado había un teatro de marionetas, fuera habían montado otro más pequeño en el que Polichinela hacía divertidos saltos, silbaba, ponía muecas y soltaba divertidos discursos. Todo eran risas alrededor nuestro. Sólo unos pocos hacían caso del monje que estaba en la esquina opuesta predicando en uno de los escalones de piedra; un hombre anciano, de hombros anchos, con aspecto de marino, sujetaba la cruz

con la imagen del Redentor. El monje miraba con ojos centelleantes los muñecos de madera del marionetero, que atraía la atención de la gente apartándola así de sus predicaciones.

—¡Es el tiempo de ayuno! —lo oí gritar—. ¡Es el tiempo que el cielo consagra, el tiempo en que hemos de abstenernos de la carne, vestirnos de telas de saco, cubrirnos de cenizas! ¡Es carnaval! ¡Es carnaval todo el tiempo, de día y de noche, un año y otro, hasta que caigáis en los abismos del infierno! ¡Allí será el llanto y el crujir de dientes, haréis bailes y fiestas en los pantanos y los suplicios del infierno!

Su voz se hacía cada vez más alta; el suave dialecto napolitano sonaba a mis oídos como ondeante verso, las palabras se engarzaban unas en otras melódicamente. Pero cuanto más elevaba su voz, más subía el polichinela la suya y sus saltos se hacían doblemente divertidos, y la gente aplaudía; entonces, lleno de ira, el monje cogió la cruz de manos del hombre que la sostenía en alto, se arrancó con ella hacia el frente mostrando al crucificado, al tiempo que gritaba:

—¡Ved, este es el verdadero polichinela! ¡A él veréis! ¡A él oiréis, para ello tenéis ojos y oídos! ¡Kyrie eleison! —incluso el marionetero dejó caer su polichinela. Yo estaba al lado de nuestro coche, profundamente impresionado por aquella escena.

Federigo había conseguido un coche para la signora, a fin de que pudiera llegar hasta su casa. Le dio la mano en señal de agradecimiento, pero a mí me abrazó pasando su brazo por el cuello, sentí un ardiente beso en mis labios y la oí decir: «¡Bienvenido a Nápoles!». Desde el coche, que se alejaba con ella, me lanzó otro beso con los dedos. Subimos a las habitaciones del hotel que nos había indicado el cameriere.

## II

### **Dolor y consuelo. Conozco mejor a la signora. El profesor. La carta. ¿La interpreté mal?**

Cuando Federigo se retiró a la cama, yo me quedé sentado ante el balcón abierto que daba a la plaza, con el Vesubio ante mí; el extraño mundo que parecía haber soñado no me invitaba a dormir. Con el paso del tiempo iba haciéndose mayor el silencio en la calle a mis pies, las luces se apagaron; ya era pasada la media noche. Mis ojos descansaban en la montaña, cuya columna de fuego se elevaba desde el cráter hacia la amplia masa nubosa de violento color rojo, que parecía así un colosal pino de fuego y llamas; el río de lava formaba sus raíces, con las que abrazaba el monte. Mi alma estaba sobrecogida por el inmenso espectáculo, por la voz divina que hablaba de Vulcano, pero también por el silencioso, apacible cielo nocturno. Era un instante, uno de esos que raras veces vivimos, en que, por así decir, el alma mira cara a cara a su Dios: yo comprendía Su omnipotencia, Su sabiduría y Su bondad, a la que sirven el rayo y el torbellino, y sin Cuya voluntad ni un gorrión cae a tierra. Mi propia vida estaba clara ante mis ojos, veía en todo lo sucedido en ella una orientación, un sentido; incluso las desdichas, las penas, habían dado lugar a algo mejor. La desgraciada muerte de mi madre a causa del caballo desbocado pareció privarme de cualquier futuro mejor, pues me quedé como un pobre huérfano; pero ¿no fue aquel acaso el auténtico y más noble motivo que luego condujo a Sua Eccellenza a ocuparse de mi educación, pues él había sido el inocente causante de mi desdicha? La pelea de Mariuccia y Peppo, los horribles momentos que pasé en casa de mi tío, me lanzaron a la corriente del mundo; pero de no

haber vivido en casa de la anciana Domenica en la desierta campiña, tal vez Sua Eccellenza jamás se habría fijado en mí. Fui rememorando así, en mi mente, escena tras escena de mi vida, y hallé en todas ellas las más excelsas sabiduría y bondad. Sólo cuando llegaba al borde del abismo parecía todo desplomarse. Mi amistad con Annunziata era como un día de primavera que de repente había abierto hasta el último capullo dentro de mi alma; a su lado, yo habría podido serlo todo, su amor habría culminado la felicidad de mi vida. Los sentimientos de Bernardo eran mera sensualidad; aunque sufriera momentáneamente por perderla, su dolor sería de poca duración, enseguida conseguiría consolarse; pero que Annunziata lo amase a él lo aniquilaba todo para mí. En este punto era yo incapaz de comprender la sabiduría del Todopoderoso, solamente sentía dolor por mis sueños aniquilados. En ese instante sonó una cítara debajo del balcón; vi a un hombre con la capa echada sobre los hombros tañendo las cuerdas, notas de amor brotaban de ellas. Poco después se abrió muy lentamente la puerta vecina y el hombre desapareció tras ella.

¡Un amante feliz, ha llegado su hora de besar y abrazar! Miré el cielo iluminado por las estrellas, el brillante mar azul oscuro, el deslumbrante rojo de la lava y las erupciones... «¡Espléndida naturaleza!», exclamó entonces mi corazón. «¡Tú eres mi amante! ¡Tú te aprietas contra mi corazón, me abres tu cielo y tu brisa me besa los labios y la frente! ¡A ti te cantaré, a tu belleza, a tu sagrada grandeza! Repetiré ante las gentes las profundas melodías que cantas tú a mi alma. Deja sangrar mi corazón; ¡la mariposa que se agita clavada en el alfiler tiene en ese mismo instante sus mejores brillos! El río que, hecho cascada, se precipita desde la roca y se deshace en espuma, aparece entonces con su máxima belleza. Es el sino del cantor. La vida, empero, no es sino un breve sueño. Cuando, en el más allá, vuelva a encontrar a Annunziata, ella me amará; todas las almas limpias se aman unas a otras; cogidas todas del brazo, ascienden hacia Dios las almas benditas en procesión».

Así soñaba mi mente, y el valor y la fuerza para actuar como improvisador, también unos fuertes deseos de hacerlo, llenaron mi alma entera. Sólo una cosa pesaba aún en mi corazón: ¿qué dirían Sua Eccellenza y Francesca de mi huida de Roma, de mi actuación como improvisador? Seguramente creerían que estaba aún en Roma, aplicado y silencioso, dedicado a mis libros. Aquel sentimiento no me permitía el reposo, tenía que escribirles esa misma noche. Con filial devoción se lo conté todo, tal y como había sucedido, hasta el último detalle, mi amor por Annunziata y el solo consuelo que encontraba en la naturaleza y el arte; acababa suplicándoles encarecidamente que me respondieran, si así quería concedérmelo la bondad de sus corazones; hasta que llegara su respuesta no daría un solo paso, no me presentaría en público... No me dejarían sumido en la desesperación por más de un mes... Mis lágrimas caían sobre la carta mientras escribía, pero me sentí aliviado con la misiva y al concluirla me dormí enseguida, con una tranquilidad que no había conocido en mucho tiempo.

Al día siguiente, Federigo y yo ordenamos nuestras cosas, él se marchó a su nuevo alojamiento en una de las calles laterales, yo me quedé en Casa Tedesca, desde donde podía ver el mar y el Vesubio, dos maravillas del mundo que sólo entonces conocía. Visité el Museo Borbónico, los teatros y el paseo, y al cabo de tres días de estancia me sentía ya familiarizado con la ciudad desconocida.

Nos llegó, a Federigo y a mí, una invitación del Profesor Maretti y su esposa Santa. En el primer momento pensé que se trataba de un error, pues no conocía a ninguna de aquellas dos personas, y la invitación parecía estar dirigida específicamente a mí, con el ruego de que llevase también a Federigo. Al inquirir más detalles, pude saber que Maretti era un gran erudito en antigüedades y que la signora Santa acababa de regresar de una visita a Roma; que seguramente Federigo y yo la habríamos conocido en el viaje. ¡De modo que se trataba de la signora napolitana!

Al atardecer acudí a la casa acompañado por Federigo. Encontramos una abundante compañía de personas en el salón iluminado, donde el bruñido suelo de mármol reflejaba las lámparas mientras una estufa rodeada de una verja de hierro templaba suavemente el espacio.

La signora, o, puesto que ya sabemos su nombre, Santa, vino a recibirnos con los brazos abiertos. Su vestido de seda azul celeste le quedaba muy bien; si hubiera estado algo menos rellenita se la habría podido considerar una mujer muy bella. Nos presentó a sus acompañantes y nos dijo que nos sintiéramos como en nuestra casa.

—A mi casa solamente vienen amigos; enseguida conocerán ustedes a toda la concurrencia —y mencionó una serie de nombres, señalando a las personas correspondientes. Charlamos, bailamos, oímos cantar ¡y las horas pasaron volando! Nos indicó un lugar donde sentarnos. Una dama joven estaba sentada al piano cantando; era precisamente la misma aria que cantó Annunziata en el papel de Dido; pero la impresión que me causó entonces fue completamente diferente: captaba el alma con una fuerza mucho mayor. Mas hube de aplaudir, igual que los demás, a la cantante, que a continuación tocó unos acordes y una alegre danza; tres o cuatro caballeros tomaron de la mano a sus damas y se deslizaron sobre el suelo resplandeciente. Yo me acerqué a una ventana, un hombre delgado y de baja estatura, de vivaces ojos transparentes, me hizo una profunda reverencia; lo había visto entrar y salir por la puerta como un duendecillo. Para trabar conversación empecé a hablar de las erupciones del Vesubio, de la belleza de la espléndida corriente de lava...

—Eso no es nada, amigo —respondió—. Nada en comparación con la gran erupción del 79, que describe Plinio; las cenizas llegaron hasta Constantinopla. También en mis tiempos tuvimos que usar paraguas en Nápoles por causa de la ceniza, pero entre Nápoles y Constantinopla hay cierta diferencia. Estábamos en plena época clásica, una época en la que habríamos rezado: *serus in coelum redeas!*

Yo hablé del teatro Carolino, y el hombre volvió al Carro de Tespis y me ofreció todo un tratado sobre la máscara trágica y cómica. Mencioné la revista de las tropas del rey, y al momento pasó él a la antigua forma de hacer la guerra, cómo se capitaneaba una falange completa. La única pregunta que me hizo él a mí fue si había estudiado historia del arte, refiriéndose sólo a la antigüedad. Le dije que me interesaba toda la vida del mundo, todo, que sentía la vocación de convertirme en poeta, y el hombre dio palmas y declamó sobre mi lira:

O decus Phoebi, et dapibus supremi

Grata testudo Iovis!

—¡Ya lo ha pillado! —dijo riendo Santa, que se acercó a nosotros—. ¡Andará ya en la época de Sesostris! Pero nuestra propia época lo reclama a usted, en ella están las damas con las que ha de bailar.

—¡Pero yo no bailo, no he bailado nunca! —respondí.

—Pero si se lo pido yo, que soy la anfitriona, no podrá decirme que no.

—Me temo que he de decir que no, pues mi torpeza hará quizá que caigamos los dos a ese suelo tan pulido.

—¡Pues muy bien! —exclamó, yéndose hacia Federigo, y al poco los dos se deslizaban sobre el mármol.

—¡Una mujer muy alegre! —dijo el marido, que añadió—: Bella, muy bella, Señor Abate.

—¡Muy bella! —respondí cortésmente, y de pronto nos vimos, el cielo sabrá cómo, entre vasos estruscos. Se ofreció a servirme de guía en el Museo Borbónico y me explicó prolijamente qué grandes maestros eran quienes pintaron aquellos inmensos tesoros, en los que hasta la más mínima línea contribuye a la belleza, la expresión y la presencia de las figuras; y había que pintar mientras la arcilla estaba aún húmeda para que no se perdiera ni un solo trazo, para que se conservara perfectamente todo lo que se había dibujado.

—¿Aún siguen ustedes metidos en la historia? —preguntó Santa al regresar—. ¡Continuará! —dijo riendo, me apartó del erudito y me susurró a media voz—: ¡No se moleste por ese hombre! Tiene que estar usted alegre. Ha de participar en la diversión. ¡Quiero pervertirlo! Tiene que contarme lo que ha visto, oído y disfrutado.

Le conté cuánto me agradaba Nápoles, le conté lo más inmediato, un paseíto que había dado esa misma tarde por la Gruta de Posillipo, delante de la cual había encontrado, en medio del denso viñedo, las ruinas de una pequeña iglesia transformada en alojamiento de una familia; los amables niños y la bella mujer que me sirvió vino habían contribuido a hacerlo todo aún más romántico.

—¿De forma que ya ha conocido gente? —dijo riendo, y levantó el dedo índice—. Bueno, no hay por qué avergonzarse, a la edad de usted, el corazón no se da por satisfecho con un sermón de Cuaresma.

Eso, más o menos, fue lo que aquella velada me enseñó sobre la signora Santa y su esposo. La signora tenía la costumbre de expresarse de una forma tan campechana, tan natural, como es propio de las napolitanas; y con una cordialidad que me resultaba extraordinariamente atractiva. El marido era un erudito, lo que no es ningún defecto; en el museo podría ser mi mejor guía.

Y lo fue; y Santa, a la que visité en varias ocasiones, me parecía más animada con cada visita; las atenciones que me dedicaba me halagaban, y su simpatía me abría el corazón y los labios. Yo apenas conocía nada del mundo, en muchas cosas seguía siendo un muchacho, de ahí que tomara la primera mano que se me ofreció amablemente, y a cambio de ella le ofrecí toda mi confianza.

Un día, Santa mencionó de pasada el momento más importante de mi vida, la separación de Annunziata, y sentí un consuelo, un alivio al poder expresarme ante aquella mujer tan afectuosa. Que supiera señalar algunas sombras en Bernardo, a juzgar por cómo lo había descrito yo mismo, fue para mí como un bálsamo. Pero no quise aceptar que también fuera capaz de encontrar defectos en Annunziata.

—¡Es demasiado menuda para los escenarios! —dijo—. Su constitución es demasiado tierna, eso me lo concederá usted, ¿no? Hace falta algo de cuerpo, mientras tengamos que vivir en este mundo. Ya sé que también aquí, en Nápoles, todos los caballeros jóvenes se quedaron entusiasmados con su belleza. Fue su voz, esa voz preciosa, sin tara alguna, lo que los arrastró al mundo del espíritu, al que pertenece realmente su delicada figura. Si yo fuera hombre, nunca podría enamorarme de una criatura semejante, me daría miedo que se pudiera hacer pedazos al primer abrazo.

Sus palabras lograron hacerme sonreír, y quizá era esa su verdadera intención, pensé. El talento, la inteligencia y el inmaculado corazón de Annunziata los respetó como cosa fuera de toda duda.

Las últimas tardes había escrito, hechizado por la belleza de aquella naturaleza nueva que me rodeaba, y también por mi estado de exaltación, algunos pequeños poemas: «Tasso en prisión», «Monje mendigo» e incluso algún pequeño estallido lírico, enfermizo, que reflejaba mi desdichado amor y el

destrozado cuadro del mundo que flotaba en mi alma. Empecé a leérselos a Santa, pero a mitad del primero me vi tan superado por el sentimiento que expresaba en él, que rompí a llorar; entonces me cogió las manos con fuerza y lloró conmigo, ¡aquellas lágrimas la unieron a mí para siempre! Su casa fue para mí un hogar; yo estaba siempre deseando que llegara el momento de poder hablar otra vez con ella; su buen humor, las divertidas ocurrencias con las que salía tantas veces, me hacían reír, aunque mi alma se diera perfecta cuenta de cuán distintas eran la alegría y la agudeza de Annunziata: más nobles, más puras. Pero como no había Annunziata alguna que viviera para mí, yo estaba agradecido y entregado a Santa.

—¿Ha visto usted últimamente —me preguntó un día— a la bella mujer de Posillipo, esa casa tan romántica, que es en parte una iglesia?

—¡Sólo una vez! —respondí.

—¿Era cariñosa? —preguntó Santa—. ¿Los niños estaban fuera y hacían de guías, se reflejaba la luna en el mar? ¡Tenga cuidado, signore, en esa parte de Nápoles es donde están los bajos fondos! —le aseguré con toda sinceridad que lo único que me atrajo a la Gruta de Posillipo era lo romántico del paraje.

—Querido amigo —me dijo en confianza—, yo entiendo más de esas cosas. Su corazón se vio lleno de amor, del primer amor violento, por la mujer que le dispensó un trato, no diré que indigno, pero sí injusto... no intente contradecirme... ella llenó su alma y usted ha tenido que librarse de esa imagen, ha tenido que abandonarla usted también, tal como usted mismo me aseguró, pero al hacerlo se abrió un vacío en su alma que necesita llenarse. Antes vivía usted solamente para sus libros y sus sueños, esa cantante lo hizo descender al mundo de los seres humanos, usted se convirtió en una persona de carne y hueso igual que todos nosotros, y eso exige sus derechos. ¿Y por qué no?... Yo nunca juzgo a una persona joven con severidad; ¡además, cada uno ha de actuar como le place!

La contradije en este último punto, pero el vacío que se había formado en mi alma tras la pérdida de Annunziata me obligaba a reconocer que tenía razón; pero ¿qué podría llenar la imagen perdida?

—¡Usted no es una persona como las demás! Usted es un personaje poético, y es posible que incluso la ideal Annunziata deseara un hombre de carne y hueso; por eso prefirió quizá a Bernardo, que está tan por debajo de ustedes dos... Pero —prosiguió— usted me hace hablar en una forma de la que soy incapaz, pues soy una dama; su asombrosa ingenuidad y su escaso conocimiento del mundo hacen que los demás se expresen con la misma ingenuidad con la que usted piensa —y se echó a reír a carcajadas, y me dio una palmadita en la mejilla.

Una tarde estaba con Federigo, cuando éste comenzó a contarme, con franqueza, sus felices días en Roma, cómo también su corazón palpitaba entonces con fuerza; Mariuccia era parte de la historia. A la casa de Maretti y Santa acudían otros jóvenes; buenos bailarines, excelentes conversadores, que recibían cariñosas miradas de las damas, y respeto de los caballeros; yo los conocía sólo de poco tiempo, y ellos ya me hacían confidente de sus asuntos del corazón, sobre los que yo expresaba mi espanto cuando me encontraba a solas con Bernardo, lo que no hacía sino acrecentar mi aprecio por él, y que solamente el aprecio que por él sentía me hacía perdonarlo... ¡bueno, eran muy distintos a mí! Si Santa tenía realmente razón, ¡yo no sería más que un personaje poético en este mundo! Que Annunziata amase a Bernardo venía a ser una demostración de ello; mi Yo espiritual le resultaba querido, seguramente, pero yo, como persona completa, era incapaz de conquistarla.

Llevaba en Nápoles como un mes sin tener noticia alguna de ella o de Bernardo, cuando el correo me trajo una carta; la cogí con el corazón palpitante, en la estampilla y el sobrescrito vi de quién procedía, reconocí el escudo de los Borghese y la escritura de su anciana Eccellenza... Casi ni me atrevía a abrirla. «Eterna Madre de Dios», oré, «¡ten misericordia de mí! ¡Sea tu voluntad, que sin duda traerá lo mejor!». Abrí la carta y leí:

«Signore:

Mientras yo creía que estaba usted aprovechando la oportunidad que le había proporcionado de aprender algo y convertirse en un miembro útil de la sociedad, sigue usted caminos completamente distintos, diferentes a los que yo deseaba. Como causa inocente de la muerte de su señora madre, ya he cumplido con usted. ¡Estamos en paz! Puede usted presentarse como improvisador, como poeta, como lo que usted quiera, pero, como única prueba del agradecimiento de que tantas veces ha hablado, deme su palabra de jamás relacionar mi nombre con el suyo, ni permitir que sea de público conocimiento lo que por usted he hecho; puesto que el gran servicio que habría debido hacerme usted, que no era sino aprender, no quiso usted satisfacerlo, no se le ocurra mencionarme como su bienhechor, pues me desagradaría sobremanera y acarrearía sobre usted toda mi ira.»

La sangre se agolpó en mi corazón, mis manos cayeron sobre mi regazo, pero no pude llorar; ¡hacerlo habría aliviado mi alma! «¡Dios mío!», balbucí, mi cabeza cayó sobre la mesa; aturdido, sin pensamientos, incluso sin dolor, me quedé en aquella postura largo rato. No tenía palabras con las que rezar a Dios y a los santos, tampoco a quienes, igual que el mundo entero, parecían haberme repudiado. Llegó entonces Federigo.

—¿Estás enfermo, Antonio? —preguntó, apretándome la mano—. ¡No puedes encerrarte aquí dentro todo el tiempo con tus penas! ¿Quién sabe si habrías podido llegar a ser feliz con Annunziata?... Siempre sucede lo que va a ser mejor para nosotros, yo mismo lo aprendí hace tiempo, y no en la forma más agradable.

En silencio le alargué la carta, que leyó; entretanto, mis lágrimas hallaron rienda suelta, pero me avergoncé de que las viera y aparté el rostro; mas él me apretó entre sus brazos y me preguntó si había tomado alguna determinación. Atravesó entonces mi alma una idea, que me reconcilió con la Madonna, a cuyo servicio había estado de niño, a la que había sido consagrado; en aquella idea hallé protección y solución para mi futuro:

—¡Lo mejor es hacerme monje! —dije—. A ello me conduce mi destino, en este mundo ya no hay nada para mí, no soy sino un personaje poético, no un ser humano como los demás. ¡Sí, será sólo en el regazo de la Iglesia donde podré hallar paz y hogar!

—¡Sé razonable, Antonio! —protestó Federigo—. ¡Haz que Sua Eccellenza y el mundo entero vean que tienes fuerzas, haz que la oposición del mundo te enaltezca en vez de hundirte!... Pienso, y espero, que solamente ahora, en estos momentos, deseas hacerte monje, y que mañana, cuando el sol brille y lleve la claridad a tu corazón, ya no seguirás deseándolo. Eres un improvisador, un poeta, posees espíritu y conocimiento, todo puede llegar a ser espléndido, magnífico. Mañana tomaré un cabriolé, nos escaparemos a Herculano y Pompeya, ascenderemos al Vesubio, aún no hemos estado allí; así te relajarás, te pondrás de mejor humor y, cuando tus negras fantasías hayan desaparecido, hablaremos razonablemente del futuro. Ahora vente conmigo a Via Toledo, ¡vamos a divertirnos! La vida pasa al galope e, igual que el caracol, todos llevamos a cuestas nuestra propia carga, de plomo o de juguete, tanto da, si el peso es el mismo —su preocupación por mí me conmovió, al menos conservaba un

amigo. Sin decir una sola palabra tomé mi sombrero y lo seguí. En la plaza sonaba alegre la música de los pequeños teatros callejeros, nos detuvimos ante uno de ellos, en medio del gentío. Toda la familia de artistas estaba, como de costumbre, en su tablado: el marido y la mujer vestidos con ropas de colores, roncós ya de tanto gritar; un muchachito pálido de rostro muy triste tocaba el violín vestido de Pierrot mientras sus dos hermanitas daban vueltas y más vueltas en una alegre danza. Me pareció muy trágico. ¡Pobres criaturas desdichadas!, pensé, sin saber si mi propio destino sería como el suyo. Me aproximé más a Federigo y no pude reprimir el suspiro que brotó de mi pecho.

—¡Tranquilo, y sé razonable! Vamos a pasear un poco, que el viento haga palidecer nuestras sonrosadas mejillas, y luego iremos a visitar a la signora Maretta! Con sus risas te animará, o llorará contigo hasta que te canses, a ella se le da mejor que a mí —así que paseemos por la ancha avenida y finalmente fuimos a casa de los Maretta.

—¡Por fin vienen ustedes una tarde fuera de lo habitual! —exclamó Santa con amabilidad, al vernos entrar.

—El signor Antonio está de ánimo elegíaco, hay que echarle un poquito de humor, ¡y dónde mejor que en casa de usted! Mañana vamos a Pompeya y Herculano, y subiremos al Vesubio. ¡Espero que tengamos suerte con las erupciones!

—¡Carpe diem! —exclamó Maretta—. ¡Me encantaría ir de excursión con ustedes! Pero no para subir al Vesubio, sino para comprobar cómo van las excavaciones de Pompeya. Acabo de recibir de allí unos adornos de cristal de colores, los he ordenado por su factura y he escrito un opusculum al respecto. Puede ver usted esas maravillas —le dijo a Federigo— y proporcionarme alguna indicación en lo tocante a los colores. ¡Y en cuanto a usted! —exclamó dándome una palmada en el hombro— ¡Usted tiene que empezar a mostrarse alegre! Tomemos un vaso de Falerno y cantemos con Horacio:

Ornatus viridi tempora pampino,

Liber vota bonos ducit ad exitus!

Me quedé a solas con Santa.

—¿Ha escrito usted algo nuevo? —preguntó—. Tiene toda la pinta de haber compuesto alguna de esas bonitas piezas que hablan al corazón de forma tan asombrosa. He pensado varias veces en usted y en su Tasso, y me he sentido de lo más melancólica al recordarlo, aunque ya sabe usted perfectamente que no soy de las lloronas. ¡Esté de buen humor un rato! ¡Míreme! ¡Dígame algo bonito! ¡Diga algo sobre mi vestido nuevo! ¿Qué le parece, me sienta bien? ¡Un poeta tiene que saber apreciar todas las cosas! ¡Estoy tan esbelta como un pino! ¿No es cierto?

—¡Eso se ve al momento! —respondí.

—¡Adulador! —exclamó—. ¿No estaré como de costumbre? ¡El vestido me queda de lo más holgado! ¿Hay algo de lo que avergonzarse? A fin de cuentas, usted es un hombre. Si queremos que ande usted en compañía de señoras, habrá que educarlo un poco. ¡Y lo vamos a hacer! Ahí andan mi marido y Federigo metidos hasta las cejas en la bendita antigüedad, vivamos nosotros el presente, es mucho más divertido. Tiene que probar nuestro espléndido vino de Falerno, y será ahora mismo, luego podrá volver a hacerlo con los otros dos.

Rechacé la idea de conversar sobre los sucesos del día, pero me di perfecta cuenta de lo abstraído que estaba.



—¡No soy más que una molestia para usted! —le dije, me puse en pie e hice ademán de coger mi sombrero—. Perdóneme, Signora, no me encuentro bien y eso me hace estar poco sociable.

—¡No puede dejarme sola! —protestó, haciéndome sentar de nuevo; me miró con simpatía y preocupación—. ¿Qué ha sucedido? ¡Tenga confianza en mí! Mis intenciones son buenas y nobles. ¡No le habrá hecho sentir mal mi petulancia! ¡Es que soy así! Dígame lo que ha sucedido. ¿Ha recibido carta? ¿Ha muerto Bernardo?

—¡No, gracias a Dios, no! —respondí—. Es otra cosa. Algo completamente distinto —no quería hablar de la carta de Sua Eccellenza, pero en mi dolor y mi confianza acabé contándoselo todo y, con lágrimas en los ojos, ella me rogó que no me entristeciera—. ¡Estoy solo en el mundo —gemí— abandonado por todos, nadie, ya nadie me quiere!

—¡Cómo que no, Antonio! —exclamó ella, y sentí su mano acariciándome la frente, sobre la que unos labios ardientes depositaron un beso—. ¡Claro que lo quieren! Usted es apuesto, es bueno. ¡Yo lo quiero, lo quiero, Antonio! —y llena de pasión me rodeó con sus brazos. Su mejilla descansó sobre la mía. Mi sangre se convirtió en una llama, un temblor recorrió todos mis miembros, era como si mi respiración se detuviera, jamás había sentido nada parecido; hubo ruido entonces en la puerta, ésta se abrió, y Federigo y el marido entraron en la estancia.

—¡Su amigo tiene fiebre! —dijo ella en su habitual tono intrascendente—. Ha estado a punto de asustarme, de pronto se puso pálido y rojo, creí que se iba a desmayar en mis brazos, pero ahora ya va mejor, ¿no es cierto, Antonio? —y como si no hubiera sucedido nada, como si nada se hubiera dicho, se burló de mí. Oí los latidos de mi propio corazón, y una sensación de vergüenza y asco despertaron en mi alma, y me aparté de ella, de la bella hija del pecado.

—¡Quae sit hiems Veliae, quod coelum, Vala Salerni! —dijo Maretti—. ¿Cómo van el corazón y la cabeza del signore? ¿Qué ha hecho ahora ferus cupido, que está siempre afilando sus sangrientas flechas en la ardiente amoladora?

El vino de Falerno derramó perlas en el vaso, Santa chocó su copa con la mía, y dijo con una mirada extraña: «¡Por tiempos mejores!».

—¡Por tiempos mejores! —repitió Federigo—. ¡Ya vendrán! ¡Pero no hay que rendirse jamás!

Maretti también chocó su vaso con los nuestros, y asintió con la cabeza:

—¡Por tiempos mejores! —Santa rio a carcajadas y me dio una palmadita en la mejilla.

### III

#### **Paseo por Herculano y Pompeya. Atardecer en el Vesubio**

A la mañana siguiente vino Federigo a recogerme. Maretti subió también al coche, una brisa fresca soplabla desde el mar y fuimos bordeando el lago desde Nápoles hacia Herculano.

—¡Cómo humea el Vesubio! —dijo Federigo señalando la montaña—. ¡Estará estupendo esta tarde!

—De modo bien distinto se alzaba el humo —dijo Maretti—, era como la sombra de las nubes

oscureciendo toda la comarca en anno 79 post Christum, cuando las ciudades que ahora visitaremos desaparecieron bajo la lava y las cenizas.

Ya a las puertas mismas de Nápoles empezaban los pueblos de San Giovanni, Portici y Resina, que están tan próximos unos a otros que podrían considerarse una sola ciudad. ¡Llegamos a nuestro destino antes de que pudiera darme ni cuenta! Nos detuvimos delante de una casa de Resina. Bajo la calle, bajo el pueblo entero, yace oculto Herculano. Lava y cenizas cubrieron en pocas horas la ciudad entera, se olvidó su existencia, y la ciudad de Resina se construyó sobre sus ruinas.

Entramos en la casa más próxima, en el patio había un gran pozo abierto, una escalera de caracol descendía por él.

—Ya ven, signori —dijo Maretti—. Fue post Christum 1720 cuando el Príncipe d'Elboeuf hizo excavar este pozo. En cuanto pusieron pie en el interior hallaron unas estatuas, así que se prohibió toda excavación ulterior y, mirabile dictu, a lo largo de treinta años no se movió un dedo hasta que llegó hasta aquí Carlos de España, hizo excavar a más profundidad el pozo y dio con una imponente escalinata de piedra, como aquí podemos ver.

El día brillaba sobre una pequeña parte de lo que fueron las graderías del gran teatro de Herculano. Nuestro guía encendió una vela para cada uno de nosotros, descendimos a lo más hondo del pozo y nos encontramos en las gradas donde, hace mil setecientos años, los espectadores, como un único cuerpo inmenso, sentían y aplaudían las historias que allí se representaban.

Una puertecita a un lado nos condujo al interior de un estrecho pasadizo; descendimos hasta la orquesta, luego a los distintos espacios para los músicos, los camerinos y el escenario mismo; la magnitud del conjunto me conmovió. Sólo podíamos iluminarlo parcialmente, pero me pareció mucho mayor que el Teatro San Carlo. Todo aparecía vacío, oscuro y desolado, mientras el mundo seguía ruidoso allá arriba. Igual que imaginamos que una raza desaparecida puede participar como espíritus en nuestras actividades y nuestra vida, así creía yo haber escapado de mi época y estar paseando, como una aparición, por aquellos lejanos tiempos. Sentí fuertes deseos de ver la luz del día, y al poco respirábamos de nuevo su cálida brisa.

Giramos a la derecha en la calle de Resina y ante nosotros se abrió un lugar excavado, aunque de menor tamaño; aquello era todo lo que de Herculano recibía la luz del sol, vimos una única calle, las casas con pequeñas, angostas estancias, paredes pintadas de rojo y azul; anunciaban tan sólo lo que nos esperaba en Pompeya.

Resina quedó a nuestra espalda, y ahora veíamos a nuestro alrededor una extensión que semejaba un espumeante mar negro como pez, solidificado en escorias de hierro; había edificios nuevos, pequeños viñedos verdeaban, una iglesia asomaba medio hundida en aquella tierra de la muerte.

—Yo mismo he presenciado esta destrucción —dijo Maretti—; era un niño, en la edad entre lactens y puer, si me permiten expresarlo así. Jamás olvidaré aquel día. Esta masa de escoria negra sobre la que ahora se desliza nuestro coche, era un ardiente río de fuego, vi cómo se precipitaba desde la montaña hacia Torre del Greco. Mi padre, beati sunt mortui, me cogía uvas maduras aquí al lado, donde ahora queda tan sólo esa costra negra, dura como una piedra. Las luces brillaban azules en la iglesia y los muros estaban rojos por el inmenso calor. Los viñedos quedaron cubiertos, pero la iglesia siguió en pie como un arca flotando sobre el llameante mar de fuego.

Igual que los pámpanos se enroscan con las pesadas uvas entre un árbol y otro, hasta parecer una

única guirnalda, así va enlazándose un pueblo con otro en torno a la bahía de Nápoles. Todo el camino, con la excepción de la zona arrasada que acabo de mencionar, parece una gran Via Toledo. Ligeros cabriolés sobrecargados de gente, jinetes a caballo y en burro se cruzaban en ambas direcciones; caravanas de viajeros, damas y caballeros, hacían su aportación a la viveza del cuadro.

Siempre me había imaginado Pompeya bajo tierra, igual que Herculano, pero no es así. Desde la colina miraba, sobre los viñedos, hacia el azul Mediterráneo. Cada paso nos llevaba más arriba, y ahora nos encontrábamos ante un terraplén cubierto de cenizas grises al que algunos arbustos verdes y algunas matas de algodón intentaban conceder una apariencia más amable. Se dejaban ver unos soldados que montaban guardia, y penetramos en Pompeya.

—¿Ha leído usted la carta a Tácito? —preguntó Maretti—. Habrá leído a Plinio el joven, y ahora podrá ver unos comentarios a su obra que no están al alcance de cualquiera.

«Calle de los sepulcros» se llamaba la larga calle en la que nos encontrábamos, y en la que un monumento seguía a otro, ante ellos se veían curvados y cómodos divanes con bellas decoraciones; allí descansaban en aquellos tiempos las hijas y los hijos de Pompeya en sus paseos por fuera de la ciudad; desde la tumbas contemplaban la floreciente naturaleza y el vivo tráfico de la carretera, e incluso la bahía. Vimos entonces una fila de casas a ambos lados, todas con tiendas; me miraban fijamente, como calaveras con las vacías cuencas de sus ojos; alrededor se apreciaban huellas del terremoto que arrasó la ciudad antes de la gran destrucción. Varias casas mostraban hallarse en reconstrucción cuando el fuego y las cenizas las enterraron durante siglos; cornisas de mármol sin terminar yacían por el suelo y, junto a ellas, modelos en terracota.

Sólo entonces llegamos a los muros de la ciudad; hasta ellos ascendían anchos escalones, como en un anfiteatro; ante nosotros se extendía una calle larga y estrecha, empedrada, como en Nápoles, con grandes losas de lava, restos de una erupción más antigua que la que trajo la destrucción a Pompeya y Herculano hace mil setecientos años. Profundas huellas de carros estaban grabadas en la piedra, en las casas podían leerse aún los nombres de sus moradores, grabados mientras aún vivían; en algunos lugares colgaban aún rótulos, uno de los cuales anunciaba que en aquella casa se realizaban trabajos de mosaico.

Todas las estancias eran pequeñas, la luz llegaba hasta ellas a través del techo o por una abertura encima de la puerta; un pórtico cuadrado rodeaba el patio, que habitualmente apenas era suficiente para un solitario macizo de flores, o el estanque de donde salía agua de manantial. Pero patio y suelos estaban decorados con bellos cuadros en mosaico, cuyas artísticas formas, círculos y cuadrados, se solapaban unas con otras. Las paredes estaban decoradas con pinturas en color blanco, azul y rojo; bailarinas, genios, ligeras figuras flotantes, todo en torno al deslumbrante suelo. Todas inmensamente hermosas de colorido y dibujo, y con una frescura como si las hubieran pintado ayer mismo. Federigo y Maretti estaban enfrascados en una conversación sobre la asombrosa composición de colores, increíblemente bien conservada, y antes de que pudiera darme ni cuenta, estaban incluso metidos en los diez volúmenes en folio de Bayardi.

Los dos eran como todos aquellos que olvidan la realidad poética que tienen ante los ojos y se dedican a su crítica y a los tratados que tratan de ella; Pompeya quedó olvidada para aquellos eruditos. Yo no era tan letrado en esos misterios estudiados hasta la última letra, la realidad que me rodeaba era un mundo poético en el que mi alma se sentía como en su hogar, allí, los siglos se fundían en años, éstos en meros instantes, las penas se mitigaban y mi mente recuperó la calma y el entusiasmo.

Estábamos ante la casa de Salustio.

—¡Salustio! —dijo Maretti quitándose el sombrero—: ¡corpus sine animo! El alma se ha ido, pero saludamos respetuosos el cuerpo muerto.

Una gran pintura de Diana y Acteón ocupaba la pared delantera. Los trabajadores dejaron escapar un grito de alegría y sacaron a la luz una espléndida mesa de mármol, blanca como la piedra de Carrara, cuyas patas remataban en dos espléndidas esfinges; pero lo que me emocionó más aún fueron los amarillentos huesos que pude ver, y en la ceniza la impresión de un seno femenino, de inmensa belleza.

Continuamos hasta el Templo de Júpiter, el sol brillaba sobre las blancas columnas de mármol, detrás de ellas humeaba el Vesubio, nubes negras como la pez surgían del cráter y el espeso vapor, blanco como la nieve, cubría el río de lava que se abría paso ladera abajo.

Vimos los teatros y nos sentamos en las gradas, que eran como grandes escaleras. La escena con su pétreo telón de foro, y los portones de salida. Todo estaba como si hubieran estado representando una pieza el día anterior; pero de la orquesta no surgía nota alguna, ningún Roscio hablaba a la muchedumbre, todo estaba muerto, sólo el gran escenario de la naturaleza respiraba vida. Los feraces viñedos, la transitada carretera a Salerno y, al fondo, las montañas azuladas que dibujaban siluetas frente a los cálidos tonos del cielo, todo era un espectáculo en el que Pompeya aparecía como coro trágico que cantaba el poder del ángel de la muerte. Y a éste lo vi con mis propios ojos, sus alas son negras, y cenizas y fluyente lava se extiende sobre pueblos y ciudades.

No queríamos subir al Vesubio hasta el atardecer, cuando la lava ardiente y la luz de la luna alcanzan su mayor efecto. Desde Resina tomamos unos asnos y subimos la montaña. El camino atravesaba viñedos y jardines solitarios, pero enseguida desapareció la vegetación y sólo quedaron algunos matorros abrasados y unos tallos secos que parecían juncos. El viento soplaba fuerte y frío, pero el atardecer era inmensamente hermoso. Brillaba el sol y, al ir desapareciendo, el cielo, como fuego llameante, deslumbraba como el oro, el mar era índigo y las islas, pálidas nubes azuladas. Era un mundo mágico el que contemplaba. Por toda la bahía, el mar de Nápoles iba empalideciendo cada vez más; muy lejos se erguían las montañas cubiertas de nieve, relucientes como glaciares alpinos y a la derecha, muy cerca de nosotros, descendía ardiente la roja lava del Vesubio.

Llegamos entonces a una llanura cubierta de aquella lava dura de aspecto férreo, sin camino ni sendero. Nuestros asnos tanteaban el terreno con las patas antes de dar un paso; así fuimos llegando lentamente a una parte más alta de la montaña que, como si de un promontorio se tratara, se adentraba en aquel mar petrificado, muerto. Por un estrecho camino de herradura en el que sólo destacaban los tallos de aspecto de junco, nos fuimos acercando a las chozas de los ermitaños. Un pelotón de soldados estaba allí ante una fogata, bebiendo una botella de Lacrymae Christi. Servían de escolta a los viajeros, como protección ante los bandoleros de las montañas. Se encendieron antorchas, el viento agitó la llama como si quisiera apagarla y esparcir hasta la última de sus chispas. Ascendimos al resplandor de aquellas luces inseguras, móviles, cuando ya era noche cerrada, por el estrecho sendero, entre trozos sueltos de lava, muy cerca de los profundos barrancos; finalmente se alzó ante nosotros, como una montaña, la negra cumbre de cenizas, seguiríamos el camino a pie, nuestros asnos no podían continuar la ascensión, se quedaron atrás con los muchachos que los conducían. El guía iba delante con la antorcha, detrás nosotros, pero en una fila irregular, pues el sendero era muy empinado y atravesaba ceniza blanda en la que nos hundíamos hasta la rodilla; no podíamos ir uno detrás de otro, pues en la ceniza había grandes piedras sueltas y bloques de lava que caían rodando cuando los pisábamos;

dábamos dos pasos adelante y uno atrás, a cada instante caíamos sobre la negra ceniza, era como si arrastráramos cargas de plomo en las piernas.

—¡Ánimo! —gritó el guía—, enseguida estaremos arriba —pero la cima parecía seguir siempre a la misma altura, delante de nosotros. La expectación y el deseo me daban alas a los pies, pasó una hora y llegamos arriba, yo fui el primero.

Una gran superficie con enormes trozos de lava, arrojados unos sobre otros, se extendía ante nuestra vista; en medio se alzaba aún una elevación de ceniza; era la caldera con el profundo cráter; la luna parecía colgada allí arriba como una fruta de fuego, tan alta estaba ya, sólo ahora podíamos verla sin que lo impidiera la montaña: pero fue solamente por un breve instante. Al momento brotó del cráter, en torbellino, con la velocidad del pensamiento, una humarada negra como carbón, todo se hizo noche oscura a nuestro alrededor, un profundo trueno resonó en las entrañas del volcán, el suelo se agitó bajo nuestros pies, hubimos de agarrarnos unos a otros para no caer, y entonces detonó un estampido, sólo podría compararse al disparo de cien cañones, aunque más fuerte aún que ellos, el humo se rajó y una columna de fuego se alzó hasta quizá una milla de altura en el negro cielo; piedras ardientes volaron como rubíes de sangre en medio del atroz fuego, las vi caer hacia nosotros como cohetes, pero descendieron en línea recta hasta el interior del cráter o bajaron rodando, llameantes, por el montículo de ceniza.

«¡Dios todopoderoso!», balbució mi corazón, casi ni me atrevía a respirar...

—¡El Vesubio está de humor de domingo! —dijo el guía, haciéndonos seña de que siguiéramos. Yo creía que nuestra excursión había terminado, pero el guía nos indicó un lugar más allá de la zona llana, donde el horizonte entero era una deslumbrante hoguera, figuras titánicas se movían como negras sombras sobre el poderoso fondo de fuego; eran viajeros que se encontraban entre nosotros y la lava que se precipitaba ladera abajo; teníamos que rodear el monte y subir por el lado opuesto, el oriental: con la intranquilidad que mostraba el volcán, no podíamos acercarnos al cráter propiamente dicho, aunque sí al lugar por donde los ríos de lava se derramaban, como un torrente, por el borde de la ladera. Así que dejamos el cráter a la izquierda, caminamos por la ladera llana, trepando sobre los grandes bloques de lava; no había vereda ni sendero. La pálida luz de la luna, que formaba rojos rayos de antorcha sobre el terreno irregular, hacía que cada sombra, cada grieta pareciese un abismo, pues solamente veíamos profunda oscuridad; volvió a retumbar el poderoso trueno a nuestros pies, todo se hizo noche y una nueva erupción se mostró a nuestros ojos. Muy lentamente, cogiéndonos de las manos, caminamos y trepamos hacia nuestra meta, pero enseguida notamos que todo cuanto tocábamos estaba caliente, entre los trozos de lava se elevaba un vapor cálido, como en un horno. Ahora teníamos delante una zona llana, más uniforme: un río de lava que solamente tenía dos días de edad, su costra superior estaba ya negra y dura por efecto del aire pero apenas a un par de varas de profundidad por debajo de la superficie, la lava estaba aún ardiente; casi como la superficie de hielo sobre un lago, aunque allí la dura cáscara ocultaba un mar de fuego. Tuvimos que cruzarla, al otro lado aparecieron de nuevo los bloques irregulares sobre los que había unos forasteros mirando el nuevo río de lava, que sólo desde allí se lograba ver.

Uno a uno fuimos avanzando precedidos por nuestro guía sobre la corteza, cuyo calor nos quemaba a través de las suelas de los zapatos. El calor había abierto grandes grietas por todas partes, y a través de ellas veíamos el rojo fuego; si se rompía aquella costra, nos precipitaríamos a un mar de fuego. Con cautela tanteábamos el suelo con el pie y dábamos un paso decidido para avanzar lo más rápido posible, pues nos abrasábamos los pies y, al igual que el hierro que empieza a enfriarse se vuelve negro pero al

tocarlo recupera al instante su ígnea apariencia, así era el efecto de lo que allí presenciábamos: sobre la nieve se crean huellas negras, las que allí dejábamos eran rojas. Ninguno de nosotros decía una sola palabra; nuestras mentes no habían imaginado algo tan espeluznante. Un inglés regresaba con su guía, pasó a mi lado sobre la misma corteza llena de grietas.

—¿Hay ingleses entre ustedes? —preguntó.

—Italianos y un danés —respondí.

—¡A diavolo!

Eso fue todo lo que hablamos. Estábamos ya junto a los grandes bloques sobre los que había más forasteros, trepé y, ante mí, por la ladera del volcán, fluía lentamente el nuevo río de lava, como lodo rojo, ardiente como el metal fundido que brota del horno; grande, ancho e inmensamente largo se extendía a nuestros pies; no hay palabras, no hay imágenes que puedan hacer justicia a su grandeza y a su misterio. Las corrientes de aire parecían también fuego y azufre, un vapor denso se deslizaba sobre la lava, era rojo por el resplandor del fuego, pero a nuestro alrededor todo era noche, oíamos truenos en las profundidades y por encima de nosotros ascendían columnas de fuego con ardientes piedras; jamás he sentido más cerca a mi Dios. ¡Su poder y Su gloria inundaron mi alma! Era como si el fuego que nos rodeaba abrasase todo lo que en ella podía haber de enfermizo, ¡sentí fuerzas y ánimos, mi alma inmortal alzó sus alas!:

«¡Dios todopoderoso, quiero ser Tu apóstol! Cantaré Tu nombre en la tormenta del mundo. ¡Tu nombre, Tu poder y Tu gloria, con más fuerza que pueda hacerlo el monje en su solitaria celda! ¡Soy poeta! ¡Concédeme fuerzas, conserva limpia mi alma, como ha de ser la del poeta de Tu gloria y de la naturaleza!»

Mis manos se unieron en una plegaria y, entre el fuego y las nubes, mi alma se arrodilló ante Él, como si el milagro y la grandeza hablasen a mi alma.

Bajamos, y apenas a unos pasos de distancia del lugar en el que estábamos, vimos un bloque de lava hundirse con un crujido por la corteza rajada; una nube de chispas se elevó en el aire pero no temblé, sentía que mi Dios estaba cerca, fue para mí el instante de mi vida en el que el alma contemplaba la felicidad de su inmortalidad, donde no hay miedo, ni dolor, pues se reconoce a sí misma y a su Dios. A nuestro alrededor brotaban chispas de pequeños cráteres, y el mayor dejaba escapar a cada minuto una nueva erupción; el aire estaba lleno de un rumor semejante al que producen las bandadas de pájaros al salir volando de entre los árboles. Federigo estaba tan maravillado como yo, y el descenso por la ladera sobre la ceniza blanda respondió a nuestros ánimos conmovidos; volábamos, era una caída por el aire, patinábamos, corríamos, nos hundíamos; la ceniza estaba blanda como la nieve recién caída en las montañas. Sólo necesitamos diez minutos para lo que habíamos tardado una hora en subir. El viento se había calmado, nuestros burros estaban esperándonos y en la choza del eremita aguardaba nuestro erudito, que no había querido hacer la agotadora caminata monte arriba. Yo me sentía revivido, mi mirada no hacía sino volver atrás; la lava semejava colosales estrellas caídas, la luna iluminaba como si fuera de día, fuimos luego en nuestro coche rodeando la bahía, vimos los reflejos de la luna y la lava en dos largos rayos, rojo y azul, que se deslizaban sobre la superficie del agua. Sentí fuerzas en mi alma, claridad en mis ideas y, si me es dado comparar lo menor con lo mayor, compartí con Boccaccio la impresión de un lugar cuyo hechizo instantáneo es decisivo para la actividad toda del alma: la tumba de Virgilio la vieron sus lágrimas, el mundo su estro poético y en mí la grandeza y el misterio borraron toda tristeza y toda duda. Por eso, las visiones de aquel día y aquella noche perviven tan claramente en

mi alma, por eso me he demorado en la descripción, dejando salir lo que quedó grabado en mi pecho y que más tarde sentí necesidad de expresar.

Nuestro erudito nos invitó a acompañarlo a su casa; al instante tuve una sensación de embarazo y un extraño temor, como consecuencia del último sucedido entre Santa y yo, ante la idea de volver a verla, pero la decisión, más fuerte, más determinada, de mi alma anuló enseguida aquellas sensaciones. La signora me tomó amablemente de la mano, nos llenó las copas, estuvo muy natural y finalmente acabé por mudar mi severo juicio sobre ella; pensé que aquel pensamiento torpe se hallaba solamente dentro de mí. Su simpatía y su interés, que se habían expresado de forma tan manifiesta, los había interpretado yo como pasión auténtica, pero ahora la amistad y la diversión, que mi ánimo me permitía ver en su naturalidad, me llevaban a corregir mi extraña sensación del día anterior, ella pareció comprenderme y en su mirada leí el interés y el cariño de una hermana.

Aún no me habían oído improvisar, me convencieron para que lo hiciera, canté nuestra excursión al Vesubio, y aplausos y entusiasmo me saludaron. Lo que había dicho la mirada silenciosa de Annunziata brotaba ahora en elocuencia de los labios de Santa, y con sus palabras se hizo doblemente bella, sus ojos ardieron hasta lo más hondo de mi alma con una mirada de agradecimiento.

#### IV

### **Un encuentro inesperado. Mi presentación en el San Carlo**

Acordamos que haría mi presentación pública como improvisador. De día en día sentía crecer mis ánimos; en casa de Maretti y en las de otras familias que había tenido ocasión de conocer, aportaba mi talento para el esparcimiento social, y coseché ánimos y agasajos. Fue un auténtico renacer para mi alma enferma, que se sintió feliz y agradecida por las deferencias que tenían conmigo, aunque nadie que pudiese leer mis pensamientos habría podido calificar de vanidad lo que brillaba en mis ojos: ¡era pura y simple alegría! Ciertamente tenía algo así como aprensión ante las alabanzas que se me pudieran dirigir, temía no ser merecedor de ellas, o ser incapaz de estar siempre a su altura; sentía profundamente, y me atrevo a decirlo, aunque no se refiera sólo a mí mismo, que la alabanza y el encomio son la mejor escuela para un alma noble, mientras que la severidad y el reproche injustos, o bien la intimidan, o bien despiertan en ella el orgullo y la soberbia; lo había aprendido en carne propia. Maretti me mostraba gran consideración y por mí abandonó en gran medida sus ocupaciones cotidianas, me presentó a algunas personas cuyo conocimiento podría serme beneficioso en el nuevo camino que había elegido, e incluso Santa se mostraba extraordinariamente dulce y cariñosa conmigo, aunque seguía habiendo algo que me mantenía distanciado de ella. Procuraba ir siempre en compañía de Federigo, o cuando sabía que había alguna visita, sentía miedo ante la idea de que pudiera repetirse aquella escena, pero cuando mis ojos se detenían en ella sin que se diera cuenta, no podía menos que encomiar su belleza. Me sucedía algo muy frecuente en todas partes: se burlan de ti diciendo que quieres a alguien, aunque se trate de una persona a la que no has prestado nunca demasiada atención, pero entonces te vienen deseos de comprobar qué puede haber en ella para que todos crean que precisamente ella hubiera de ser nuestra elegida. Sientes curiosidad, que se convierte en interés, y hay suficientes ejemplos que muestran cómo el interés se transforma en amor. En mi caso sólo se había llegado hasta el nivel de la atención, una forma de contemplación que nunca había experimentado pero que me producía unas palpitaciones, una desazón

que me hacían sentir inquieto y me obligaba a guardar las distancias con ella.

Llevaba ya dos meses en Nápoles, y el domingo siguiente se había fijado para mi presentación en el gran teatro de San Carlo; se representaba la ópera *El barbero de Sevilla* y tras esta yo improvisaría sobre los temas que me indicaran. Me hice llamar Cenci, no tenía osadía suficiente para hacer figurar mi apellido en el cartel. Llenaba mi alma una extraña ansiedad que me hacía desear que el día hubiera terminado, pues para entonces ya habría quedado firmemente establecida mi gloria, aunque a ratos me acuciaba también el miedo, un temor febril que invadía toda mi sangre. Federigo me confortó, dijo que era a causa de los malos aires, él y casi todos los demás sentían algo parecido, era culpa del Vesubio, cuyas erupciones iban haciéndose cada vez más violentas, el río de lava ya había descendido hasta los pies de la montaña y se dirigía hacia Torre Annunziata; al atardecer podíamos oír las explosiones dentro de la montaña, el aire estaba repleto de ceniza que se iba depositando en espesas capas sobre árboles y flores, la cima de la montaña estaba oculta por negros nubarrones tormentosos atravesados en cada erupción por azulados rayos que surgían zigzagueantes. Santa tampoco se encontraba bien.

—Es fiebre —dijo; sus ojos ardían, tenía la tez pálida y expresaba enérgicamente su disgusto, pues bajo ninguna circunstancia quería estar ausente del San Carlo la noche de mi debut—. ¡Sí! —decía—, aunque al día siguiente tenga el triple de fiebre, no estoy dispuesta a quedarme en casa, hay que arriesgar la vida por los amigos, aunque después no te lo agradezcan.

A ratos me iba dando tumbos a la avenida, entraba en los cafés, en los teatros; otras veces, mi ánimo conmovido me hacía entrar en las iglesias para postrarme a los pies de la Madonna, confesarle mis pensamientos pecaminosos y suplicarle valor y fuerza para poder seguir el poderoso instinto de mi alma.

«Bella ragazza!», me susurraba el tentador al oído, y cuando me libraba de la tentación me ardían las mejillas, mi alma y mi sangre temían el Juicio del Señor, sentía que mi autentico Yo estaba experimentando un periodo de transición; veía la noche del domingo como el punto de su culminación.

—¡Tenemos que ir un día al gran Casino! —me había dicho Federigo en varias ocasiones—. Un poeta tiene que conocerlo todo —no habíamos estado en aquel lugar nunca, pero yo sentía cierto recelo ante la idea de ir allí. Pero Bernardo tenía parte de razón cuando aseguraba que mi crianza con la anciana Domenica y la vida conventual de la escuela de los jesuitas me habían metido sangre de cabra en las venas, ¡incluso me ofendió hablando de cobardía pura y simple! Necesitaba más determinación, tenía que vivir más el mundo si pretendía describirlo. Estas ideas se agitaban dentro de mi alma cuando, una noche, a hora ya bastante tardía, pasé ante el famoso Casino de Nápoles.

«¡Tengo que entrar, aunque sea sólo porque carezco de valor para hacerlo!» —me dije a mí mismo—; «no tengo necesidad ninguna de jugar. Federigo y mis demás amigos dirán que fue muy razonable hacerlo así.» ¡Qué débil se puede llegar a ser! Mi corazón palpitaba como si estuviera cometiendo un pecado, mientras mi razón me decía que aquello carecía de toda importancia. En la puerta había unos guardias suizos, la escalinata estaba espléndidamente iluminada, en la antesala había un buen grupo de sirvientes que me cogieron sombrero y bastón y me abrieron la puerta; me encontré ante una serie de salones ricamente iluminados. Había gran concurrencia de damas y caballeros, no quería parecer tímido y entré muy estirado en la primera de las salas, sin que nadie me prestara atención alguna. A mi alrededor estaban los concurrentes sentados junto a las grandes mesas de juego, con montones de colonati y luses de oro. Entre ellos había una dama de edad avanzada, que fue sin duda muy bella en sus tiempos, con las mejillas pintadas, ricamente vestida y con una extraña mirada de halcón sobre el



montón de oro, la mano demacrada agarraba con fuerza las cartas. Algunas muchachas jóvenes, muy bellas, estaban en familiar charla con unos señores. Todas las hermosas hijas del pecado, hasta la anciana de mirada de halcón, habían conquistado corazones alguna vez, aunque ella sólo podía conquistarlos ya gracias al colorete. En uno de los salones menores había una mesa con cristales rojos y verdes, vi que ponían un colonato, o más, en uno de los colores, las bolas rodaban y si se quedaban en el color elegido se ganaba el doble de lo apostado, aquello iba tan rápido como mi pulso. Oro y plata se jugaban en aquella mesa; entonces eché yo también mano al bolsillo y dejé caer un colonato sobre la mesa, en el color rojo. El hombre que estaba delante me miró como preguntándome si quería dejarlo allí, y yo asentí sin darme cuenta. La bola giró y mi riqueza se multiplicó por dos. Me quedé un tanto desconcertado, el dinero no se movió y las bolas volvieron a rodar una y otra vez. Tuve suerte en el juego, mi sangre se puso en movimiento, aquel dinero que estaba arriesgando era de la buena suerte; pronto había un buen montón de plata delante de mí, y los luises de oro servían de contrapeso; bebí un vaso de vino, porque me ardía el paladar. Aquel montón de oro y plata crecía sin parar, porque yo no lo movía. Las bolas volvieron a girar y, con gran sangre fría, el croupier recogió el resplandeciente montón; mi bello sueño de oro había terminado, pero la pérdida me hizo despertar y no seguí jugando, no había perdido nada más que el colonato que puse al principio, lo que me sirvió de consuelo; pasé al siguiente salón.

Entre las damas jóvenes había una que atrajo mi atención por su asombroso parecido con Annunziata, aunque era más alta y más rellenita; mi mirada se detuvo en ella, que se dio cuenta y se acercó a mí y preguntó si jugábamos una partida, señalando una de las mesas de juego más pequeñas, pero yo me excusé y regresé a la estancia anterior; ella me siguió con la mirada. En el salón interior había un grupo de caballeros jóvenes jugando al billar; se habían quitado la levita aunque había también damas jugando, ya no me acordaba de las libertades que se permitían en aquel lugar. Delante de la puerta, pero con la espalda hacia mí, había un hombre joven de apuesta figura; apoyó el palo contra la bola e hizo un tiro magistral, que recibió aplausos, incluso la dama que había despertado mi atención le hizo una amable inclinación de la cabeza, parecía divertida; el hombre se volvió y depositó un sonoro beso en su mejilla, ella le golpeó el hombro en broma, pero mi corazón dio un salto... era Bernardo.

No tenía valor para acercarme más, pero había de cerciorarme. Fui pegado a la pared hasta una puerta abierta que daba a una gran sala en penumbra, a fin de poder observarlo sin que él me viera. En la sala reinaba una luz crepuscular, rojas y blancas lámparas de cristal desprendían una débil luz, allí dentro había un jardín artificial con cabañas de hojas, aunque éstas eran de latón pintado, y entre unas y otras había bonitas vasijas de madera con naranjos; papagayos disecados de plumas multicolores aleteaban en las ramas, mientras un pequeño armonio tocaba, en apagadas notas, ligeras, bellas melodías que llegaban al corazón. Una suave brisa soplaba desde el porche por las puertas abiertas. No había hecho sino lanzar una rápida mirada al conjunto cuando entró Bernardo, caminando directamente hacia donde yo me encontraba, y mecánicamente me escondí en la cabaña de hojas más próxima; saludó sonriente con la cabeza, como si hubiera visto a algún conocido, y entró a la cabaña más cercana, se dejó caer sobre el diván y tarareó a media voz una canción. Mil sentimientos se agitaban en mi pecho: ¿él aquí? ¿Yo tan cerca de él? Sentí un temblor recorrerme todo el cuerpo y hube de sentarme. Las aromáticas flores, la música medio apagada, la penumbra, incluso el mullido diván, todo creaba una especie de mundo onírico, y sólo en éste podía creer en el azar de ver a Bernardo de nuevo. En éstas, la joven dama en la que me había fijado entró por la puerta, entró en la cabaña de enramada en la que me encontraba, fuego y espanto recorrieron mi sangre; pero entonces canturreó Bernardo en alta voz, ella reconoció la voz y fue hacia él, oí un beso... que abrasó mi alma.

¡Anunziata lo había preferido a él, al frívolo, desleal Bernardo, en vez de a mí! Y ya, tan poco tiempo después de cumplirse la felicidad de su amor, la había olvidado, había profanado sus labios en una figura de belleza hecha de simple barro. Salí corriendo de la estancia y del edificio, mi corazón palpitaba violentamente de furia y dolor, sólo de madrugada conseguí conciliar el sueño.

Había llegado la noche en que haría mi debut en el teatro San Carlo. Aquella idea y lo sucedido el día anterior agitaban mi alma entera. Mi corazón jamás había rezado con tanta devoción a la Madonna y a los santos, fui a la iglesia, tomé de manos del sacerdote la hostia consagrada, el cuerpo ensangrentado de nuestro Salvador, oré para rogarle que me purificase y me diera fuerzas, y noté su milagroso poder; solamente un pensamiento alteraba aún la calma que precisaba: si Annunziata estaría también allí, si Bernardo estaría con ella. Federigo me informó con toda certeza de que ella no estaba, mientras que Bernardo llevaba cuatro días en la ciudad, según lo que indicaban los registros de viajeros. Yo sabía que Santa tenía fiebre pero quería ir al teatro de todos modos. Los carteles estaban expuestos, Federigo contaba historias y el Vesubio arrojaba fuego y cenizas con más violencia de lo habitual, todo estaba en marcha.

La ópera había empezado cuando el carruaje me llevó al teatro. Si la Parca hubiera estado sentada junto a mí, con su hacha levantada, a punto de cortar el hilo de mi vida, creo que le habría gritado: ¡Corta!... ¡Dios mío, que todo salga bien!, fue mi pensamiento y mi plegaria.

En el foyer encontré un buen número de artistas de la escena y algunos espíritus bellos, incluso un improvisador, profesor de lengua francesa, llamado Santini; Maretta me lo había presentado. La conversación era agradable, bromeaban y reían; los cantantes del Barbero iban y venían, como si se tratase de un baile de sociedad, el escenario era su hogar, al que ya estaban más que acostumbrados.

—Le daremos a usted un tema —dijo Santini—; bueno, una nuez dura de cascar. ¡Pero no habrá problema! Aún recuerdo cómo temblaba la primera vez que subí a un escenario, pero todo fue bien, yo tenía mis trucos, pequeños artificios artísticos inocentes que la razón nos proporciona. Saberse de memoria unos cuantas piecitas sobre el amor, sobre la antigüedad, la belleza de Italia, la poesía y el arte, de las que se puede echar mano cuando es necesario, y también un par de poemas, naturalmente.

Le aseguré que yo no llevaba nada preparado.

—¡Bueno, eso se dice siempre! —respondió riendo—; pero bien, vale. Usted es un joven inteligente, le saldrá todo a pedir de boca.

La pieza concluyó, me encontré solo en el escenario vacío.

—¡Patíbulo listo! —dijo riendo el regidor, y dio la señal al jefe de máquinas. El telón se alzó.

Solamente vi un fondo negro, apenas podía vislumbrar las cabezas de la primera fila, junto a la orquesta, y los primeros palcos de aquel edificio de cinco plantas; un aire cálido y denso me envolvía. Sentí una serenidad que me llenó de asombro a mí mismo; ciertamente mi alma estaba agitada, pero era como si se tratara de algo normal y necesario para que surgieran las ideas con facilidad y destreza, igual que el cielo es especialmente claro cuando, en invierno, es atravesado por un frío penetrante. Sentí, de pronto, tensión y claridad a un tiempo. ¡Todas mis facultades espirituales estaban despiertas, como habían de estarlo en aquellos instantes!

Cualquier persona podía proponerme un tema escrito en un papel, para que improvisara sobre él; un funcionario de policía comprobaría primero si no se trataba de nada ilícito, y luego era yo el que elegía

entre las propuestas: el cavalier servente, una especie de servidor en el que nunca había pensado mucho, aunque sabía que el cicisbeo, como también se denomina, era el caballero de nuestro tiempo, aquel que, ya que no puede batirse por su dama, se convierte en su leal guía, en sustitución del esposo. Recordé el famoso soneto *Femina di costume di maniere*; pero de momento no acudía a mi mente idea alguna; abrí con gran expectación el segundo papel; ponía «Capri», también aquello me sumió en la confusión, pues nunca había estado en aquella isla, solamente había visto desde Nápoles sus bellas formaciones montañosas. Lo que no conocía, tampoco podía cantarlo, de manera que sería preferible optar por el cavalier servente. Abrí el tercer papel: ponía «Catacumbas de Nápoles»; tampoco había estado en ellas, pero la palabra «catacumbas» me trajo un episodio de mi propia vida, la excursión, en mi infancia, con Federigo; nuestra aventura se presentó con toda viveza ante mi alma, e hice varios acordes. Los versos salieron por sí solos, conté lo que había vivido y sentido, aunque esta vez fuera en las catacumbas de Nápoles y no en las de Roma, volvía a tomar el hilo de la suerte, recibí una ovación atronadora, que corrió por mi sangre como si hubiera sido champán.

Me propusieron entonces «Fata morgana», tampoco había contemplado jamás aquel hermoso espejismo aéreo, propio de Nápoles y Sicilia, pero conocía bien a la hermosa hada, la Fantasía, que habitaba el resplandeciente castillo; podía describir mi propio mundo onírico, pues en él flotaban también sus castillos y palacios: en mi corazón vivía la más bella Fata Morgana de la vida.

Pensé rápidamente en el tema, se fue construyendo un pequeño relato, y nuevas ideas afloraron al cantar... Comencé con una descripción de la iglesia abandonada de Posillipo, aunque sin pronunciar su nombre, aquel romántico hogar me había atraído sobremanera y pinté un cuadro de la iglesia, convertida ahora en casa de pescadores; un muchachito estaba tumbado en la cama bajo la ventana, donde la imagen de San Jorge se veía aún en la vieja vidriera; en la apacible noche iluminada por la luna, una muchachita preciosa se acercaba a él; era tan bella, tan ligera como el aire y en los hombros tenía preciosas alas de colores. Jugaron los dos y ella lo condujo hasta los verdes viñedos, le enseñó mil cosas maravillosas que él nunca había visto; fueron a la montaña, que se abrió con grandes, deslumbrantes iglesias, llenas de imágenes y altares; navegaron sobre el esplendente mar azul y el humeante Vesubio, pero la montaña era como de cristal; vieron el lugar de donde brotaba fuego, con enorme fragor; visitaron bajo tierra las viejas ciudades de las que él había oído historias, pero ahora, todas las gentes estaban vivas, vio su riqueza y magnificencia, mayores aún de lo que adivinamos por sus ruinas. La muchachita se quitó las alas, las sujetó a los hombros del niño, pues ella era como el aire, no las necesitaba, y volaron los dos sobre los naranjos, sobre los montes, sobre las fértiles ciénagas verdes, hasta la antigua Roma, en la muerta campiña; volaron sobre el bellísimo mar azul, dejaron Capri muy atrás, descansaron en las deslumbrantes, rojas nubes, y la muchacha le dio un beso, dijo que su nombre era Fantasía, le mostró el precioso castillo de su madre, construido de aire y rayos, y allí jugaron, felices y contentos. Pero, según el niño iba creciendo, la muchachita iba a verlo cada vez con menor frecuencia: sólo iba a saludarlo cuando la luna asomaba entre los multicolores pámpanos y naranjos, y él se quedaba triste e inundado de añoranza. Tenía que ayudar a su padre en la mar, aprendió a manejar el remo, a rizar las velas y gobernar la barca en la tormenta; pero según iba creciendo, tanto más pensaba en su amada compañera de juegos, que ya nunca venía a verlo. Muchas veces, en las claras noches de luna, cuando bogaba por el mar en calma, dejaba los remos; a través de las profundas, claras aguas veía el fondo, la planicie de arena y algas; Fantasía se asomaba entonces con sus preciosos ojos oscuros, mirándolo, parecía hacerle señas y llamarlo para que bajara.

Una mañana, los pescadores se apiñaron junto a la playa: a los rayos del sol naciente flotaba, justo al lado de Capri, una nueva isla, maravillosa, construida de los colores del arcoiris y con relucientes torres,

estrellas y claras nubes de color púrpura. «¡Fata morgana!», exclamaron todos, felices con aquella espléndida visión, pero el joven pescador la conocía bien, había jugado allí con la preciosa Fantasía, y su alma se vio invadida por la añoranza y la melancolía. Pero entre lágrimas palideció y desapareció al fin toda aquella imagen, tan conocida... Días y semanas esperó verla otra vez. En el atardecer claro de luna surgió de nuevo el castillo y la isla, contruidos de rayos y brisa; desde el promontorio en el que se hallaban, los pescadores vieron una barca que bogaba a la velocidad de la flecha hacia aquella extraña tierra flotante, y desapareció, y al instante se hundió el edificio de rayos, se elevó sobre el mar una nube negra como la pez, una tromba se deslizó sobre la tranquila superficie, en la que se alzaron olas de oscuro color verde. Cuando desapareció, el mar volvía a estar en calma, la luna brillaba sobre las aguas azules pero la barca ya no estaba, el joven pescador había desaparecido, había desaparecido junto a la bella «Fata morgana».

Volví a recibir la misma ovación que antes, mi valor y mi entusiasmo crecieron; en cada uno de los temas propuestos hallé recuerdos de mi propia vida, que solamente tenía que poner en palabras. Hube de improvisar sobre Tasso, que era yo mismo, Leonore era Annunziata, nos veíamos en el Palacio de Ferrara, yo lo acompañaba a la prisión, ansiaba la libertad con la muerte en el corazón cuando desde Sorrento dirigía mi vista hacia Nápoles, más allá del mar ondulante, me senté a su lado bajo el roble del monasterio de Sant'Onofrio. Las campanas del Capitolio sonaban ya en la fiesta de su coronación, mas llegó el ángel de la muerte, que se adelantó a ofrecerle su propia corona: ¡La corona de la inmortalidad!

Mi corazón palpitaba con fuerza, estaba conmovido, arrebatado por el vuelo de los pensamientos; recité otro poema más, el último, sobre la muerte de Safo; yo mismo sentí el tormento de los celos al recordar a Bernardo, el beso que Annunziata depositó en su frente ardía ahora en mi alma; la belleza de Safo era la de Annunziata, pero el dolor de su amor era el mío. Las olas se cerraron sobre Safo.

Mi poema había emocionado hasta hacer saltar las lágrimas, una enorme ovación atronó por doquier y tras la caída del telón hube de salir dos veces a saludar. Una felicidad, una alegría sin nombre me recorrían de arriba abajo, pero oprimía mi corazón como si fuera a romperse; cuando salí del escenario y me abrazaron y felicitaron, rompí a llorar, a llorar con toda la fuerza de mi alma.

Con Santini, Federigo y algunos de los cantantes, pasamos una alegre velada, se bebió a mi salud, yo me sentía feliz, pero mis labios estaban como atados.

—¡Es una perla! —dijo de mí Federigo, muy contento—. Su único defecto es que también es un José Segundo, lo que los daneses denominaríamos, para mayor evidencia, un José, hijo de Jacob. ¡Disfruta la vida, Antonio! ¡Recoge las rosas antes de que se marchiten!

Volví a casa tarde, y con plegarias y gracias a la Madonna y a Jesucristo, que no me habían abandonado, concilié enseguida un sueño profundo y reparador.

## V

### **Santa. La erupción. Viejos conocidos**

A la mañana siguiente me presenté ante Federigo como una persona renacida, capaz de expresar mi alegría, algo de lo que era incapaz la tarde anterior; la vida que me rodeaba me atraía más, me sentía más mayor, parecía haber madurado con el rocío vivificador que había caído sobre el árbol de mi vida.

Tenía que ir a visitar a Santa, había ido a escucharla la noche anterior y deseaba saborear también sus alabanzas, que no se harían de rogar. Maretti me recibió encantado, pero Santa había padecido durante toda la noche, desde su regreso del teatro, una fiebre aún más elevada; en aquel momento estaba dormida y sin duda el sueño le permitiría recuperar las fuerzas, así que prometí regresar después del almuerzo. Fui a comer con Federigo y mis nuevos amigos, hicimos un brindis tras otro, alternamos las blancas Lacrymae Christi y el vino de Calabria, hasta que ya no quise beber más, me ardía la sangre, y el champán me refrescó. Nos separamos alegres y contentos; cuando salimos a la calle, el cielo estaba iluminado por el Vesubio y su imponente río de lava; había bastante gente que se había puesto ya en marcha en sus carruajes para contemplar el pavorosamente bello espectáculo de la naturaleza. Fui a ver a Santa, era poco después del Avemaría, estaba completamente sola y mucho mejor, dijo la doncella, el sueño la había reforzado; yo me atreví a entrar, pero los demás, no.

Lo primero que vi fue una acogedora, elegante estancia con espesas cortinas largas ante las ventanas, una bonita estatua de Cupido afilando sus flechas, un quinqué cuya luz iluminaba el conjunto con colores mágicos. Santa estaba reclinada en el mullido sofá de seda, vestida con un fino camisón. Se incorporó a medias cuando entré, se envolvió en la bata con una mano y me extendió la otra.

—¡Antonio! —exclamó—. ¡Qué gran éxito! ¡Hombre feliz! ¡Encantó a todo el mundo! Ay, no sabe bien el miedo que tenía por usted, cómo me palpitaba el corazón, y con qué feliz alivio volví a respirar cuando superó de tan espléndida manera todas mis expectativas.

Me incliné ante ella, le pregunté por su salud, ella me extendió la mano y me aseguró que iba mejor.

—¡Sí, mucho mejor! —y añadió—: Parece usted una persona nueva. ¡Fue bello, muy bello! Cuando se entusiasma, tiene usted un aspecto magnífico. Era usted a quien se distinguía en cada poema. En el muchachito con el pintor en las catacumbas me los imaginé a usted y a Federigo.

—Y así fue, realmente —la interrumpí—. Yo mismo viví lo que he cantado.

—Sí —respondió ella—. Todo lo experimentó usted mismo, la felicidad del amor, el dolor del amor, ¡ojalá llegue a ser feliz como merece!

Le dije el cambio que percibía en todo mi ser, de qué modo tan distinto me agradaba ahora la vida, y ella me cogió la mano, me miró con sus oscuros, expresivos ojos hasta lo más profundo de mi alma, era bella, más bella de lo habitual, un tenue rubor ardía en sus mejillas, sus negros cabellos colgaban lacios sobre la hermosa frente. Sus generosas formas reproducían una estatua de Juno, tan bella como pudiera esculpirla un Fidias.

—Sí, ha de vivir usted en el mundo —dijo ella—. Usted pertenece al mundo, alegrará y entusiasmará a millones, ¡no debe permitir que el recuerdo de una sola persona altere su felicidad, usted merece el amor, usted entusiasma con su espíritu, con su talento, con...! —me hizo sentar en el diván, a su lado—. Tenemos que hablar en serio, no hemos podido charlar con tranquilidad desde la otra noche, cuando la pena le atormentaba el alma... Usted cree que... cómo expresarlo... que me malinterpretó...

Y así lo había hecho mi corazón, efectivamente, y yo mismo me lo había reprochado.

—¡No soy digno de su bondad! —exclamé besando su mano, la miré a sus negros ojos con pureza en el alma y en mi mente, pero la mirada le ardía, sus ojos estaban fijos en mí, muy serios, casi diría que me traspasaban. Si nos hubiera visto algún forastero, habría leído sombras donde sólo había pureza y luz. El encuentro de nuestros ojos y nuestras mentes era, así podría gritarlo mi corazón, como el de un

hermano con su hermana.

Ella también estaba alterada, su pecho se alzaba con fuerza. Se aflojó una lazada para respirar mejor.

—¡Claro que es digno de mí! —dijo ella—. ¡Espíritu y belleza son dignos de cualquier mujer! —rodeó mis hombros con su brazo y me miró a los ojos; y con una sonrisa que decía tantísimas cosas, me dijo—: ¡Y yo que creía que usted sólo soñaba con un mundo ideal! Usted posee delicadeza e inteligencia, y con ellas lleva el triunfo. ¡Por eso me ardía la fiebre en la sangre, por eso estaba enferma! ... ¡Habría podido hacer conmigo lo que usted hubiera querido! ¡Antonio, sólo sueño con sus besos, con su amor, sólo en ellos pienso! —me apretó contra su pecho, sus labios eran fuego que penetraba ardiente en mi sangre, en mi alma, en mi mente... Inmortal madre de Dios, Tu sagrada imagen cayó sobre mi cabeza, desde la pared... no fue una casualidad, no, tocaste mi frente, me detuviste cuando estaba a punto de hundirme en la vorágine de la pasión.

—¡No! ¡No! —grité dando un salto, mi sangre era como lava ardiente.

—¡Antonio! —exclamó ella—. ¡Mátame, mátame, pero no me abandones! —sus mejillas, sus ojos, su semblante, su expresión eran pura pasión, y sin embargo era tan bella, una estampa de la belleza, coloreada por las llamas, sentí un escalofrío en todos mis nervios y sin responder abandoné la estancia, corrí escaleras abajo como si me persiguiera un espíritu maligno.

En el exterior, todo era una llama como la que habitaba en mi sangre, la corriente de aire se inflamaba de calor, el Vesubio era puro fuego llameante, las erupciones lo iluminaban todo. ¡Aire, aire!, suplicaba mi corazón; bajé al molo, en la abierta bahía, y me senté muy cerca de donde chocaban las rompientes. La sangre me oprimía en los ojos, refresqué mi frente con el agua salada, desabroché la levita para que pudiese entrar cualquier brisa que me trajera aunque sólo fuera un poco de frescor, pero todo estaba en llamas, incluso el mar mismo brillaba como fuego por la roja lava que se precipitaba desde lo alto de la montaña. Adonde fuera que mirase veía a Santa pintada en llamas, contemplándome con sus ojos ardientes, suplicantes, que llegaban hasta lo más profundo de mi alma. «¡Mátame, pero no me abandones!» era el sonido que llenaba mis oídos; apreté los ojos con fuerza, dirigí mi mente hacia Dios, pero todo volvía otra vez, era como si la llama del pecado hubiera chamuscado sus alas. Una mala conciencia puede ser capaz de destrozar a cualquier persona, pensar en ello puede paralizar el ánimo y la fortaleza.

—¿Quiere Sua Eccellenza alquilar una barca hasta Torre Annunziata? —dijo una voz a mi lado, y el nombre Annunziata volvió a inspirar el movimiento en mi alma.

—El río de lava avanza tres varas por minuto —dijo el hombre, que mantenía la barca sujeta a la orilla con el remo—. Estaremos allí en media hora.

«¡El mar me refrescará!», pensé, y salté a la barca, el hombre empujó con el remo para alejarse de la orilla, izó la vela y allá fuimos, empujados por el viento, sobre el agua ardiente, rojiza, un viento fresco me acarició las mejillas, respiré mejor y me sentí mejor y más calmado cuando llegamos a la orilla, al otro lado de la bahía. «¡No volveré a ver a Santa nunca más!», decidí con determinación en mi corazón, «huiré de la serpiente de la belleza, que me muestra la fruta del bien y del mal... Miles se burlarán de mí por hacerlo, pero mejor esa risa que un solo grito de dolor de mi corazón. La Madonna hizo caer de la pared su sagrada imagen para evitar mi caída». ¡En lo más hondo de mi alma sentí Su gracia misericordiosa!

Una extraña alegría me inundó, todo lo bueno y noble gritó sus alegres himnos de victoria dentro de

mi corazón y volví a ser un niño en alma y mente: «¡Padre, haz que suceda lo que sea mejor para mí!», y alegre como si mi felicidad hubiera hallado una base firme y eterna, paseé por las callejas del pueblo en dirección a la carretera.

Todo estaba en movimiento, calesas y cabriolés atiborrados de gente pasaban a todo correr, todos gritaban y cantaban. Alrededor, todo estaba iluminado por las llamas. La corriente de lava había alcanzado una de las aldeas de la ladera, las familias huían, vi mujeres con niños pequeños en el pecho y un fardo bajo el brazo, oí sus lamentos y compartí con la primera de ellas la pequeña cantidad de dinero que llevaba encima; seguí a la muchedumbre que subía entre las viñas rodeadas de altas tapias, en dirección al lugar hacia el que se dirigía la lava. Un gran viñedo nos separaba de ella y el río, de varias brazas de grosor, avanzaba como fango ardiente, superando tapias y edificios; los lamentos de los que huían, los gritos de exaltación de los forasteros ante el imponente espectáculo, el griterío de cocheros y comerciantes, grupos de labriegos borrachos apiñados en torno a los vendedores de aguardiente, los que iban a caballo y los que iban en coche, todo iluminado por el rojo fuego, componían entre todos una pintura imposible de describir cumplidamente.

Era posible acercarse bastante al río de lava, que avanzaba decidido; muchos arrojaban en ella bastones o monedas que hacían sacar otra vez, envueltas en un trozo de lava. Era horrendamente bello el momento en que un trozo de la parte superior de la masa de fuego se erguía, era igual a las rompientes de las olas. Los pedazos caídos quedaban fuera de la corriente como estrellas radiantes; el aire enfriaba primero los lados descubiertos, que se volvían negros, y el pedazo entero parecía entonces un trozo de deslumbrante oro en la noche negra como pez. En uno de los viñedos habían colgado una estampa de la Madonna, con la pía esperanza de que el fuego se detuviera ante lo sagrado, pero la lava continuaba su avance con el mismo paso medurado. El calor reseca las hojas de los esbeltos árboles, que inclinaban su copa sobre el fuego como para suplicarle piedad.

Muchos rostros dirigían miradas esperanzadas al cuadro de la Madonna, pero el árbol hizo una profunda reverencia con ella sobre la roja corriente de fuego, que estaba sólo a unas pocas varas de distancia. Vi entonces a un monje capuchino, a mi lado, alzar los brazos al cielo y gritar, cuando el cuadro de la Madonna se encendió en llamas: «¡Salvadla, como Ella os salvará a vosotros de las llamas del infierno!», pero todos temblaban sin moverse; entonces avanzó una mujer, gritó el nombre de la Madonna y echó a correr hacia una muerte ígnea, y en ese mismo instante vi a un joven oficial a caballo, con la espada desenvainada, que la obligaba a volver sobre sus pasos, aunque el fuego se alzaba justo al lado de ambos como un acantilado.

—¡Loca! —gritó—. ¡La Madonna no precisa de tu ayuda! Ella quiere que ese cuadro tan malamente pintado, profanado por las manos de un pecador, arda en el fuego —era Bernardo, reconocí su voz; su rápida determinación había salvado la vida de un ser humano y sus palabras habían ahuyentado cualquier asomo de ira; lo admiré y deseé de todo corazón que nunca nos hubiéramos separado. Pero noté mis latidos, no tenía ánimo ni deseos de verlo cara a cara.

El río de fuego había ocultado por completo el árbol y el cuadro de la Madonna, yo estaba algo más lejos, apoyado en un muro, y allí había un grupo de forasteros en torno a una mesa.

—¡Antonio, si eres tú! —oí exclamar a una voz, que pensé era la de Bernardo; una mano apretó la mía, era Fabiani, el yerno de Sua Eccellenza, el esposo de Francesca, que me conoció de niño y que supuse, en vista de la carta que había recibido, estaría irritado conmigo igual que los demás, y que me habría repudiado como los demás.

—¡Pero bueno, que nos encontremos aquí! —dijo—. ¡Qué contenta se pondrá Francesca de verte!... ¡Pero no me parece nada bien que no hayas venido a visitarnos, llevamos ya ocho días en Castellammare!

—¡No tenía ni la menor idea! —respondí—. Además...

—Vaya, en este tiempo te has convertido en una persona nueva. Has tenido amores y —añadió más serio— incluso duelos. Pero no aplaudo que hayas desertado formalmente. Sua Eccellenza nos informó a grandes rasgos, y nos quedamos pasmados. ¿Te volvió a escribir, quizá, y no con las más amables formas?

Mi corazón palpitaba con fuerza, sentía de nuevo la cadena que me ataba a mis bienhechores, entristecido le expresé mi dolor por haber sido expulsado de forma tan absoluta.

—¡No, no, Antonio! —dijo Fabiani—. ¡Eso no puede ser! Ven a mi coche. Francesca se llevará una sorpresa al verte aquí esta noche; podemos llegar enseguida a Castellammare, y en nuestro hostel habrá sitio para ti. Tienes que contarme lo que ha sucedido; es una locura seguir así de desesperado, Sua Eccellenza se acalora con facilidad, ya lo conoces, pero todo podrá arreglarse.

—No, es imposible —respondí a media voz, ensimismado de nuevo en mi dolor.

—¡Ya verás como sí! —dijo Fabiani con determinación, y me llevó hasta el coche.

Se lo tuve que contar todo.

—¿No será esto una de tus improvisaciones? —preguntó con una sonrisa cuando le hablé de mi huida y de Fulvia y la guarida de los bandidos—. Tiene un tono tan poético como si fuera tu fantasía y no tu memoria quien ha tomado la palabra... ¡Dura, demasiado dura! —continuó al oír de la carta de Sua Eccellenza—; pero ya ves, justo porque te aprecia, por eso se puso tan serio. ¿No habrás actuado en ningún teatro?

—Ayer noche —respondí.

—¡Qué osadía! —exclamó—. ¿Y qué tal fue?

—¡Magnífico, soy feliz! —respondí con voz alegre—. Recibí una gran ovación, tuve que salir dos veces a saludar.

—¿Es posible? ¿Tuviste suerte?

Su voz escondía un punto de duda que me hirió profundamente, pero el agradecimiento ató mis labios y mis pensamientos. Sentía algo así como timidez ante la idea de presentarme ante Francesca, pues sabía lo seria y rigurosa que podía ser. Fabiani me consoló medio en broma, afirmando que no llegaría la sangre al río ni la reprimenda sería demasiado dura, aunque siempre me vendría bien recibirla.

Llegamos al hotel.

—¡Ah, Fabiani! —exclamó un caballero joven, elegantemente vestido y peinado, que se presentó delante de nosotros—. ¡Qué bien que estés ya de vuelta, tu signora está impaciente!... ¡Ah! —exclamó al darse cuenta de mi presencia—. ¡Traes al joven improvisador! Cenci, ¿verdad?

—¿Cenci? —repitió Fabiani, mirándome con extrañeza.



—El nombre con el que me anuncié en los carteles —respondí.

—¡Vaya! —exclamó él—. Bueno, eso fue muy sensato.

—¡Cómo canta al amor! —dijo el desconocido—. ¡Tendrías que haber estado anoche en el San Carlo! —me extendió la mano, obsequioso y manifestó su alegría por tener el honor de conocerme—. Hoy cenaré con vosotros —le dijo a Fabiani—. Me invito a mí mismo como acompañante de nuestro magnífico cantor, y tú y tu mujer no me vais a negar un sitio a vuestra mesa.

—Siempre eres bienvenido, ya lo sabes —respondió Fabiani.

—Pues entonces preséntame a este distinguido caballero.

—No tenemos que andarnos con ceremonias —dijo Fabiani—. Él y yo nos conocemos bien; mis amigos no necesitan serle presentados. Para él será un gran honor conocerte.

Me incliné, pero no acababa de sentirme del todo satisfecho con la forma de expresarse de Fabiani.

—Bien, entonces me presentaré yo mismo —dijo el desconocido—. Para mí es un gran honor conocerlo, me llamo Gennaro, oficial de la Guardia del Rey Fernando, y —añadió riendo— ¡de buena familia napolitana! Algunos incluso le dan el número uno. ¡Es posible que sea cierto! ¡Son sobre todo mis tías las que están encantadas! Y yo me siento muy sinceramente encantado de conocer a un joven de su talento, de su...

—¡Vale ya! —le interrumpió Fabiani—; no está acostumbrado a estas cosas. Bueno, ya os conocéis. Francesca está esperando. ¡Vas a presenciar una escena de reconciliación entre ella y tu improvisador! A lo mejor tendrás oportunidad de hacer gala de tu elocuencia.

Yo no deseaba tal cosa, precisamente, pero eran amigos, cómo iba a adivinar Fabiani lo doloroso de mi situación. Nos llevó ante Francesa, sin querer me mantuve unos pasos por detrás.

—¡Por fin, mi querido Fabiani! —exclamó ella.

—¡Por fin! —repitió él—. Y traigo dos invitados.

—¡Antonio! —exclamó ella casi en un grito, y su voz volvió a descender—: ¡Signore Antonio! —nos dirigió a mí y a Fabiani una mirada seria, severa; yo me incliné con intención de besar su mano, pero ella pareció no darse cuenta, se la ofreció a Gennaro y le dijo cuánto le agradaría verlo en la cena—. ¡Cuéntame de la erupción! —comenzó entonces—. ¿Ha cambiado de dirección el río de lava?

Fabiani se lo contó y al final añadió que se había topado conmigo allí, que yo era su invitado y que había llegado el momento de la clemencia.

—Sí —exclamó Gennaro—; desde luego, no tengo ni idea de cuál sea su pecado, pero al genio hay que perdonárselo todo.

—¡Está usted de excelente humor! —dijo ella, y me saludó con un movimiento de cabeza, indulgente, al tiempo que aseguraba a Gennaro que ella no tenía nada en absoluto que perdonarme—. ¿Y qué noticias trae usted? ¿Qué dicen los periódicos franceses? ¿Qué tal lo pasó usted anoche?

La primera pregunta se la quitó de encima enseguida, la segunda la trató con mayor interés.

—Estuve en el teatro, a oír el último acto de El barbero. Josephine cantó como un ángel, pero cuando se ha oído a Annunziata, nadie te satisface del todo. Pero fui también, especialmente, para oír al

improvisador.

—¿Y le satisfizo a usted? —preguntó Francesca.

—¡Superó mis mayores expectativas, las de todos! —respondió—. No es por halagarlo, qué le podrá importar a él mi pobre crítica. ¡Aquello sí que fue una improvisación! ¡El hombre se metió a fondo en su poesía y nos arrastró a todos con él! ¡Qué sentimiento! ¡Qué fantasía! Cantó sobre Tasso, Safo, las Catacumbas. ¡Eran unos poemas que merecerían conservarse!

—Un talento afortunado que no se puede apreciar ni admirar suficiente —exclamó Francesca—. ¡Ojalá hubiera estado yo allí también!

—Pero bueno, aquí tenemos al buen hombre —dijo Gennaro, señalándome.

—¡Antonio! —exclamó ella, interrogante—. ¿Ha improvisado?

—Sí, como un auténtico maestro —respondió Gennaro—; pero parece que lo conoce, tiene que haberlo oído alguna vez.

—Sí, muchas —respondió ella riendo—; todos lo admirábamos cuando era niño.

—Yo lo coroné ya la primera vez que lo oí —dijo Fabiani, también bromeando—. Cantó a mi esposa. Aunque aún no estábamos casados. Y como su prometido, yo también estaba oculto en el canto. Pero vayamos ahora a la mesa. Tú llevas a mi Francesca y, como no tenemos más damas, yo iré con el improvisador. ¡Signore Antonio, le ofrezco mi brazo!

Y me condujo detrás de los otros al comedor.

—Pero nunca me habías mencionado a Cenci, o como sea que se llame en realidad nuestro caballere.

—Nosotros lo llamábamos Antonio —dijo Fabiani—; y no teníamos ni la menor idea de que fuera él quien actuaba de improvisador. Pues mira, ese era precisamente el motivo de la escena de reconciliación de que te hablé. Has de saber que Antonio es, en cierto modo, un hijo de la Casa. ¿No es verdad, Antonio? —yo incliné la cabeza con mirada agradecida—. Es una gran persona, y a su carácter no hay nada que reprocharle. ¡Pero no quiere estudiar!

—Pero si ahora puede leerlo todo en el gran libro de la naturaleza, ¿por qué no iba a hacerlo?

—No nos lo vaya a echar usted a perder con sus alabanzas —dijo Francesca, bromeando—; nosotros creíamos que estaba cursando sus estudios clásicos, su física y su matemática, y resulta que andaba perdido de amores por una joven cantante de Nápoles.

—Eso demuestra que tiene sentimientos —dijo Gennaro—. ¿Y la muchacha es guapa? ¿Cómo se llama?

—Annunziata —dijo Francesca—; un talento de los que no abundan, una mujer verdaderamente destacada.

—¡Yo también he estado enamorado de ella! ¡El joven tiene buen gusto! ¡A la salud de Annunziata, Señor Improvisador!

Chocó su copa con la mía. Yo era incapaz de decir una sola palabra, me dolía que Fabiani hubiera puesto al descubierto mi dolor ante un desconocido, aunque él lo veía todo desde una perspectiva

distinta a la mía.

—Sí —continuó—; incluso sostuvo un duelo por culpa de ella, pegó un tiro en el costado a un sobrino del Senatore de Roma, pues eran rivales. ¡Y tuvo que escapar! El cielo sabrá cómo pudo pasar la frontera; ¡y luego actúa en el San Carlo! En el fondo es un acto de valentía que no habría esperado de él.

—Un sobrino del Senatore —repitió Gennaro—; ¡vaya, qué interesante! Estos días está por aquí, ha entrado al servicio del rey, pasé una velada con él... Un hombre apuesto e interesante... ¡ah, ahora lo entiendo todo! Annunziata vendrá pronto por aquí, su amante ha venido de vanguardia, se ha instalado aquí y pronto leeremos en los carteles que la cantante actúa por última vez, que no volverá a cantar.

—¿Cree usted que se casará con él? —preguntó Francesca—. ¡Sería un escándalo para la familia de ese joven!

—Hay ejemplos de cosas así —dije yo con voz temblorosa—. Otros nobles se han creído honrados y felices sosteniendo la mano de una artista.

—¡Felices, tal vez! —exclamó ella—; ¡pero nunca honrados!

—Claro que sí, mi querida Signora —era Gennaro quien tomó la palabra—; yo me sentiría honrado si ella me eligiese a mí. Y creo que lo mismo podría decirse de cualquier otro hombre.

Hablaron mucho, muchísimo, de Annunziata y Bernardo, habían olvidado el peso con el que agobiaba mi corazón cada una de sus palabras.

—Pero tiene usted que alegrarnos la velada improvisando. La Signora le propondrá un tema.

—Sí —dijo Francesca riendo—; cántanos el amor, eso es algo que agrada a Gennaro y que también tú conoces bien.

—Sí, el amor y Annunziata —exclamó Gennaro.

—En otra ocasión haré todo lo que me pidan —dije—; pero esta noche es imposible. No me encuentro nada bien, crucé la bahía en barca y sin abrigo; junto al río de lava pasé muchísimo calor y luego vine hasta aquí en coche, en una noche bastante fría.

Gennaro me pidió con insistencia que improvisara, pero no me sentía capaz de hacerlo en aquel lugar y sobre aquel tema.

—Ya tiene maneras de artista —dijo Fabiani—; ¡quiere hacerse de rogar! ¿Tampoco querrás acompañarnos mañana a Paestum, donde encontrarás materia suficiente para tu poesía...? ¡Tendrías que hacerte valer un poco! No hay nada que te ate realmente a Nápoles.

Me incliné con timidez, para no dar la sensación de que quería excusarme.

—¡Sí, claro que viene con nosotros! —exclamó Gennaro—. Y cuando haya visto los templos griegos, se le meterán en el alma y cantará como un Píndaro cualquiera.

—¡Saldremos mañana! —continuó Fabiani—. El recorrido entero lo haremos en cuatro días. En el camino de vuelta visitaremos Amalfi y Capri. ¿De modo que vienes con nosotros?

Un no habría podido cambiar todo mi destino, como el tiempo se encargaría de demostrar. Aquel breve viaje de cuatro días me robó, osaría decir, seis años de juventud. ¿Es libre el hombre? Sí,

podemos ser libres aunque estemos sujetos a los hilos que vemos, aunque, cuando están atados con demasiada fuerza, somos incapaces de verlos. Con gratitud les dije que sí, tomé el hilo que cerró con más fuerza el telón de mi futuro.

—Mañana hablaremos —dijo Francesca al despedirnos después de la cena, y me extendió su mano para que se la besara.

—¡Esta misma noche voy a escribir a Sua Eccellenza! —fueron las palabras de Fabiani—. Quiero preparar la reconciliación.

—Y yo soñaré con Annunziata —exclamó Gennaro—; espero que nadie me desafíe a duelo por ello —añadió riendo, y me estrechó la mano.

En cuanto a mí, escribí unas palabras a Federigo, le conté mi encuentro con la familia de Sua Eccellenza y que iba a hacer una excursión de un par de días con ellos, al sur. Había concluido la carta, mil sentimientos se agitaban en mi pecho. ¡Cuántas cosas me había deparado aquella noche! ¡Cuántos sucesos se entrecruzarían!

Pensé en Santa, en Bernardo al lado del cuadro ardiendo de la Madonna, y en esas últimas horas con mis antiguos conocidos. Ayer, todo un público para el que yo no era sino un desconocido me tributó una gran ovación, fui admirado y honrado, y esa misma noche una mujer, de inmensa belleza, suplicó mis miradas de amor; y unas horas después estaba entre viejos conocidos, entre amigos a los que se lo debía todo, y no era sino aquel niño pobre cuyo primer deber era el agradecimiento.

Pero Fabiani y Francesca habían sido cariñosos conmigo. Habían acogido al hijo perdido, me habían dado un sitio a su mesa, me habían invitado a un viaje de placer, una bondad se sumaba a otra, ¡me querían! Pero el don del rico, entregado con mano ligera, pesa en el corazón del pobre.

## VI

### **El viaje a Paestum. Los templos griegos. La niña ciega**

La inmensa belleza de Italia no se halla en la Campiña y en Roma, yo sólo la conocía por mi paseo en el Lago Nemi y por lo que había visto durante mi viaje a Nápoles, por eso me sentía doblemente impresionado por su espléndida majestuosidad, más aún que el extranjero que conoce la belleza de otros países y puede hacer comparaciones. Como un mundo de hadas de los que he visto en sueños, en los que he vivido, incluso, se presenta en mi memoria la excursión de aquel día, pero ¿cómo expresar la imagen que impregnó mi alma y que recorrió mi sangre toda?

Las bellezas naturales nunca pueden transmitirse en un relato. Porque las palabras, como las teselas de un mosaico, se siguen una a otra, el cuadro completo se va componiendo pieza a pieza, no se capta, como en la naturaleza, la gran unidad del conjunto; y siempre falta algo. Se proporcionan las diversas partes y se deja que el forastero componga el conjunto; si se pudiera ver en cientos de personas el cuadro que se han formado, todos mostrarían grandes variaciones. Con la naturaleza sucede como con un rostro bello, señalar sus particularidades no permite captar el conjunto, se hace preciso apelar a un objeto conocido y sólo cuando se pueda decir, con certeza matemática, que se parecen en este o ese detalle, surgirá un concepto relativamente satisfactorio.

Si se me pidiera improvisar sobre la belleza de Hesperia, representaría con los trazos de la verdad lo que allí absorbieron mis ojos, y tú, que jamás viste el sur de Italia, tu fantasía habrá de elevar cada belleza aún más alto, ¡y no será suficiente! Las fantasías de la naturaleza superan a las del ser humano.

Salimos de Castellammare en la preciosa mañana. Aún veo el Vesubio humeante, el hermoso valle de grandes viñedos donde los jugosos sarmientos verdes cuelgan enlazando una planta con otra, los blancos castillos montanos sobre los verdes roquedales, o medio ocultos entre oscuros olivares. Veo el antiguo templo de Vesta con sus columnas de mármol y su cúpula, y que ahora es una iglesia de la Madonna: Santa Maria Maggiore. Un trozo de pared se había derrumbado, calaveras y huesos cerraban la abertura, pero verdes sarmientos crecían silvestres por doquier y con sus frescas hojas parecían querer ocultar el poder y la fuerza de la muerte.

Aún veo la salvaje formación rocosa, las torres solitarias, con redes extendidas para capturar las bandadas de aves marinas; muy por debajo de nosotros estaba Salerno junto al oscuro mar azul, y nos topamos con una comitiva que hizo que el cuadro se me grabara con mucha más fuerza: dos bueyes blancos, con astas de una vara de largo, arrastraban un carro en el que yacían cuatro bandoleros encadenados: de perversa mirada, reían con sarcásticas carcajadas. Apuestos calabreses de negros ojos y fusil al hombro cabalgaban a su lado.

Salerno, la erudita ciudad del medievo, era el destino de nuestro primer día de viaje.

—¡Los infolios se pudren! —exclamó Gennaro—. Salerno pierde el boato de la erudición, pero el libro de la naturaleza tiene una nueva edición cada año. Y nuestro Antonio piensa como yo, se puede aprender de ella mucho más que de todo ese polvo erudito.

—Debemos aprender de ambos —respondí—. El pan y el vino deben ir juntos.

Francesca dijo que mis palabras eran muy sensatas.

—¡Hablar, eso sí que sabe hacerlo! —dijo Fabiani—. ¡Pero actuar... eso tendrás que demostrarlo, Antonio, cuando vengas a Roma!

¿A Roma? ¿Yo a Roma? Nunca se me había pasado semejante cosa por la cabeza, mis labios callaron pero mi conciencia me decía que no podía ni quería volver a ver Roma y reanudar las antiguas relaciones.

Fabiani siguió hablando, los otros con él, y llegamos a Salerno. Nuestra primera visita fue la catedral.

—¡Aquí puedo hacer yo de cicerone! —dijo Gennaro—. Esta capilla es la de Gregorio VII, el Santo Padre, que murió en Salerno. Su estatua de mármol la tenemos ahí delante, en el altar. ¡Y aquí yace Alejandro Magno!

—¿Alejandro Magno? —preguntó Fabiani, extrañado.

—¡Sí, ciertamente! ¿No es así? —preguntó al empleado de la iglesia.

—Como diga Sua Eccellenza —respondió éste.

—¡Eso es un error! —exclamé yo, examinando más detenidamente el monumento—. Alejandro no está enterrado aquí, eso contradice la historia. Miren, lo que está tallado en el sarcófago es el cortejo triunfal de Alejandro, aquí se distingue bien el nombre.

Nada más entrar en la iglesia nos habían indicado un sarcófago parecido, con el triunfo de Baco esculpido en él, traído de los templos de Paestum y utilizado ahora como tumba de un príncipe salernitano, cuya moderna estatua de mármol a tamaño natural había sido colocada en encima de ella. Usé este ejemplo para señalar que seguramente sería un caso semejante el de la supuesta tumba de Alejandro. De lo más satisfecho por mi sagacidad, surgió en mí una especie de elocuencia, pero Gennaro se limitó a responder con un frío «¡Tal vez!» y Francesca me susurró al oído que no era muy conveniente que yo quisiera parecer más listo que él, y que, a fin de cuentas, no lo sabía con certeza... Retrocedí silencioso y respetuoso.

A la hora del Avemaría estaba sentado a solas con Francesca en el gran balcón del hotel. Fabiani y Gennaro paseaban, y yo debía entretener a mi apreciada Signora.

—¡Qué espléndido juego de colores! —dije señalando el mar, que con un color lechoso se extendía desde la calle, empedrada con adoquines de lava, hasta el deslumbrante horizonte sonrosado; la costa roqueña era de color índigo; en Roma nunca había visto aquel boato de colores.

—Las nubes ya han dicho felicissima notte —exclamó Francesca señalando la montaña, donde una nube colgaba muy arriba, por encima de villas y olivares, y al tiempo muy por debajo del viejo castillo que con sus dos torres se acercaba a la cima de la montaña.

—¡Allí me gustaría vivir! —exclamé—. Muy alto, por encima de las nubes, mirando al mar, eternamente cambiante.

—Podrías improvisar sobre ello —dijo ella con una sonrisa—, pero nadie te escucharía y eso sería una auténtica desgracia, Antonio.

—¡Oh, claro! —respondí yo, también en broma—. Hay que ser sincero: sin aplausos, uno no es más que un árbol sin sol. Aunque, a decir verdad, en la prisión se fue minando poco a poco la flor de la vida de Tasso, igual que la desgracia de su amor.

—¡Querido amigo! —exclamó ella, bastante seria—. Yo hablaba de ti, no de Tasso. ¿Qué tiene él que ver con esto?

—¡Es un ejemplo! —respondí—. Tasso era poeta y...

—¡De modo que tú crees serlo también! Querido Antonio, por lo más sagrado, no menciones jamás un nombre inmortal cuando alguien esté hablando de ti. No vayas a creerte que eres un poeta; eres improvisador porque tienes una disposición sensible y sabes imaginar las cosas. Hay miles que pueden hacerlo igual que tú. ¡No te condenes a la infelicidad con esas ideas!

—¡Pero hace muy poco que me ovacionaron miles de personas! —respondí, con las mejillas ardiendo—. ¡Es natural que tenga esa idea, ese convencimiento...! ¡Y sé que usted se alegra de mi felicidad, de lo bueno que hay en mí!

—Ninguno de tus amigos se alegra más que yo. Todos nosotros apreciamos tu espléndido corazón, tu noble carácter, y por eso Sua Eccellenza te perdonará, estoy segura. Tienes virtudes magníficas que deben desarrollarse, pero hay que hacerlo de verdad, Antonio. ¡Las cosas no llegan por sí solas! ¡Hay que trabajarlas! Tu talento es un precioso don social con el que puedes alegrar a muchos amigos, pero no es suficiente para ofrecerlo en público.

—Pero —me atreví a decir—, Gennaro, que no me conocía, quedó encantado con mi debut.

—¡Gennaro! —repitió ella—. Con todo mi respeto por él, no concedas mucho valor a su criterio artístico. ¿Y el del gran público? Sí, en este punto el artista oye de los unos cosas completamente distintas que de los otros. Es estupendo que no te abuchearan, lo que me habría entristecido en lo más hondo. Pero después nadie ha vuelto a hablar de ello y pronto estará todo olvidado: tú y tu improvisación. ¡Si hasta usaste un nombre de lo más raro! Dentro de tres días estaremos de nuevo en Nápoles y un día más tarde volvemos a Roma. Considéralo todo como un sueño, eso es lo que ha sido en realidad, y demuéstranos tu aplicación y tu constancia, y que por fin has despertado. Y ahora no respondas una sola palabra. Te lo digo por tu bien, soy la única persona que te dice la verdad —me extendió su mano y yo me atreví a besarla.

A la mañana siguiente teníamos que salir al rayar el alba para poder llegar a Paestum, pasar allí algunas horas y regresar a Salerno en el mismo día; porque no se puede pernoctar en Paestum, y el camino no es muy seguro. Unos gendarmes a caballo nos acompañaron como escolta.

Huertos de naranjos, bosques, se los podría llamar, se extendían a ambos lados; cruzamos el río Sele, donde sauces llorones y laureles se reflejaban en las claras aguas. Aquella tremenda formación montañosa encerraba fértiles tierras cerealeras. Áloes y cactus crecían silvestres junto a la carretera. Todo era exuberancia y abundancia, y entonces vimos delante de nosotros los templos de dos mil años de antigüedad, construidos en el estilo más puro, más bello; los templos, una taberna miserable, tres casas viejas y unas cuantas chozas de cañas eran todo lo que quedaba de aquella famosa ciudad. No vimos ni un rosal, aunque la abundancia de rosas dio en tiempos su fama a Paestum, sobre aquellos campos había entonces un brillo purpúreo, las flores eran ahora azules, sólo azules, como las hileras de montañas; aromáticas violetas cubrían la gran planicie, desperdigadas entre cardos y matorrales.

Todo lo que nos rodeaba estaba cuajado de silvestre feracidad; áloes, higueras silvestres y el rojo *pyrethrum indicum* se enroscaban unos en otros.

Esta es la naturaleza de Sicilia, su misma abundancia rústica, sus templos griegos y su pobreza. Grupos enteros de mendigos nos rodeaban, parecían salvajes de las islas de los Mares del Sur. Unos hombres con pieles de oveja, con la lana hacia fuera, piernas desnudas de oscuro marrón y largos cabellos negros sobre los rostros ocre; niñas de preciosas formas, medio desnudas, las cortas faldas harapientas abiertas por encima de la rodilla, una especie de capa hecha con una horrible tela marrón sobre los hombros desnudos, y el largo cabello negro sujeto en un moño. Los ojos llameaban.

Una niña de no más de once años, preciosa como la diosa de la belleza, aunque no se parecía a Annunziata, ni tampoco a Santa. Me recordaba a la Venus de Médicis, de la que me había hablado Annunziata. No podía amarla, sólo admirarla, inclinarme ante las formas de la belleza.

Estaba un poco alejada de los demás pordioseros, un trapo marrón de forma rectangular colgaba suelto sobre uno de sus hombros, mientras que el otro, el pecho y los brazos, al igual que las piernas, estaban completamente desnudos; que también tenía buen gusto y ganas de ponerse guapa lo demostraba su pelo formando un moño en el que había sujetado un ramito de violetas y que colgaba en bucles sobre la hermosa frente. Recato, espíritu y un dolor extrañamente profundo lucían en su semblante. Los ojos miraban hacia abajo, como si buscara algo en el suelo.

Gennaro fue el primero que se percató de ella, y aunque la niña no había dicho una sola palabra, le entregó su limosna, le cogió la barbilla y dijo que era más guapa que nadie. Francesca y Fabiani compartieron su opinión. Vi un suave rubor agitarse bajo la piel morena de la niña, levantó los ojos y me di cuenta de que era ciega.

Gustosamente le habría dado dinero yo también, pero no me atreví. Cuando los demás entraron en el mesón, seguidos por los mendigos, me di la vuelta rápidamente y puse un scudo en la mano de la niña; al tocarlo pareció reconocer su valor, sus mejillas ardieron, se inclinó y los frescos labios de la salud y la belleza rozaron mi mano; me alejé de la niña y fui con los demás.

Leña y ramas ardían en una gran fogata en la chimenea, que era casi tan ancha como la estancia entera. El humo se arremolinaba bajo el techo cubierto de hollín y cuya escasa altura nos hacía caminar encogidos; detrás del alto sauce llorón que nos proporcionaba sombra nos prepararían el almuerzo mientras visitábamos los templos. Habíamos de atravesar una auténtica espesura, Fabiani y Gennaro se cogieron de las manos y así formaron una silla de manos para Francesca.

—¡Qué paseo más terrible! —gritó ella, riendo.

—¡Oh, Eccellenza! —dijo uno de nuestros guías—; este lugar es precioso. Hace tres años estaba todo lleno de espinas, y cuando yo era pequeño, tierra y arena casi cubrían las columnas.

Los demás confirmaron sus palabras y allá fuimos, seguidos por toda la muchedumbre de mendigos, que nos observaban en silencio; si nuestra mirada se cruzaba con la de uno de aquellos mendigos, al instante extendía la mano mecánicamente para pedir limosna, y un miserabili brotaba de sus labios. A la preciosa niña ciega no la veía, seguramente estaría sentada a solas al borde de la carretera. Pasamos por los restos de un teatro y del templo de la paz.

—¡La paz y el teatro! —exclamó Gennaro—. ¡Cómo podían mantenerse estos dos tan cerca uno del otro!

El Templo de Neptuno estaba ante nosotros; éste, otro templo más que llaman «basílica» y el de Ceres son los soberbios, orgullosos restos que, como una Pompeya, nuestra época ha recuperado de la noche y el olvido. Durante siglos quedaron cubiertos de cascotes y plantas silvestres, hasta que un pintor extranjero, en busca de temas para su obra, llegó a este lugar y descubrió la parte superior de las columnas. Su belleza lo hechizó, las dibujó y así las dio a conocer; se quitaron cascotes y matojos y, como si hubieran sido construidos ayer, aparecieron los grandes edificios abiertos. Las columnas son de travertino amarillo, en torno a ellas crecen las vides, las higueras se extienden enroscándose por el suelo, y en grietas y fisuras asoman violetas y alhelíes escarlata.

Nos sentamos en la basa de una columna caída. Gennaro había alejado a los mendigos, y en silencio gozamos la espléndida naturaleza que nos rodeaba. Las montañas azules, la cercanía del mar, el lugar mismo en el que nos encontrábamos, me sobrecogían de una forma extraña. «¡Improvisa para nosotros!», dijo Fabiani, y Francesca hizo un gesto que expresaba idéntico deseo. Me apoyé en la columna más cercana y canté con una de las melodías de mi infancia lo que mis ojos estaban viendo en aquellos instantes: la belleza de la naturaleza, los magníficos recuerdos del arte, y pensé en la pobre niña ciega a quien estaban vedadas todas aquellas maravillas. Era doblemente pobre, estaba doblemente sola. Mis ojos se llenaron de lágrimas, Gennaro aplaudió, y Fabiani y Francesca dijeron a la vez: «¡Tiene sentimiento!».

Descendieron los escalones del templo y yo los seguí lentamente; detrás de la columna junto a la que había estado, vi que se hallaba sentada, o más bien tumbada, bajo el aromático mirto, una figura con la cabeza baja y las manos fuertemente unidas detrás del cuello; era la niña ciega.

Había oído mi canto, me había oído cantar su añoranza y su nostalgia. Aquello fue como si me rajara el alma. Me incliné sobre ella, que oyó el murmullo de las hojas y levantó la cabeza, y me pareció que



estaba más pálida. No me atrevía a moverme; ella escuchaba.

—¡Angelo! —exclamó a media voz.

No sé por qué, pero contuve la respiración; la niña siguió sentada en silencio por un momento. Era la diosa griega de la belleza, con ojos incapaces de ver, pero capaces de ver dentro del alma, tal y como la había descrito Annunziata. Estaba sentada en el zócalo del templo entre higos silvestres y olorosos mirtos; apretó un objeto contra sus labios y sonrió; era mi scudo, su gesto me hizo sentir un dulce calor, y sin querer me incliné un poco más... y mi beso ardió sobre su frente.

La niña soltó un grito, un grito penetrante que atravesó mi alma como un zarpazo de la muerte. Cual cervatilla asustada, dio un salto y escapó en un instante. Yo no veía nada, todo se movía a mi alrededor, eché a correr entre espinos y matas.

—¡Antonio! ¡Antonio! —oí gritar a Fabiani muy lejos, detrás de mí, y recuperé el sentido—. ¿Estás persiguiendo liebres? —preguntó—. ¿O se trataba de una huida poética?

—Quiere demostrarnos —dijo Gennaro— que puede volar, mientras que nosotros tenemos que ir andando pasito a pasito. ¡Pero yo también me atrevo a volar igual que él! —se puso a mi lado para echar a correr.

—¿Creéis que yo, con mi Signora del brazo, puedo mantener vuestro paso? —exclamó Fabiani. Gennaro se detuvo.

Cuando llegamos a la taberna, mis ojos buscaron inútilmente a la niña ciega, su grito volvió a traspasar mis oídos y oí cómo mi corazón respondía con impetuosos latidos... Era como si hubiera cometido un pecado. Ciertamente, primero le había metido en el alma con mi canto, aunque sin mala intención, el dolor y la pena y, al hacer patente su pérdida había hecho entrar en su alma el horror y la angustia, le di un beso en la frente, el primero que había dado nunca a una mujer. Si hubiera podido verme no me habría atrevido, pero su desventura, su desamparo, me dieron ánimos para hacerlo. ¿Y yo me atrevía a juzgar a Bernardo con dureza?

Yo, un hijo del pecado como todos, habría querido arrodillarme ante ella y pedirle perdón; pero no la veía por ninguna parte.

Montamos en el coche para regresar a Salerno, volví a buscarla una vez más pero sin atreverme a preguntar dónde podía estar. Entonces exclamó Gennaro:

—¿Dónde está la niña ciega?

—¿Lara? —dijo nuestro guía—. Seguirá en el templo de Neptuno, es donde suele pasar el tiempo.

—Bella divina! —exclamó Gennaro, lanzando con sus manos un beso hacia el templo. Nos pusimos en movimiento.

De modo que se llamaba Lara. Yo estaba sentado de espaldas al cochero, veía las columnas del templo alejarse cada vez más, pero en mi corazón seguía oyendo el grito de miedo de la niña, mi propio dolor. En el camino había acampado un grupo de gitanos que tenían encendido un gran fuego en la cuneta y estaban cocinando. La anciana abuela gitana tocaba la pandereta e intentó adivinarnos el futuro, pero no nos detuvimos. Dos niñas de ojos negros nos siguieron un buen trecho. Eran bonitas, y Gennaro se puso a hablar de su ágil carrera y sus ojos ardientes, aunque no eran bellas ni nobles como Lara.

Al atardecer llegamos a Salerno, para dirigirnos al día siguiente a Amalfi y desde allí a Capri.

—Sólo un día —me dijo Fabiani— permaneceremos en Nápoles cuando lleguemos allí, a finales de semana tenemos que estar de vuelta en Roma. ¿Tendrás tiempo de arreglar tus cosas tan rápido, Antonio?

Yo no podía, no quería volver a Roma, pero una timidez, un miedo de los que nunca había conseguido librarme a lo largo de mi vida de pobreza y sentido de la gratitud, hicieron que me atreviera a balbucir que Sua Eccellenza se irritaría seguramente si osara regresar.

—¡Nosotros nos ocuparemos de todo! —me interrumpió Fabiani.

—¡Perdónenme, pero no puedo! —balbucí tomando la mano de Francesca—. ¡Reconozco profundamente todo lo que les debo!

—¡Nada de eso, Antonio! —respondió ella, poniendo su mano en mis labios. En ese momento anunciaron a unos forasteros, yo me quedé silencioso en la taberna, consciente de mi debilidad. Dos días atrás era libre e independiente como un pájaro, y Aquel que no permite que ni un gorrión caiga a tierra, se habría ocupado también de mí; y sin embargo dejé que el primer hilo perdido que se me arrojaba a los pies se convirtiera en cable de ancla. En Roma tienes buenos amigos, pensé, buenos y leales, aunque no tan corteses como los napolitanos. Pensé en Santa, a la que no quería volver a ver, pensé en Bernardo, al que habría de encontrarme día tras día en Nápoles, en Annunziata, que iba a venir, en el bosque de su mutuo amor. ¡A Roma, a Roma! ¡Es mucho mejor!, me dijo mi corazón, mientras mi alma reclamaba libertad e independencia.

## VII

### **Aventura en Amalfi. La gruta azul de Capri**

Con qué belleza destacaba Salerno sobre el mar cuando a primeras horas de la mañana zarpó nuestra embarcación; seis fornidos marineros manejaban los remos, al timón iba sentado un muchacho, que podría ser objeto de una preciosa pintura, llamado Alfonso. El agua era verde como el vidrio. Toda la costa, a nuestra derecha, parecía consistir en espléndidos jardines colgantes, construidos por una Semíramis de fantasía desbocada. Se abrían a la orilla del mar, como si fueran columnatas, las amplias cuevas abiertas, dentro de ellas jugaba la rompiente. En el promontorio de roca había un castillo, una nube se deslizaba bajo su corona de murallas. Vimos Minori y Maiori, y al poco también Amalfi, la ciudad natal de Masaniello y de Flavio Gioia, asomando entre los verdes viñedos.

La enorme plenitud de la belleza me abrumaba. ¡Ojalá todas las estirpes de la tierra pudieran contemplar esta hermosura! No hay tormenta del norte o del oeste que traiga frío e invierno al florido jardín en cuyas terrazas se extiende Amalfi. Sólo desde el este y el sur llega la brisa, la cálida brisa de la tierra de naranjos y palmeras, al otro lado del precioso mar.

Desde lo más alto de la ladera se va descolgando la ciudad con sus blancas casas de tejados orientales, más arriba aún ascienden las villas, un pino solitario alza su verde copa hacia el cielo azul y, arriba del todo, el viejo castillo con sus murallas sirve de refugio a las nubes.

Los pescadores nos llevarían desde el barco a tierra, cruzando la rompiente. Profundas cuevas en el

acantilado se hundían bajo la ciudad, en algunas penetraba chapoteante el agua, otras estaban vacías, las barcas varadas a su lado, y una turba de niños felices jugaban en su interior, la mayoría de ellos apenas llevaban una camisa o un chalequito, aquella era toda su vestimenta. Pordioseros medio desnudos estaban tumbados sobre la arena caliente, sus sombreros marrones calados hasta las orejas, aquella era su principal protección mientras dormían la siesta. Repicaban las campanas de las iglesias, una procesión de jóvenes clérigos pasó ante nosotros entonando salmos. Una corona de flores frescas colgaba sobre la imagen del crucificado.

A la izquierda, por encima de la ciudad, se yergue un precioso, imponente convento, delante de una profunda gruta; allí se alojan los viajeros. Francesca subió en silla de manos, los demás caminamos detrás, subiendo por el sendero excavado en la roca, el claro mar azul yacía a nuestros pies, muy abajo. Llegamos a la entrada del monasterio, la profunda boca de la montaña se abría ante nosotros al lado mismo. Dentro se alzaban tres cruces con el Salvador y los ladrones y, por encima de ellas, sobre la piedra del acantilado, había ángeles arrodillados con ropajes de colores y grandes alas blancas. ¡No era una obra de arte, todo de madera repintada! Pero un corazón devoto y creyente respira su propia belleza en aquel cuadro de groseras formas.

A través del pequeño patio del convento alcanzamos enseguida las habitaciones que nos asignaron; desde mi ventana veía el mar infinito, hasta Sicilia, puntitos plateados parecían los barcos en el lejano horizonte.

—¡Señor improvisador! —dijo Gennaro—. ¿Qué tal si bajamos a regiones inferiores para comprobar si su belleza es aún mayor que la de aquí arriba? ¿La belleza femenina lo será, al menos, porque las damas inglesas que tenemos por aquí de vecinas son demasiado pálidas y frías? ¿Tendrá usted seguramente buen gusto por las mujeres? ¡Excúseme! Es justo ese buen gusto el que lo ha hecho apartarse del mundo y me ha proporcionado a mí una agradable velada y una interesante amistad.

Descendimos por el sendero entre las rocas.

—¡Sí que era guapa la niña de Paestum! —dijo Gennaro—. Me parece que voy a pedir que la lleven a Nápoles, cuando escriba para encargar vino de Calabria. ¡Los dos me encienden la sangre!

Llegamos a la ciudad, que, si se me permite expresarlo así, se encuentra extrañamente recogida en sí misma. En comparación con ella, el angosto gueto de Roma es todo un corso. Las calles eran simples angostillos entre las altas casas, y entrando en éstas nos encontrábamos, nada más cruzar la puerta, con un largo vestíbulo con aberturas a los lados, que daban acceso a oscuras estancias; o se abría una angosta calleja entre los muros de las casas y las paredes del acantilado, subiendo y bajando escaleras, un laberinto sombrío de sucios pasadizos, casi nunca podía saber si me encontraba en la estancia de una casa o en una calle. En casi todas partes había lámparas encendidas, pues, de otro modo, habría sido noche cerrada aunque estuviéramos en pleno día. Finalmente respiramos más libremente, estábamos en un gran puente de obra que unía dos laderas, sin duda la placita que había debajo debía de ser la mayor de toda la ciudad, allí había dos muchachas bailando el saltarelo, y un chavalito completamente desnudo, de bellas formas y con brazos y piernas morenos, quieto como un amoreto, mirándolas. Aquí nunca se pasaba frío, me dijeron, la temperatura más baja que había conocido Amalfi en muchos años había sido ocho grados por encima del cero.

Al lado justo de la pequeña torre del saliente acantilado, desde donde se ve la hermosa bahía hasta Minori e Maiori, serpenteaba un pequeño sendero entre álces y mirtos, y pronto formaron los sarmientos de las vides altas bóvedas sobre nuestras cabezas. Sentíamos una sed ardiente y nos

dirigimos a un pequeño lugar blanco que nos animaba amable, a visitarlo, al borde del mar, rodeado de jugoso verdor. El aire dulce y cálido estaba lleno de aromas, bellos insectos multicolores zumbaban a nuestro alrededor.

La casa junto a la cual nos hallábamos era de lo más pintoresca, en la pared estaban empotrados algunos capiteles de mármol y unos bellos miembros, un brazo y una pierna, encontrados entre los cascotes. En el tejado había un precioso jardín de naranjos y feraces plantas trepadoras que, cual verdes tapices de terciopelo, colgaban sobre la pared; delante floreaba una espesura de rosas siemprevivas; dos niñas preciosas, de seis o siete años, jugaban a trenzar guirnaldas, pero la persona más bella de aquel lugar era una mujer joven, con un pañuelo de blanco lino sobre los cabellos, que nos recibió en la puerta; ¡su mirada llena de alma, las largas y oscuras pestañas, las nobles formas! ¡Sí, era bellísima!... De modo que nos quitamos los sombreros con una reverencia.

—¿Así que esta casa es propiedad de la más hermosa de las muchachas? —dijo Gennaro—. ¿Querrá tal vez el ama de la casa dar a dos fatigados caminantes un vaso de refrescante bebida?

—¡Esta ama de casa lo hará con sumo placer! —respondió ella riendo, y sus blanquísimos dientes alzaron los rojos, jugosos labios—. Sacaré el vino, pero solamente tengo un vaso.

—Si es usted quien lo sirve será magnífico —dijo Gennaro—; cuando más me gusta beberlo es cuando me lo sirve una muchachita tan bella como usted.

—Pero Sua Eccellenza puede dar las gracias a la señora.

—¿Está usted casada? —preguntó Gennaro, riendo—. ¡Tan joven!

—¡Qué va, soy muy vieja! —dijo la joven, riendo.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté yo. Me miró a los ojos con gesto burlón y respondió:

—Veintiocho.

No debía de tener mucho más de quince, pero sus formas eran espléndidas; una Hebe no podría tenerlas mejores.

—¿Veintiocho? —dijo Gennaro—. Una bonita edad, que sienta muy bien a usted.

—¡Veinte años! —dijo ella—. ¡Pregúnteselo a mis hijas! —y las niñas que habíamos visto jugar se acercaron a nosotros.

—¿Es vuestra madre? —les pregunté yo, aunque sabía que no lo era. La miraron riendo, asintieron con la cabeza y luego se arrimaron a ella, mimosas. Nos trajo el vino, un vino estupendo, y bebimos a su salud.

—Es un poeta, un improvisador —dijo Gennaro señalándome con el dedo—. ¡Trae locas a todas las damas de Nápoles...! ¡Pero es una roca, un tipo raro, imagínate, odia a las mujeres, todavía no ha besado siquiera a una!

—Eso es imposible —dijo la joven, riendo.

—En cambio, yo soy de otra especie, amo lo bello, beso los labios bellos, soy su fiel escudero y así reconcilio el mundo y las mujeres donde quiera que lleguemos... Y eso haré ahora mismo, es un impuesto justo a toda mujer hermosa; y espero que me pague mi tributo —le cogió la mano.

—Los eximo de esa obligación, tanto a usted como a la otra Eccellenza; no me va lo de pagar tributos, de eso se encarga siempre mi marido.

—¿Y dónde está?

—No muy lejos —respondió ella.

—¡Nunca he visto en Nápoles una mano tan bella como esta! —dijo Gennaro—; ¿cuánto me costará besarla?

—¡Un scudo! —respondió.

—¿Y en los labios será el doble? —preguntó Gennaro.

—¡Eso no tiene precio! ¡Eso es derecho exclusivo de mi marido! —y volvió a servirnos el cálido, fuerte vino, bromeó y rio con nosotros, pero entre bromas y veras conseguimos enterarnos de que sólo tenía catorce años de edad, que se había casado un año antes con un joven muy apuesto, que en aquellos momentos estaba en Nápoles y no volvería hasta el día siguiente. Las niñas eran sus hermanas, que habían venido a estar con ella hasta que volviese el marido. Gennaro les pidió un ramo de rosas y se fueron corriendo a recoger las flores, pues les prometió un carlino.

En vano le suplicó un beso, dijo miles de zalamerías, le rodeó la cintura con el brazo, pero ella se soltó, servía vino pero siempre volvía porque, a pesar de todo, le resultaba divertido. Él tomó un luis de oro entre los dedos, le dijo qué bonitas cintas podría comprar con él, qué bien adornarían sus oscuros cabellos, y para conseguir tanta maravilla sólo tenía que darle un beso, un solo beso.

—¡La otra Eccellenza es mucho mejor! —dijo la joven señalándome. Me ardía la sangre, le cogí la mano, le dije que no le prestara oídos, que era una mala persona, que no mirase su tentador oro y que se vengara de él dándome el beso a mí.

Se me quedó mirando.

—De todas las palabras que ha pronunciado, lo único cierto es que yo no he besado aún a una mujer; he conservado puros mis labios hasta el momento en que pudiera hallar los más bellos, y ahora espero que usted recompense mi paciencia.

—¡Menudo embaucador! —dijo Gennaro—. ¡Si hasta me supera, se nota que tiene práctica en su oficio!

—Usted es malo ofreciendo su oro —dijo ella—; y para que vea que no me importan ni el oro ni el beso, se lo daré al poeta —puso sus manos en mis mejillas, sus labios tocaron los míos, y la joven desapareció en la casa.

Cuando el sol se puso, yo estaba en el convento, en mi pequeña estancia, mirando el mar desde la ventana; tenía un color sonrosado y largas rompientes, los pescadores arrastraban sus barcas a la arena, y cuanto mayor se hacía la oscuridad, tanto más claras eran las luces, las rompientes parecían de azul azufrado. Todo estaba en absoluta calma; entonces cantaron los pescadores con sus mujeres y sus hijos un coro junto a la playa, las infantiles voces de soprano se mezclaban con el bajo profundo, y la nostalgia inundó mi alma. Una estrella fugaz atravesó raudo el cielo, cayó detrás de los viñedos donde aquella deliciosa joven esposa me había besado poco antes; pensé en lo bella que era, pensé en la niña ciega, estampa de la belleza en las ruinas de los templos, pero en el fondo de todo seguía estando Annunziata, bella de cuerpo y de alma, así que doblemente hermosa. Mi pecho se ensanchó, mi alma

ardía de amor, nostalgia y añoranza. La pura llama que Annunziata había encendido en mi corazón, el fuego del altar del que era sacerdotisa, todo lo había derribado ella misma, todo lo había abandonado, y el fuego se extendía sin freno por el edificio entero. «¡Inmortal Madre de Dios!», oré, «¡Mi corazón rebosa de amor! ¡Mi corazón se rompe de nostalgia y añoranza!». Y tomé las rosas del jarrón, apreté contra mis labios la más bella de todas y pensé en Annunziata.

No podía aguantar más, bajé hasta el mar, donde se estrellaban las deslumbrantes rompientes, donde cantaban los pescadores y soplabla el viento. Subí al puente de obra en el que había estado sentado horas antes. Una figura, envuelta en una gran capa, pasó muy cerca de mí y pude ver que se trataba de Gennaro. Fue hacia el sendero que llevaba a la casita blanca, y lo seguí. Pasó delante de la ventana, por la que surgía la luz de un candil. Me detuve oculto entre las colgantes parras y pude ver el interior de la casa. Había una ventana parecida en el lado opuesto, una empinada escalera conducía a otra estancia.

Las dos niñas estaban acostadas, casi desnudas, cubiertas sólo por la faldita, y cantaban delante de la mesita en la que estaban el crucifijo y el candil; la hermana mayor, el ama de casa, pues ciertamente lo era, estaba arrodillada en el centro. La Madonna con dos angelitos, una viviente tabla de altar, como pintada por Rafael, eso era lo que se ofrecía a mis ojos. Sus oscuros ojos estaban alzados al cielo, sus abundantes cabellos colgaban sobre los hombros desnudos, las manos plegadas sobre el hermoso seno juvenil.

Mi corazón latió más rápido, casi ni me atrevía a respirar. Y se levantaron las tres; ella acompañó a las niñas escaleras arriba, a la alcoba, cerró la puerta y se puso a ordenar el zaguán. La vi coger de una estantería un cuaderno rojo de dibujo, le dio vueltas en las manos varias veces y sonrió, estuvo a punto de abrirlo, pero se dijo que no con la cabeza y lo volvió a dejar en el estante como si algo la hubiera sorprendido.

Un instante después oí unos golpes suaves en la ventana opuesta, ella miró hacia allá asustada, se quedó a la escucha, sonaron de nuevo los golpes y oí hablar a alguien, aunque no pude entender ni una sola palabra.

—¡Eccellenza! —gritó la joven—. ¿Qué desea usted? ¿Por qué viene a estas horas? ¡Por todos los santos, me enfadaré, me enfadaré mucho!

Él dijo algo más.

—Sí, sí, es cierto —gritó ella—. ¡Se olvidó el cuaderno! Mi hermanita fue a la fonda a llevárselo, pero seguramente usted vivirá en el convento. Se lo habría llevado allí por la mañana. ¡Aquí lo tiene!

Lo cogió, él dijo algunas palabras más, ella sacudió la cabeza.

—¡No, no! ¡Qué se cree usted! ¡No lo dejaré entrar! —la joven fue a la ventana y la abrió para darle el cuaderno. Él le agarró la mano, ella soltó el libro, que se quedó sobre el alféizar de la ventana, Gennaro metió entonces la cabeza, la joven retrocedió rápidamente hasta la ventana junto a la que me encontraba yo, y ahora pude oír todo lo que decía Gennaro.

—¿No me permitirá besar su bella mano en señal de agradecimiento? ¿No quiere aceptar por lo menos una modesta recompensa? ¿Ni siquiera ofrecerme un vaso de vino? ¡Estoy ardiendo de sed! Y no hay nada de malo en ello... ¿por qué no me permite entrar?

—¡No! —dijo la joven—. ¡No tenemos nada que hablar a estas horas, recoja lo que olvidó y déjeme cerrar la ventana!

—No me iré —dijo Gennaro— hasta que me dé usted su mano, hasta que me dé un beso, esta tarde me traicionó y se lo dio al tonto ese.

—No, no —dijo ella, que reía pese a su enfado—. Usted quiere obtener por la fuerza lo que nunca conseguirá —dijo—. No quiero, y no lo haré.

—¡Es la última vez! —dijo Gennaro en tonto meloso y suplicante—. Es con toda seguridad la última vez que nos veremos, y usted se niega incluso a darme la mano. ¡No pido nada más, aunque mi corazón tenga mil cosas que decirle! ¡La Madonna quiere que los seres humanos nos amemos como hermanos! ¡Como un hermano quiero compartir mi oro con usted! Podrá comprar adornos y será el doble de bella que ahora. Todas sus amigas la envidiarán, ¡y nadie verá nuestra felicidad! —y de un ágil salto entró por la ventana.

La joven dejó escapar un grito:

—¡Dios mío! —yo agarré con violencia la ventana ante la que me encontraba, el cristal crujió y, como poseído por una fuerza invisible, asomé por el hueco de la ventana mientras agarraba un listón de madera del emparrado, para hacerme con algo parecido a un arma.

—¿Eres tú, Nicolò? —gritó la joven.

—¡Sí! —respondí con voz grave y enérgica. Vi cómo Gennaro huía por la ventana, su capa aleteaba al viento y la lámpara se apagó, con lo que la estancia quedó en total oscuridad.

—¡Nicolò! —gritó ella junto a la ventana, con voz temblorosa—. ¿Ya has vuelto? ¡Gracias sean dadas a la Madonna!

—¡Signora! —respondí yo, tartamudeando.

—¡Por todos los santos! —la oí exclamar; la ventana se cerró de golpe; yo estaba como clavado allí delante. Pasaron unos instantes y la oí caminar, la puerta de la alcoba se abrió y volvió a cerrarse. Golpeó algo con fuerza, como si estuviera claveteando algo en la puerta. «¡Ahora está a salvo!», pensé, y me alejé lentamente, me sentía muy bien, con el corazón extrañamente contento. «Ya he pagado el beso que me dio», me dije a mí mismo. «Tal vez me hubiera dado otro más, de haber sabido que fui su ángel guardián».

Cuando llegué al convento, acababan de llamar a la cena. ¡Nadie me había echado en falta! Pero Gennaro no acudió, Francesca estaba intranquila, Fabiani enviaba un recadero tras otro, y por fin llegó; había estado paseando por las montañas y se había extraviado, nos contó, pero por suerte dio con un campesino que lo puso en el buen camino.

—Y lleva la levita completamente desgarrada —dijo Francesca, Gennaro se recogió los faldones.

—Bueno, una parte seguirá enganchada a alguna zarza —dijo—. ¡Ya me di cuenta! ¡Y el cielo sabe cómo pude acabar extraviándome! Culpa de la hermosa noche, la oscuridad cayó muy deprisa e intenté buscar un atajo; ¡pero conseguí salir de él!

Todos reímos con su aventura, aunque yo sabía lo que realmente había sucedido; bebimos a su salud, el vino era espléndido, estábamos de lo más alegres. Más tarde, cuando subimos a nuestras habitaciones, la mía estaba separada de la de Gennaro solamente por una puerta, apareció éste a medio desvestir y me puso la mano en el hombro con familiaridad, me pidió que no soñara demasiado con la bella mujer que habíamos visto.

—¡El beso me lo llevé yo! —dije riendo.

—Oh, sí, se lo llevó usted —dijo riendo—; ¿y cree usted que yo me quedé sin nada, como un pobre huerfanito?

—¡Pues eso parece! —le contesté.

—Yo nunca he sido un pobre huerfanito —dijo en un tono frío en el que había algo de amargura, pero una sonrisa volvió a dibujarse en su boca, y susurró—: ¡Si sabe usted guardar silencio, le contaré una cosa!

—¡Cuénteme! —le pedí—. ¡Nadie oirá de mis labios ni una sola letra! —esperaba oír sus lamentos por el mal fin de la aventura, seguramente se trataba de eso.

—Hoy olvidé, intencionalmente, mi cuaderno de dibujo en casa de esa mujer tan bonita, para tener una excusa que me permitiera regresar por la noche, porque a esas horas las mujeres no son tan estrictas. Es allí donde estuve. ¡La levita me la rompí al escalar la tapia del jardín y subir entre los matorrales!

—¿Y la bella damita?

—Estaba el doble de guapa —dijo, haciendo un gesto que pretendía ser significativo—; el doble de hermosa, ¡y en cuanto estuvimos solos, nada de estricta! Eso es justamente lo que esperaba. A ti te dio un solo beso, a mí me dio miles, y su corazón por añadidura. ¡Pasaré la noche entera soñando con mi buena suerte! ¡Pobre Antonio! —me lanzó un beso con las yemas de los dedos y se marchó a su cama.

El cielo matutino estaba como cubierto por un crespón negro cuando salimos del convento; junto a la playa esperaban nuestros ágiles remeros, que nos condujeron de nuevo hasta el barco. Nos dirigíamos a Capri, el crespón del cielo se rompió en leves nubes, el cielo se hizo dos veces más alto y más claro, no se movía ni una ola, el mar se rizaba apenas como si de una cinta de moaré se tratase. La preciosa Amalfi desapareció detrás del acantilado. Gennaro lanzó un vistazo y me dijo:

—¡Allí estuvimos recogiendo rosas!

«¡Por lo menos, tú cogiste alguna que otra espina!», pensé mientras asentía con la cabeza.

El gran mar infinito que llevaba a Sicilia y a África se extendía ante nosotros, a la izquierda se alzaba la rocosa costa italiana con sus extrañas cuevas, ante algunas de las cuales surgían pequeñas aldeas: parecía que acabaran de salir de la cueva para tomar un poco el sol, mientras que en el interior de otras había pescadores preparando su almuerzo y calafateando sus barcas detrás de las altas rompientes.

El mar parecía de espeso aceite azul, y si metíamos la mano, al salir parecía también azul. La sombra que el barco arrojaba sobre el agua era un purísimo azul negruzco, la sombra de los remos una serpiente con todos los matices del azul.

¡Mar espléndido!, pensé, alborozado, ¡no hay nada en la naturaleza entera, a no ser el cielo, tan bello como tú! Recordé las veces en que, de niño, me había tumbado sobre la espalda soñándome en el infinito cielo azul; ahora, mi sueño parecía haberse transformado en realidad.

Pasamos antes tres islotes rocosos. Li Galli, enormes bloques de piedra arrojados al azar, torres hercúleas surgidas del abismo, y otras colocadas violentamente sobre ellas; la azul rompiente golpeaba las verdes masas de roca. En una tormenta serían sin duda una Escila con sus aullantes canes.



La superficie del agua dormitaba ante el pelado, rocoso Cabo Minerva, donde la antigüedad creía que habitaban las sirenas; delante se veía la romántica Capri, donde moraba Tiberio entre lujos y placeres, y la vista incluso atisbaba la costa de Nápoles al otro lado de la bahía.

Izaron la vela de nuestro barco y, empujados por el viento y las olas, nos acercamos a la isla. Sólo ahora empezamos a ver la inmensa pureza y claridad del agua. Era tan trasparente como si nos deslizáramos por el aire, y cada piedra, cada junco se veía con claridad aunque estuviera a muchas brazas de profundidad; me incliné sobre la borda del barquito para contemplar las profundidades sobre las que bogábamos.

Sólo por un lado es accesible la isla de Capri, pues está rodeada de empinados acantilados verticales, que hacia Nápoles se inclinan formando como un anfiteatro lleno de viñedos, naranjos y olivares; junto a la playa hay algunas cabañas de pescadores y un puesto de guardia; más arriba, entre los verdes jardines, asoma la ciudad de Anacapri, a la que se accede por un puentecito levadizo y una gran puerta. En la hospedería de Pagani, con una gran palmera junto a la puerta, nos detuvimos a descansar.

Después de la comida iríamos, a lomo de asnos, hasta las ruinas de la Villa de Tiberio, pero ahora esperaba el almuerzo, y entre éste y la siguiente comida, Francesca y Fabiani querían retirarse a reposar, a fin de reunir fuerzas para la excursión. Gennaro y yo no sentíamos deseos de imitarlos. La isla no me parecía tan grande como para que no pudiéramos dar la vuelta a su alrededor, a remo, en un par de horas, a fin de ver los farallones que habían quedado aislados por el agua en el sur de la isla.

Tomamos una barca y dos remeros, soplaban algo de viento de modo que podríamos usar la vela en la mitad del recorrido. El mar rompía contra los bajos arrecifes. Una red de pesca estaba tendida entre ellos, de forma que hubimos de alejarnos un trecho para esquivarla; fue una deliciosa travesía en nuestra barquita. Al poco, al mirar desde el mar hacia el cielo, tan sólo veíamos los acantilados verticales, las grises masas pétreas, aquí y allá, entre las grietas, un áloe o unos alhelíes, aunque en ningún sitio había espacio suficiente para las cabras roqueñas. Abajo en la rompiente, que salpicaba como fuego azul, crecían en el acantilado los encarnados erizos de mar, cuyo brillo aumentaba cuando los mojaba el agua, era como si el acantilado floreciese con cada ola.

Ahora teníamos el mar abierto a la derecha, la isla a la izquierda; profundas cuevas, la parte superior de cuyas bocas apenas destacaba sobre la superficie del agua, se mostraban en el acantilado, algunas se veían apenas en la rompiente. Allí vivían las sirenas, la florida Capri a la que trepamos no es sino el techo de su ciudad roqueña.

—Sí, ahí viven malos espíritus —dijo uno de los remeros, un anciano de cabello plateado—. Dicen que es un sitio precioso, pero no sueltan nunca a su presa, y si uno consigue salir de allí dentro, habrá perdido el juicio y no podrá seguir viviendo en este mundo —y nos indicó más allá una abertura algo mayor que las demás, aunque no lo suficiente como para que nuestra barca pudiera entrar, aunque nos tumbáramos en la barca, tras quitar la vela.

—Es la cueva de las brujas —susurró el más joven, que llevaba el timón, y se alejó más del acantilado—. Ahí dentro todo es de oro y piedras preciosas, pero una llamarada te abrasa al entrar. ¡Santa Lucía, ruega por nosotros!

—Ojalá tuviera una de esas sirenas aquí en la barca —dijo Gennaro—. ¡Pero tendría que ser bien guapa! ¡Ya nos las arreglaríamos para salir!

—Su buena suerte con las damas —dijo riendo— valdría aquí también.

—También en el proceloso mar se puede besar y abrazar, es el eterno juego de las olas. ¡Ay! —suspiró—. Si tuviéramos aquí a la bella mujercita de Amalfi. Menuda mujer, ¿verdad? Usted apenas libó el néctar de sus labios. En aquellos momentos podía parecer retraída, difícil, tendría que haberla visto usted por la noche, ¡aún más ardiente que yo!

—¡Qué va, qué va! —dije yo, casi sin querer, por su desvergonzada presunción—. ¡No es así, yo sé lo que pasó!

—¿Cómo debo entender sus palabras? —preguntó, mirándome extrañado.

—Lo vi yo mismo, la casualidad me condujo hasta aquel lugar. No me cabe la menor duda de que su suerte es mayor que la mía, pero en este caso no se trata sino de una broma —seguía mirándome en silencio—. ¡No me iré —repetí riendo las palabras de Gennaro— hasta que me dé usted un beso. Usted me traicionó y se lo dio al tonto ese!

—¡Signore! ¡Me ha estado espiando! —dijo con gran seriedad, vi que su rostro palidecía—. ¿Cómo se atreve a agraviarne así? ¡O se bate conmigo, o tendrá mi desprecio!

Yo no esperaba que mis palabras le causaran semejante efecto.

—¡Gennaro, no lo dirá en serio! —exclamé cogiéndole la mano; la retiró, sin responderme, pero ordenó a los marineros que remaran a tierra.

—¡Sí, tenemos que dar la vuelta! —dijo el anciano—. Lo único que podemos hacer es volver por donde vinimos.

Usaron los remos, y al poco nos acercamos a las grandes arcadas de la roca, en la espumeante agua azul; pero ira y preocupación alteraban mi alma, miré a Gennaro, que azotaba el agua con su bastón.

—¡Una tromba marina! —exclamó el más joven de los marineros, y vi que sobre el mar, desde el Cabo Minerva, se deslizaba una negra columna vertical de nubes, desde el mar hacia el cielo, el agua hervía a su alrededor; rápidamente dejaron caer la vela de nuestra barca.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gennaro.

—Atrás, atrás —dijo el joven.

—¿Damos toda la vuelta a la isla otra vez? —pregunté yo.

—A sotavento, junto al acantilado, la tromba pasará más lejos.

—Las olas destrozarán la barca contra las rocas —dijo el anciano, agarrando rápidamente el remo.

—¡Dios santo! —balbucí, pues la negra columna de nubes se acercaba con velocidad de viento sobre el agua, como si quisiera atravesar la pared de roca de Capri en la que nos hallábamos; nos elevaría con su torbellino o nos arrojaría a las profundidades al lado mismo de la vertical costa roqueña. Yo agarré el remo con el anciano, Gennaro ayudó al joven, pero ya oíamos silbar el viento y hervir el agua al pie de la tromba, que nos apartaba de ella con violencia.

—¡Santa Lucía, sálvanos! —gritaron los marinos, que arrojaron los remos y se hincaron de rodillas.

—¡Pero agarrad los remos! —gritó Gennaro; mas ellos estaban pálidos como muertos, mirando hacia el cielo.

Entonces silbó el huracán sobre nuestras cabezas; a la izquierda, no muy lejos de nosotros, se hizo

noche oscura sobre las olas, fuimos alzados en el aire, arriba, muy arriba, las olas golpearon espumeantes nuestra barca. El aire nos oprimía como si fuera a escapar la sangre por los ojos, todo se hizo noche, la noche de la muerte. Lo único que sentí era el mar por encima de mí; y que yo, y todos, pertenecíamos ahora al mar, éramos el botín de la muerte. Perdí la consciencia.

Más que la grandeza del volcán, más fuerte que la separación de Annunziata, permanece ante mí la visión que se me mostró al abrir los ojos. El profundo, azul éter estaba debajo de mí, por encima de mí, a mi alrededor. Moví el brazo, y en torno mío brillaron millones de estrellas fugaces, como chispas eléctricas. Era arrastrado por las corrientes del aire; estaba muerto y flotaba por el éter hacia el cielo de Dios. Pero sentía un gran peso en la cabeza, eran mis pecados terrenales; me doblaba hacia abajo, la corriente de aire me golpeaba la cabeza, era como el frío mar; mecánicamente eché mis manos hacia adelante, sentí un objeto firme y trepé sobre él, un cansancio mortal atravesaba todo mi ser, sentía que en mi interior no había sangre, ni tuétano en mis huesos; seguramente mi cadáver estaba en lo más profundo del mar, era mi alma la que ahora ascendía hacia su destino. «¡Annunziata!», suspiré. Mis ojos volvieron a cerrarse. Mi desmayo debió de durar largo rato.

Volví a respirar y me sentí algo más fuerte, mi consciencia se había recuperado algo más. Yacía sobre una masa firme, fría, como la cima de un acantilado, muy arriba, en el infinito éter azul que brillaba a mi alrededor por todas partes; sobre mí, la bóveda del cielo, con nubes de raras formas cónicas, azules como el resto; todo estaba en calma, todo en silencio absoluto; pero sentí un frío gélido en todo mi cuerpo; lentamente, alcé la cabeza. Mis ropas eran llamas azules, mis manos brillaban como la plata, pero tuve la sensación de que eran de carne y hueso. Mi mente se esforzó: ¿era pasto de la muerte, o seguía aún vivo? Extendí la mano hacia aquel extraño aire deslumbrante que había debajo de mí. Era agua lo que toqué, y sin embargo era llama, azul como el alcohol al arder, pero fría como el agua; las gotas que salpicaban en el aire brillaban con un tono rosáceo; semejante a la tromba que se había deslizado sobre el mar pero más pequeña y de centelleante azul, se erguía una columna, alta, informe, muy cerca de mí. ¿Sería mi miedo, mi memoria, lo que me mostraba aquella imagen? Al cabo de unos momentos me atreví a tocarla suavemente. Era dura como la piedra, fría como la roca, y extendí la mano hacia el espacio en penumbra que había tras ella, y toqué muros lisos y duros, pero del mismo color azul oscuro del mar nocturno. ¿Dónde estaba?

Lo que yo había tomado por aire debajo de mí era un lago deslumbrante que ardía en sulfuroso azul, pero sin calor alguno. Debía de ser aquello lo que lo iluminaba todo, lo que prestaba su luz a las paredes y la bóveda de la roca. ¿Sería aquella la mansión de la muerte, la tumba de mi alma inmortal? Un lugar terrenal no era, ciertamente. Cada objeto lucía en todos los tonos del azul, yo mismo brillaba como si la luz brotara de mi interior.

A mi lado había una escalera esculpida, que parecía hecha de grandes zafiros, cada escalón era un inmenso bloque de esa piedra destelleante; subí a ella, pero las rocas me cerraban el camino. ¿No era digno de acercarme más a lo celestial? Me había despedido del mundo cargando con la furia de un hombre. ¿Dónde estaban Gennaro y los remeros? Estaba solo, completamente solo; pensé en mi madre, en Domenica, en Francesca, en todos, y sentí que mi fantasía no había creado una alucinación: el brillo que estaba viendo existía realmente, igual que yo estaba allí, en cuerpo o en alma. En un lugar liso entre las rocas había un objeto suelto, lo toqué. Era una marmita, grande y pesada; estaba llena de monedas de oro y plata, toqué las piezas, y el lugar en el que me hallaba se hizo aún más extraño. Muy cerca de la superficie del agua, no lejos de donde me encontraba, vi una luminosa estrella azul que arrojaba un único, largo rayo que se extendía sobre la superficie del agua y que se oscureció como la luna, apareció

un objeto negro, y una barquita se desplazó sobre las ardientes aguas azules como si surgiese de la profundidad y se deslizara ágil sobre ella; un anciano bogaba lentamente, el agua brillaba rosada a cada golpe de remo. En la otra parte de la barca había otra figura humana, me pareció una niña. Iban silenciosos, inmóviles como estatuas de piedra, sólo las manos del anciano se movían con los remos. Un extraño, profundo suspiro llegó hasta mí, tuve la sensación de que ya lo había oído antes... bogaron en círculo y se acercaron al lugar en el que me hallaba. El anciano dejó el remo en la barca, la niña alzó las manos y exclamó con dolor:

—¡Madre de Dios, no me abandones! Estoy aquí, como tú me ordenaste.

—¡Lara! —grité. Era ella. Reconocí la voz, reconocí la figura, era Lara, la niña ciega de las ruinas de Paestum.

—¡Dame la luz de la vista! ¡Permíteme contemplar el precioso mundo de Dios! —dijo la niña. Era como si hubiera hablado la muerte: la belleza del mundo, que mi canto la hizo añorar, reclamaba ahora mi alma. Mis labios enmudecieron, en silencio extendí los brazos, ella volvió a incorporarse—. ¡Dámela! —murmuraron sus labios, y volvió a tumbarse en la barca. El agua los salpicaba como gotas de fuego. Por un instante, el anciano se inclinó sobre ella, saltó adonde yo me encontraba, su mirada me encontró, lo vi hacer la señal de la cruz en el aire; luego cogió la gran marmita de cobre, la metió en la barca y subió él también; instintivamente lo seguí, su mirada extrañamente oscura seguía fija en mí, inmóvil; cogió el remo y nos deslizamos hacia la brillante estrella, una fría corriente de aire nos empujó, me incliné sobre Lara, una estrecha abertura en la roca se cerró en torno nuestro, tan sólo un instante, y allí estaba el mar, el gran mar, que se extendía infinito ante nosotros, y a nuestra espalda se alzó hacia el cielo el acantilado vertical; habíamos salido por una pequeña y oscura abertura, al lado mismo había una baja escarpa cubierta de matorrales y flores moradas; la luna llena brillaba con insólita claridad.

Lara se incorporó. Yo no me atrevía a tocarle la mano, era un espíritu, todos eran espíritus, eso es lo que sentía, y no imágenes oníricas de mi fantasía.

—¡Dame las hierbas! —pidió, extendiendo la mano. Era como si tuviera que obedecer a la voz del espíritu. Miré los verdes matorrales, las rojas flores que crecían en la escarpa bajo las altas rocas, salí de la barca, recogí flores que tenían un olor extraño, le di el ramillete, el agotamiento de la muerte atravesó mis miembros, me hundí de rodillas, pero mis ojos aún pudieron ver que el anciano hacía la señal de la cruz, cogía las flores, ponía a Lara en una barca mayor que había al lado; la más pequeña la dejó amarrada; izó la vela y se alejaron por el mar; extendí mis brazos hacia ellos, pero la muerte pesaba en mi corazón, era como si se quebrara.

—¡Está vivo! —fueron las primeras palabras que oí; abrí los ojos y vi a Fabiani y a Francesca; a mi lado había además un extraño, que tenía cogida mi mano y me miraba serio y pensativo. Estaba acostado en una habitación grande y bonita, era de día. ¿Dónde estaba? La fiebre ardía en mi sangre, sólo poco a poco, y más tarde, supe cómo había llegado allí, cómo me habían salvado.

El día anterior, al ver que Gennaro y yo no volvíamos, se habían intranquilizado mucho; tampoco se sabía nada de los pescadores y, como se había visto una tromba al sur, junto a la costa, nuestro destino parecía sellado. Inmediatamente enviaron dos barcas de pesca a dar la vuelta a la isla en direcciones opuestas, pero no descubrieron resto alguno de nosotros ni de nuestra barca; Francesca lloró, porque a fin de cuentas me apreciaba; con dolor lamentó la pérdida de Gennaro y de los pobres marineros. Fabiani no tenía reposo, quiso participar personalmente en la búsqueda, quería escudriñar cada grieta del acantilado por si alguno de nosotros se había salvado nadando y ahora corría el riesgo de la más

horrible de las muertes, por la angustia y el hambre; pues por ningún sitio se podría llegar hasta ellos. A primeras horas de la mañana salió con cuatro fuertes mocetones a investigar las grietas de las rocas. Los remeros no quisieron aproximarse a la temible cueva de las brujas, pero Fabiani les ordenó que se dirigieran hacia la pequeña escarpa verde. Al acercarse al lugar, vio, un poco más arriba, una figura tumbada en el suelo, era yo, que yacía como un cadáver entre los verdes matorrales; mis ropas estaban casi secas ya por el viento, me metieron en la barca, me tapó con su capa, me friccionó el pecho y las manos y pudo comprobar que yo respondía débilmente; me llevaron a tierra y llamaron a un médico... yo me hallaba de nuevo entre los vivos, pero Gennaro y los dos marineros se habían ahogado. Les conté lo que recordaba y hablé de aquella extraña cueva deslumbrante en la que había despertado, de la barca con el anciano pescador y la niña ciega, todos dijeron que había sido mi fantasía, un sueño febril en el aire de la noche, yo mismo hube de creerlo aunque no podía, pues estaba demasiado vivo en mi alma.

—¿Lo encontraron al lado de la cueva de las brujas? —preguntó el médico, agitando la cabeza.

—¿No irá a creer usted que ese lugar tiene mayor fuerza que cualquier otro? —preguntó Fabiani.

—La naturaleza es una cadena de misterios —dijo el médico—; ¡y son muy pocos los que hemos solucionado hasta ahora!

En mi alma se hizo el día. La cueva de las brujas, de la que hablaban todos, y también nuestros marineros, donde todo era resplandeciente, fuego y rayos. ¿Tal vez el mar me había arrojado allí dentro? Recordaba la estrecha abertura por la que salí. ¿Era sueño, o realidad? ¿Había entrevisto un mundo de espíritus? La gracia de la Madonna me había salvado y me había protegido. Mi mente regresó en ensoñación a aquel bello espacio resplandeciente, donde mi ángel de la guarda se llamaba Lara. ¡Todo era cierto, no era un sueño! Había visto lo que no sería descubierto hasta años más tarde y que ahora es la posesión más bella de Capri, incluso de Italia entera: la Grotta Azzurra. Y aquella mujer era la niña ciega de Paestum, Lara. Pero ¿cómo creerlo, cómo pensar tal cosa? ¡Todo era demasiado extraño! Junté mis manos y pensé en mi ángel guardián.

## VIII

### Regreso a casa

Francesca y Fabiani permanecieron dos días más en Capri para que pudiéramos regresar todos juntos a Nápoles. Si en algunas ocasiones me sentía herido por sus palabras y su forma de tratarme, también notaba tanto afecto y cariño que mi corazón se sentía muy cercano a ellos.

—Tienes que acompañarnos a Roma —dijeron—; es lo mejor y lo más sensato.

Mi extraña libertad, la asombrosa visión de la cueva, perturbaban mi exaltado ánimo haciéndome sentir totalmente en manos del guía invisible que con su amor lo conduce todo hacia lo más conveniente, y ahora todo me parecía decidido por la providencia y me sentía resignado; y cuando Francesca me apretó la mano con afecto y preguntó si prefería seguir viviendo en Nápoles con Bernardo, le aseguré que quería y tenía que ir a Roma.

—¡Habríamos derramado muchas lágrimas por ti, Antonio! —dijo Francesca apretándome la mano—. ¡Eres nuestro niño bueno! La Madonna ha extendido sobre ti su mano protectora.

—Sua Eccellenza saará —añadió Fabiani— que aquel Antonio con quien estaba irritado se ahogó en el Mediterráneo, y que le llevamos al antiguo, al excelente Antonio.

—¡Pobre Gennaro! —suspiró entonces Francesca—. Tenía un noble corazón, un espíritu noble. ¡Era un ejemplo en todo!

El médico estuvo varias horas conmigo; en realidad era de Nápoles y estaba en Capri sólo de visita. Al tercer día nos acompañó de vuelta; para entonces, según dijo, yo estaba completamente restablecido. Tal vez lo estaba mi cuerpo, pero no mi alma; había mirado de cerca el reino de la muerte, había sentido el beso del ángel de la muerte sobre mi frente, la mimosa de la juventud había cerrado sus hojas. Cuando entramos en el barco, acompañados por el médico, y vi las profundas aguas, claras y transparentes, los recuerdos se agolparon en mi alma y recordé lo cerca que había estado de la muerte, y mi asombrosa liberación; el sol brillaba tan cálido sobre el precioso mar azul. ¡La vida es bella, pese a todo!, me dije, y las lágrimas asomaron a mis ojos. Los tres estaban volcados en atenciones hacia mí, incluso Francesca hablaba de mi espléndido talento, me llamó poeta y, cuando el médico se enteró de que era yo quien había hecho la improvisación, contó el placer que había producido a todos sus amigos y lo encantados que quedaron.

El viento era favorable y en lugar de dirigirnos hacia Sorrento, como era la primera intención, e ir desde allí a Nápoles por tierra, navegamos directamente hasta la ciudad. En mi alojamiento encontré tres cartas, una era de Federigo, que había viajado a Ischia el día anterior y no volvería hasta tres días más tarde; aquello me entristeció, pues no podría decirle adiós personalmente, ya que nuestra partida estaba prevista para la tarde siguiente. La segunda carta, me dijo el camarero, llegó la mañana después de mi partida; leí: «Un corazón fiel que sólo desea su honra y su bien, lo espera esta tarde». Indicaba una dirección pero no había nombre, solamente «Su vieja amiga». La tercera carta era de la misma persona y había llegado el día antes; decía: «¡Ven, Antonio! El espanto del último desdichado instante que pasamos juntos, ya está superado. ¡Ven pronto! Considéralo un malentendido. Todo puede acabar bien, no te demores ni un instante en venir». La misma firma. Era evidente que procedían de Santa, aunque había elegido otra casa, en vez de la suya, para nuestro encuentro. No quería verla, a toda prisa escribí unas líneas de cortesía a su esposo, comunicándole que me iba de Nápoles; las prisas con las que se había organizado el viaje me hacían imposible visitarlo; le daba las gracias por la amabilidad que él y la Signora me habían mostrado y les pedía que no me olvidaran. También preparé una breve esquila para Federigo, prometiéndole una carta más completa desde Roma, pues en ese momento no me sentía con ánimos para escribir. No quería ir a ningún sitio, pues no quería toparme con Bernardo, no quería ver a ninguno de mis amigos, la única persona a la que visité fue al médico; fui a su casa en coche, acompañado por Fabiani. Era un hogar acogedor, agradable, su hermana, una mujer mayor y soltera, lo cuidaba; aquella mujer tenía algo adorable, algo profundamente leal, que enseguida me atrajo, me hizo pensar en la anciana Domenica; aunque la hermana del médico era culta, poseía talentos y era más cumplida.

A la mañana siguiente, la última que pasaría en Nápoles, mi mirada se quedó prendida con nostalgia en el Vesubio, que contemplaba ahora por última vez, pero espesas nubes rodeaban la cima, que no parecía desear decirme adiós. El mar estaba totalmente calmo, pensé en la imagen de mi sueño: Lara en la resplandeciente gruta. Pronto sería todo, mi estancia entera en Nápoles, como un simple sueño; cogí el Diario di Napoli que había traído el cameriere, y en el que aparecía mi nombre: una crítica de mi primera actuación en público. La leí con avidez: la riqueza de mi fantasía, la belleza de mis versos eran objeto de especial relieve, yo parecía pertenecer a la escuela de Pangetti, aunque tal vez seguía

demasiado de cerca a mi maestro. Yo no conocía en absoluto a aquel personaje, era evidente que no tenía modelo alguno; la naturaleza y mi propio sentimiento habían sido mis únicos guías; pero la mayoría de los reseñistas son tan poco originales que creen que aquéllos a quienes juzgan también tienen que haber copiado. El público me había concedido una ovación mayor que aquélla, aunque añadía el artículo: con el tiempo llegaré a ser un maestro, ya poseía un talento fuera de lo corriente, pletórico de fantasía, sentimiento y entusiasmo. Guardé el diario, pues quería tener al menos algo que me demostrara que lo vivido no había sido un simple sueño. Había visto Nápoles, había tenido mis dificultades, había ganado y perdido mucho... ¿Habría concluido ya el maravilloso vaticinio de Fulvia?

Abandonamos Nápoles; las altas viñas lo cerraron a nuestros ojos. El viaje a casa, la vuelta a Roma, duró cuatro días, el mismo recorrido que dos meses antes había hecho en compañía de Federigo y Santa. Vi de nuevo Mola di Gaeta con sus naranjales, aunque ahora los árboles olían a azahar; fui al lugar donde Santa había escuchado la historia de mi vida, un hecho que se enlazaría a tantos otros más tarde. Recorrimos las angostas calles de Itri y pensé en Federigo. En la frontera, donde revisaron nuestros pasaportes, seguían las cabras en su gran cueva de la roca, que mi amigo dibujó entonces; no vi al zagalillo. Pasamos la noche en Terracina; el aire matutino era absolutamente transparente, di mi adiós al mar que me había estrechado entre sus brazos, que me había arrullado para mi sueño más bello y me había mostrado a Lara, la imagen de la belleza. En la distancia, en el clarísimo horizonte etéreo, vi de nuevo el Vesubio con su azulada columna de humo, todo estaba como fragante en el deslumbrante firmamento. ¡Adiós, adiós! ¡A casa, a Roma, allí está mi tumba! suspiré, y el coche atravesó las verdes ciénagas hasta Velletri; saludé a las montañas por las que había caminado con Fulvia, volví a ver Genzano, crucé la plaza en la que había muerto mi madre, donde había perdido, cuando no era aún más que un niño, todo cuanto tenía en este mundo. Y ahora volvía allí como un señor principal, los mendigos me llamaban Eccellenza, ahora debía de ser más feliz que entonces. Pasamos por Albano, ante nosotros se abría la campiña, la tumba de Ascanio con la espesa hiedra junto al camino, las cámaras funerarias, el largo acueducto y Roma con la cúpula de San Pedro.

—¡Alegra esa cara, Antonio! —dijo Fabiani cuando entramos por Porta San Giovanni; la iglesia luterana, el alto obelisco, el coliseo y la plaza de Trajano, todo me decía que estaba en casa; como el sueño de una sola noche y, sin embargo, como un año de mi vida, aparecían a mis ojos los sucesos de los últimos tiempos. Qué silencioso y muerto parecía todo, en comparación con Nápoles, el largo Corso no era la calle Toledo. Vi de nuevo los rostros conocidos a mi alrededor, Habbas Dahdah apareció con sus rápidos pasitos y nos saludó, pues reconoció el coche. En la esquina de Via Condotti estaba Peppo, con sus maderas en las manos.

—¡Ya estamos en casa! —dijo Francesca.

—Sí, en casa —repetí yo, con mil sensaciones agitándose en mi pecho. Dentro de unos instantes volvería a ser el colegial ante Sua Eccellenza, me horrorizaba el encuentro y, sin embargo, tenía la sensación de que los caballos no corrían suficiente.

Nos detuvimos ante el Palazzo Borghese.

Me asignaron dos pequeñas estancias en el piso superior; aún no había visto a Sua Eccellenza. Nos avisaron para la cena. Hice ante él una profunda reverencia.

—Antonio puede sentarse entre Francesca y yo —fueron las primeras palabras que oí de sus labios.

La conversación fue animada y natural; yo esperaba que en cualquier momento alguien me dirigiera

alguna observación airada, pero ni una palabra, ni una alusión a mi ausencia o a que Sua Eccellenza estuviera enfadado conmigo, como indicaba su carta. Aquella benevolencia me conmovió y me hizo apreciar aún mucho más el amor que me ofrecían, y sin embargo llegarían momentos en los que mi orgullo se sintió dolido... por no haber sido reprendido.

## IX

### Formación. La pequeña abadesa

El Palazzo Borghese era mi hogar, me trataban con más ternura y familiaridad, aunque de vez en cuando volvían a los viejos tonos aleccionadores, a aquella forma hiriente de tratarme, pero yo sabía que su intención era buena.

En los meses más cálidos abandonaban Roma y yo me quedaba solo en el gran palacio. Al acercarse el invierno regresaban, y se reproducían las circunstancias de siempre. Olvidaban que yo también crecía, que ya no era el niño de la campiña que se aferraba a cada palabra que se le dijera como si fuera un artículo de fe, o el colegial de los jesuitas, al que había que estar educando cada minuto del día.

Como un poderoso mar en el que las olas se aplastan unas a otras, fue aquel espacio de seis años, que conseguí vadear con la ayuda de Dios. Tú, que me acompañas en la aventura de mi vida, volarás por esa época con rapidez. Te daré una impresión del conjunto con unos pocos trazos: aquella fue la lucha de mi instrucción espiritual, del joven al que trataban como a un niño para que algún día pudiera llegar a maestro.

Se me veía como a una persona con talento que podría llegar a ser algo, y todos se hacían cargo de mi educación. Mi dependencia proporcionaba ocasión para ello a las personas con las que me relacionaba más íntimamente; mi buen carácter, a todos los demás. En lo más hondo, y con gran sentimiento, percibía la amargura de mi situación, pero la soportaba. ¡Menuda formación!

Sua Eccellenza se quejaba de mi falta de diligencia; de nada servía lo mucho que pudiera leer, aquello no era sino la dulce miel superflua de los libros que satisfacía mis caprichos. Los amigos de la familia y mis protectores me comparaban con el ideal de sus propios intereses, de forma que no tenía más remedio que salir malparado. El matemático decía que yo tenía demasiada fantasía, demasiado poca ponderación. El erudito, que no me aplicaba con suficiente ardor al estudio de la lengua latina. El político me preguntaba siempre por la presencia de la sociedad en las novedades políticas con las que yo no estaba familiarizado, y si me preguntaba era sólo para mortificar al pobre muchacho. Un joven noble que vivía tan sólo para sus caballos de silla no hacía sino lamentar mis escasos conocimientos de equitación y, acompañado por los demás, entonaba un miserere afirmando que yo estaba mucho más interesado por mí mismo que por sus caballos. Una noble amiga de la casa que, por su rango y un engreimiento fuera de lo normal, albergaba la peregrina idea de ser extraordinariamente sabia y crítica, aunque en el fondo carecía del buen sentido del que pretendía hacer gala, se ofreció a revisar mis poemas para cuidar de su belleza y su forma, pero se empeñó en que se los enviara en pliegos. Habbas Dahdah me consideraba un talento que en tiempos prometía algo, pero que había muerto ya hacía tiempo; el primer bailarín de la ciudad me despreciaba porque yo era incapaz de causar buena impresión en un salón de baile, el gramático porque usaba el punto donde él ponía punto y coma, y Francesca



decía que se me mimaba en exceso, que se hacía demasiado por mí, lo que la obligaba a ella a ser estricta y exigente. Cada cual me instilaba su gotita de veneno en el corazón y yo sentía que éste acabaría endureciéndose o desangrándose.

Lo bello, lo noble de todas las cosas y de cada cosa me impresionaba y me cautivaba. En los momentos de tranquilidad pensaba a menudo en mis educadores y tenía la sensación de que, a efectos de la naturaleza y la vida de este mundo, para los que vivían mi mente y mi alma, no eran sino afanosos artesanos. El mundo mismo se me aparecía como una preciosa muchachita que, por su espíritu, sus formas y sus ropas atraía mi atención toda, pero el zapatero decía: «¡Fíjate en sus zapatos! ¡Son excelentes, y eso es lo principal!». El modisto gritaba: «¡No, el vestido! ¡Fíjate qué corte tiene! ¡Eso es en lo único en que has de fijarte! ¡Observa los colores, las puntadas, estúdialo hasta el fondo!». «¡No!» —exclamó el peluquero—. «¡Es la trenza lo que debes analizar, es en ella en la que has de concentrarte!». «¡La lengua es lo principal!» —profirió el maestro de lenguas—. «¡No, el porte!» —dijo el maestro de baile—. ¡Dios mío! —suspiré yo—. ¡Es el conjunto lo que me impresiona! Claro que veo lo bello de cada cosa, pero no puedo ser sastre ni zapatero para complaceros. Mi vocación consiste en captar la belleza del conjunto. Buena gente, ¡no os enfadéis conmigo, no me condenéis!... «¡Eso es demasiado bajo para él! ¡No es suficientemente elevado para su espíritu poético!» —se burlaban todos. ¡No hay animal tan cruel como el hombre! Si yo hubiera sido rico e independiente, los colores habrían cambiado al momento. ¡Todos eran más listos, más concienzudos, más perspicaces que yo! Aprendí a reír complaciente cuando habría querido llorar, a inclinarme cuando despreciaba, a escuchar atento el parloteo vacío de los necios. Fingimiento, amargura y hastío de vivir eran los frutos de la formación a la que me sometieron los hombres y las circunstancias. Siempre estaban poniendo de relieve mis carencias, ¿tal vez no había en mí ningún aspecto bueno en lo espiritual? Yo mismo hube de buscarlo, de intentar hacerlo visible; conducían mi pensamiento hacia mí mismo y luego me recriminaban que pensara en mí mismo.

El político me llamaba egoísta porque no me dedicaba única y exclusivamente a sus asuntos; un joven diletante de la estética, y pariente de los Borghese, me enseñó cómo tenía que pensar, componer poesía y juzgarla, siempre de forma tal que cualquier extraño pudiera percatarse de que era un miembro de la aristocracia quien educó al pastorcillo, al pobre, que había de estar doblemente agradecido porque se hubieran rebajado a acogerlo. El que se interesaba por los hermosos caballos, y única y exclusivamente por ellos, decía que yo era una persona extraordinariamente vanidosa, porque no tenía ojos solamente para sus caballos. ¿Tal vez eran ellos los egoístas? ¿O acaso tenían razón? ¡Tal vez! Yo era un niño pobre por el que habían hecho mucho. Pero si mi nombre carecía de nobleza, mi espíritu sí que la tenía y sufría en lo más íntimo con la menor humillación. Yo, que con toda mi alma me había aferrado a mi humanidad, me convertía ahora, como la esposa de Lot, en una amarga estatua de sal. Nació la obstinación en mi alma. Cada instante hacía crecer mi confianza en mí mismo, que, amarrada por sus cadenas, se transformó pronto en el demonio de la soberbia que desdeñaba las necedades de sus sabios maestros y que me susurraba al oído, con altanería: Tu nombre vivirá y será recordado cuando todos esos hayan sido olvidados, o cuando sólo los mencionen por su relación contigo, como tu ambiente, como las piedrecillas y las amargas lágrimas que cayeron en el cáliz de tu vida. Pensaba en Tasso, en la vanidosa Leonora, en la orgullosa corte de Ferrara, cuya nobleza ya solamente se mantenía en pie por el nombre de Tasso; su palacio no era sino ruinas, prisión del poeta y lugar de peregrinación. Yo percibía la vanidad con la que latía mi corazón pero, por la manera en que me educaban, así había de ser, o perecer desangrado. La benignidad y el estímulo habrían conservado pura mi mente, mi alma habría seguido llena de cariño, cada sonrisa y cada palabra amable era un rayo de sol que hacía fundirse

una de las raíces de hielo de la vanidad, pero sobre ellas caían más gotas de veneno que rayos de sol.

Yo ya no era bueno, como hasta entonces lo había sido, aunque me consideraba a mí mismo una persona excelente, magnífica. Mi alma estudiaba los libros, la naturaleza, el mundo y a mí mismo y, sin embargo, todos clamaban: «¡No quiere estudiar!». Aquel periodo de formación duró seis años, bueno, siete, se puede decir, pero fue a finales del sexto cuando llegó un nuevo oleaje al mar de mi vida. Durante seis largos años, ciertamente, hubo varios sucesos que podrían relatarse, que fueron más prominentes que muchos de los acaecidos con anterioridad, pero todos se fundían en una única gota de veneno, que cada talento carente de oro o linaje conoce como la palma de su mano.

Yo era abate, gozaba en Roma de cierto nombre como improvisador, pues había improvisado y recitado poemas en la Accademia Tiberina, y siempre recibí atronadores aplausos, pero Francesca tenía razón al decir que allí aplaudían todo lo que les leían. Habbas Dahdah figuraba como uno de los primeros de la Accademia, es decir, él era quién más hablaba y escribía, todos sus colegas aseguraban que era demasiado arbitrario, gruñón e injusto en exceso, y sin embargo hablaban de él, y él escribía a más no poder. Había repasado mis acuarelas, como él las llamaba, pero la huella del talento que había hallado en mí cuando, en la escuela, me arrastraba en el polvo suplicando su opinión, había muerto nada más nacer, mis amigos habían de impedir que cualquiera de mis poemas, que no eran sino abortos poéticos, llegara a ver la luz; la desgracia, afirmaba, era que grandes genios habían escrito a edad temprana y yo pretendía seguir sus pasos.

Nunca oía hablar de Annunziata; para mí era como un difunto que en el momento de la muerte había golpeado su fría mano contra mi corazón para hacerle sufrir aún más al menor roce doloroso. Mi estancia en Nápoles, todos los recuerdos que atesoraba de ella, eran como una cabeza de Medusa que petrificaba toda belleza. Cuando soplabla el cálido siroco recordaba la dulce brisa de Paestum, recordaba a Lara y la deslumbrante gruta donde la había visto. Cuando me presentaba como un pobre mocoso ante mis educadores y mis educadoras, se me venía a la memoria el aplauso recibido en la guarida de ladrones, y también el del gran teatro de San Carlo. Cuando estaba en un rincón pensaba en Santa, que extendía sus brazos hacia mí y suspiraba: «¡Mátame, pero no me dejes!». Fueron seis años largos e instructivos, ahora tenía ya veintiséis de edad.

A Flaminia, la pequeña abadesa, como solían llamarla, la hija de Francesca y Fabiani, y que había sido consagrada por el Santo Padre, ya desde la cuna, como novia celestial, no la había visto desde los tiempos en que bailaba con ella en brazos y le hacía dibujos divertidos. Se educaba en Roma, en el convento de monjas de Quattro Fontane, del que nunca salía; tampoco Fabiani la había visto en seis largos años, sólo Francesca, como mujer y madre, era autorizada a visitarla. Decían que su cuerpo ya se había desarrollado por completo, y las piadosas hermanas condujeron su espíritu a idéntica madurez. Siguiendo una antigua costumbre, la pequeña abadesa iría a pasar varios meses en casa de sus padres, gozaría los placeres y alegrías del mundo para, después, decirles adiós de manera definitiva. A decir verdad, tendría ocasión de elegir entre el ruidoso mundo y el silencioso convento pero, desde sus primeros juegos infantiles con muñecas vestidas de monja hasta su formación en el convento, todo estaba dispuesto para inclinar hacia éste su alma y sus pensamientos.

Muchas veces, cuando yo pasaba por la Piazza delle Quattro Fontane en la que se hallaba el convento, pensaba en la cariñosa niña con la que había bailado sosteniéndola en mis brazos, en lo asombrada que se quedaba, en lo tranquila que vivía detrás de los angostos muros. Una sola vez entré en la iglesia del convento y oí el canto de las monjas detrás de la celosía. ¿Estaría entre ellas la pequeña abadesa? pensé, aunque sin atreverme a preguntar si las pensionistas participaban en el canto y en la

música de la iglesia. Una voz destacaba extraordinariamente aguda y melancólica entre las demás, se parecía mucho a la de Annunziata, creí estar oyéndola a ella de nuevo, y todos los recuerdos de aquella época despertaron en mi alma.

—¡El lunes próximo llega nuestra pequeña abadesa! —dijo Sua Eccellenza; yo me sentía extrañamente lleno de añoranza y deseo de volver a verla. La veía como un pájaro enjaulado, igual que yo, y ahora sacaban el pajarito de la jaula para que pudiera disfrutar de la libertad en la naturaleza de Dios... aunque con un cordel atado a la patita.

La vi por primera vez a la hora de comer. Tal y como me habían contado, estaba bastante crecida, algo pálida, y a primera vista nadie diría que era bella, aunque había algo de íntimamente bueno en su rostro, una asombrosa dulzura se extendía por todo él.

A la mesa estaban sentados solamente algunos de los parientes más próximos. Nadie le dijo quién era yo; ella parecía no reconocerme, pero respondió a todas las palabras que pronuncié con una amabilidad a la que yo nunca había estado acostumbrado. Aprecié que no hiciera distinciones entre nosotros y ella me hizo a mí también partícipe en la conversación; seguramente no se acuerda de mí, pensé.

Todos estaban animados, contaban chistes y sucesos graciosos de la vida diaria, y la pequeña abadesa reía. Aquello me animó a proponer unos cuantos chistes que, justo en aquellos momentos, gozaban de bastante fama en muchos círculos de la ciudad; pero sólo la pequeña abadesa rio, los demás helaron sus sonrisas, dijeron que aquello no era bueno, yo aseguré que no pasaba nada, que en casi todas partes de Roma se divertían con ellos.

—¡Vaya paparruchas! —exclamó Francesca—. ¡Y es capaz de hallar diversión en semejante superficialidad! ¡Qué cosas pueden llegar a ocupar el cerebro de una persona!

Aquello me provocó, a decir verdad, cierto disgusto, pues yo había querido contribuir también a la alegría reinante y lo que conté me parecía divertido, y se suponía que lo era. Me hicieron callar, y callé.

Por la tarde vino un grupo de personas a las que no conocía y me mantuve prudentemente aparte. Un gran círculo se había formado en torno al espléndido Perini, era de mi edad, aunque aristócrata, alegre y ciertamente muy entretenido y con todos los talentos sociales posibles; se sabía que era gracioso y agudo y opinaban que, efectivamente, así era todo cuanto decía. Yo estaba un poco atrás y los oía reír a todos, especialmente a Sua Eccellenza. Me aproximé, era precisamente el mismo chiste que me había hecho sentirme tan desdichado un rato antes al presentarlo por primera vez; pero Perini lo contó sin quitar ni añadir nada, utilizó las mismas palabras y los mismos gestos que yo, y esta vez todos rieron.

—¡Es de lo más cómico! —exclamó Sua Eccellenza, aplaudiendo—. Muy cómico, ¿verdad? —dijo a la pequeña abadesa que estaba a su lado, riendo.

—Sí, y también me lo pareció durante la comida, cuando nos lo contó Antonio —exclamó. En aquella frase no había resquemor alguno, la pronunció con su dulzura natural; yo me habría arrojado a sus plantas.

—¡Oh, son soberbios! —dijo Francesca, hablando de los chistes.

Mi corazón palpitó con fuerza; me alejé hacia la ventana, detrás de las largas cortinas, y respiré el aire fresco.

Esto no es sino un detalle entre los muchos de esos días; los días siguientes trajeron cosas parecidas,

pero la pequeña abadesa era una niña adorable que me miraba con bondad y cariño directamente a los ojos, como si quisiera pedir perdón por sus pecados contra mí. Y yo era demasiado débil, me sobraba la vanidad, aunque no la soberbia. Aquélla tenía sus raíces, sin duda, en mi pobre cuna, en mis primeros tiempos de formación, en mi dependencia y en la desdichada relación de agradecimiento en la que siempre había estado inmerso. Siempre recordaba que me debía a quienes me rodeaban, y aquello me ataba la lengua, las audacias de mi orgullo. Era honesto, desde luego, pero débil.

Nunca podría alcanzar una posición independiente si la actual situación no cambiaba. Mi sentido del deber, mi seriedad, eran algo que todos reconocían; y sin embargo, añadían: Su genio no es apto para empresas serias; tenía demasiado espíritu para ello, afirmaban los que se mostraban más galantes conmigo. Si de verdad querían decir lo que decían, ¡qué pobremente juzgaban a un hombre con espíritu! Yo habría podido morir de hambre si Sua Eccellenza no hubiera estado allí, ¡qué gratitud le debía!

En esa época concluí un extenso poema: David, en el que había vertido mi alma entera. Día tras día, durante los últimos años, sometido a constante instrucción, con el recuerdo de mi huida a Nápoles, de los sucesos que habían tenido lugar allí y la desintegración de mi primer gran amor, mi ser entero había adquirido un sentido poético más fuerte: en algunos momentos, la vida entera me parecía un poema lírico en el que yo mismo tenía mi papel, nada acaecía que me pareciese insignificante y cotidiano, incluso mi dolor, las injusticias que se cometían conmigo, todo era poesía. Mi corazón se esforzaba por derramarse y en David hallé el tema que respondía a mi estado de ánimo. Sentí con toda viveza la calidad de lo que había escrito, y mi alma era toda agradecimiento y cariño, pues la verdad es que jamás canté ni compuse una estrofa que me pareciera feliz, sin volverme, lleno de infantil agradecimiento, hacia el eterno Dios, pues sentía que había sido un regalo Suyo, una gracia que Él había insuflado en mi alma. Me sentía feliz con mi poema, afrontaba con espíritu más humilde lo que entendía eran injusticias que se me hacían, pensando: Cuando escuchen esto se darán cuenta de lo injustos que han sido conmigo, y me tratarán con mucho más afecto que antes. Mi poema estaba listo, no lo habían visto otros ojos terrenales sino los míos. Me parecía un Apolo vaticano, una imagen impoluta de belleza, conocida sólo por Dios y por mí; esperaba con alegría el día en que lo recitaría ante la Accademia Tiberina. Entre tanto, nadie debería conocerlo en casa; pero un día, uno de los primeros tras la llegada de la pequeña abadesa, Francesca y Fabiani se mostraron tan afables y cariñosos conmigo que no pude seguir ocultándoles el secreto. Les hablé de mi poema y dijeron: «Pero nosotros tenemos que oírlo primero». Me mostré dispuesto a leerlo, aunque no sin palpitaciones, no sin un extraño miedo. Por la tarde, cuando llegó la hora de leerlo, nos visitó Habbas Dahdah. Francesca le pidió que se quedara y me honrara escuchando el poema. Nada habría podido molestarme más, yo conocía su falta de delicadeza, su malhumor y su mala sangre, aunque tampoco los demás se mostraban particularmente entusiasmados conmigo; mas la confianza en la excelencia de mi obra me proporcionaba cierto ánimo; la pequeña abadesa parecía feliz, se anticipaba el placer de escuchar mi David. Cuando hice mi debut en el San Carlo, mi corazón no latía con más fuerza que en aquel momento, ante aquellas personas; aquel poema podría cambiar totalmente su juicio, su forma de tratarme, era una especie de operación espiritual que deseaba realizar en ellos, y por eso temblaba. Un sentimiento natural en mí me había llevado a representar solamente lo que yo mismo conocía. La vida pastoril de David, con la que empezó David, estaba tomada de los recuerdos de mi infancia en la cabaña de Domenica.

—¡Pero si eres tú! —exclamó Francesca—. ¡Tú mismo en la campiña!

—¡Claro, teníamos que haberlo imaginado! —dijo Sua Eccellenza—. ¡Siempre tiene que ser él! ¡Vaya genio curioso el de este hombre! ¡Sabe aparecer en cualquier sitio, por ilógico que sea!

—¡Habría que limar un poco más esos versos! —dijo Habbas Dahdah—. Aconsejo la regla horaciana: Déjalo descansar y descansar hasta que alcance la madurez.

Fue como si hubieran arrancado el brazo de mi bella estatua. Leí algunas estrofas más, pero sólo encontré comentarios fríos y superficiales. Si mi corazón había expresado con naturalidad sus propios sentimientos, era porque lo había tomado de otro poeta; donde mi alma se arrebatava, donde había esperado atención y entusiasmo, se mostraban indiferentes y hacían frías observaciones generales; acabé terminando de cualquier manera, era totalmente incapaz de seguir recitando. Mi poema, que a mí mismo me había parecido tan bello y espiritual, era ahora como una muñeca deforme, una befana de ojos de cristal y muecas retorcidas, era como si hubieran exhalado veneno sobre mi imagen de belleza.

—¡Ese David nunca matará a los filisteos! —dijo Habbas Dahdah; por lo demás, dijeron que contenía algunas cosas realmente buenas: lo infantil, lo sentimental sí que se me daba bien expresarlo. Me mantuve en silencio y me incliné como el delincuente ante un veredicto indulgente. La regla horaciana me la dijo Habbas Dahdah en un susurro, aunque me dio un amistoso apretón de manos y me llamó poeta. Pero unos instantes más tarde, cuando me había acurrucado en un rincón, abatido, le oí decirle a Fabiano que mi trabajo era una chapuza desesperante.

No me apreciaban ni lo más mínimo, pero mi alma era incapaz de soportarlo, entré en la gran sala de al lado, donde ardía el fuego en la chimenea, arrugué con furia el poema en mis manos. Toda mi esperanza, mis sueños todos, habían quedado aniquilados en un solo instante; me sentí tan horriblemente insignificante, un pésimo reflejo de Aquél a Cuya imagen había sido creado. Lo que había amado, lo que había apretado contra mis labios, lo que mi alma había absorbido, mi pensamiento vivo, lo arrojé a la chimenea, mi poema se inflamó en las rojas llamas.

—¡Antonio! —gritó la pequeña abadesa a mi lado, abalanzándose sobre el fuego para salvar aquellas hojas en llamas; su pie resbaló por la brusquedad del movimiento y la muchacha se precipitó sobre el fuego, fue espantoso. Soltó un alarido, yo me abalancé sobre ella, la levanté, el poema ardía ya entero, los demás acudieron asustados.

—¡Cielo santo! —gritó Francesca. La pequeña abadesa estaba entre mis brazos, pálida como una muerta; levantó la cabeza, sonrió y dijo a su madre:

—Me resbalé. Sólo me he quemado un poco en las manos. De no ser por Antonio, habría sido bastante peor.

Yo callaba como un pecador, incapaz de decir una sola palabra; Flaminia tenía una quemadura grande en la mano izquierda, se formó un gran revuelo en toda la casa. No podían saber que había quemado mi poema, esperaba que me preguntaran más tarde por él, pero como yo mismo no dije nada, no hubo nadie que lo mencionara. ¿Nadie? Sí, una persona sí: Flaminia, la pequeña abadesa. Yo veía en ella el ángel bueno de la casa, y su dulzura, sus fraternales sentimientos hacían regresar algunas veces la fe de mi infancia, estaba como atado a ella. Su mano estuvo enferma durante más de dos semanas, la herida le dolía mucho pero también me dolía a mí en lo más hondo del corazón.

—¡Flaminia, yo tengo la culpa de todo! —le dije un día en que estaba solo con ella—. ¡Por culpa mía padeces esos dolores!

—¡Antonio! —repuso ella—. ¡No vuelvas a decir eso, por el amor de Dios! Que nadie oiga ni una palabra, eres injusto contigo mismo, se me resbaló un pie y habría sido muchísimo peor de no ser por ti. Tengo una deuda de gratitud hacia ti, y eso mismo es lo que sienten papá y mamá. ¡Te quieren mucho,

Antonio, más de lo que crees!

—Se lo debo todo a ellos —respondí—. ¡Cada día se suman nuevas bondades!

—No hables así, Antonio, ellos tienen su forma peculiar de tratarte, pero están convencidos de que es la correcta. No sabes cuántas cosas buenas me contó de ti mi madre. Y todos tenemos defectos, Antonio, tú mismo —se detuvo— vaya, ¿cómo pudiste ser tan malo como para quemar aquel precioso poema?

—¡No servía para otra cosa! —respondí—. Hace mucho tiempo que debería haberlo arrojado al fuego.

Flaminia sacudió la cabeza.

—Este es un mundo malo y perverso —dijo—. Sí, se estaba mucho mejor con las hermanas en el amable y silencioso convento.

—¡Sí! —exclamé—; yo no soy bueno e inocente como usted, mi corazón recuerda mejor la gota amarga que el bálsamo de bendición que me hayan podido ofrecer.

—En mi amado convento todo era mucho mejor que aquí, aunque aquí todos me quieren —decía con frecuencia cuando estábamos solos. Mi alma entera se inclinaba hacia ella, pues la veía como el ángel bueno de mis mejores sentimientos, de mi inocencia. Creí percibir también una mayor delicadeza, una mayor clemencia en las palabras y las miradas de los demás hacia mí, y pensé que era Flaminia el motivo de aquel cambio.

Le gustaba hablar conmigo sobre el tema que más me apasionaba: la poesía; la maravillosa, divina poesía, y yo le hablaba de los grandes maestros, y muchas veces el entusiasmo ascendía en mi alma, mis labios adquirían elocuencia. Ella estaba sentada con las manos plegadas, como un ángel de inocencia, mirándome a los ojos.

—¡Pero qué feliz eres, Antonio! —exclamó—. Más feliz que muchos miles de personas, y sin embargo tengo la sensación de que es inquietante en ese mismo grado pertenecer al mundo como has de hacerlo tú, o cualquier otro poeta. ¡Cuánto bien pueden hacer tus palabras, pero también cuánto mal! —expresó su extrañeza de que los poetas pudiesen cantar luchas y peligros terrenales, ella creía que el profeta de Dios era un poeta que sólo podía cantar al eterno Dios y los gozos celestiales.

—Pero el poeta canta a Dios en sus criaturas —repuse—, lo glorifica en lo que Él creó con Su gloria.

—¡No comprendo! —dijo Flaminia—; siento con claridad lo que quiero decir, pero no tengo palabras para hacerlo. El Dios eterno, lo divino de Su mundo y de nuestro propio corazón es lo que habría de expresar el poeta, ir hacia Su corazón y no al salvaje mundo —y me preguntó qué se sentía al ser poeta, cuál era la sensación que se experimentaba al improvisar; y yo le expliqué, lo mejor que pude, aquel estado de salud espiritual.

—La mente, las ideas —dijo ella—. ¡Sí, eso lo entiendo! Eso nace en el alma, procede de Dios, eso lo conocemos todos; pero los bellos versos, la forma en que se expresa la conciencia, ¡eso no lo comprendo!

—¿No aprendió usted en el convento —pregunté—, más de una vez, algún bello himno o alguna leyenda sagrada puesta en verso? Frecuentemente, cuando menos esté pensando en ello, o en una

situación completamente diferente, surge en su interior una idea que hace despertar el recuerdo de esto o de aquello, y que se podría escribir en un papel; los versos, la rima misma, le avivan el recuerdo de la continuación, pues la idea, el contenido, lo veía usted con claridad desde el principio. ¡Eso es lo que les sucede al improvisador y al poeta, o al menos a mí! Muchas veces tengo la sensación de que son recuerdos, canciones de cuna procedentes de otro mundo, los que despiertan en mi alma y me hacen sentir la necesidad de repetirlos.

—¡Cuántas veces habré sentido algo semejante! —dijo Flaminia—; pero nunca he sido capaz de expresarlo. La extraña añoranza que me invadía sin que yo misma supiera por qué. Era por eso por lo que tantas veces me sentía fuera de lugar en este salvaje mundo. ¡Todo me parece un extraño sueño! ¡Por eso anhelo regresar a mi convento, a mi pequeña celda! No sé cómo es, Antonio, pero en sueños vi muchas veces a mi novio, Jesús, y a la santa Virgen María, ahora me visitan mucho menos, ahora sueño con el placer y la alegría terrenales, con tantas cosas malas. Ya no veo las cosas tan bien como antes, cuando estaba entre las hermanas. ¿Por qué he de estar lejos de ellas tanto tiempo? ¿Sabes, Antonio?, quiero confesarte algo. He dejado de ser inocente, ¡me encanta adornarme! Me encanta que me digan que soy guapa. En el convento me decían que quien piensa en esas cosas es una hija del pecado.

—¡Oh, si mis pensamientos fueran tan inocentes como los de usted! —respondí, me incliné y besé su mano. Ella me contó que aún se acordaba de que yo había bailado con ella en brazos, cuando era pequeña, y de que le hacía dibujos.

—Que usted rompía en pedazos en cuanto los veía —le dije.

—¡Qué mala era! ¿Y no te enfadabas conmigo?

—Las personas han destrozado los más hermosos cuadros de mi corazón, y sin embargo no me enfado con ellas —respondí, y ella me dio una cariñosa palmadita en la mejilla; cada vez iba resultando más querida a mi corazón, que ya no se interesaba por nadie más en este mundo, sólo ella era cariñosa y compasiva.

En los dos meses más cálidos del verano se desplazaron todos a Tívoli; yo los acompañé, Flaminia debió de ser responsable de ello. La preciosa naturaleza, los espléndidos olivares y las bramantes cascadas me impresionaron grandemente la primera vez que las vi en Terracina. Me sentí fortalecido al escapar de Roma, de la dorada campiña, del opresivo calor. El aire fresco y las montañas con sus oscuros olivares me devolvieron al alma las imágenes de la vida en Nápoles.

A Flaminia le gustaba salir, junto a su doncella, a lomo de burro, a recorrer el valle de Tívoli, y se me autorizó a servirles de guía. Flaminia tenía muy buen sentido para la belleza pictórica de la naturaleza, yo tenía que intentar esbozar cuadros del espléndido entorno: la infinita campiña en la que se alzaba la cúpula de San Pedro en el horizonte, las ubérrimas laderas de los montes, cubiertas de olivares y viñedos, Tívoli mismo, en lo alto del roquedal desde el que se precipitaban espumeantes una catarata tras otra sobre el abismo.

—Es —dijo Flaminia— como si toda la ciudad estuviese aupada sobre berruecos sueltos que van a ser arrastrados por el agua. Allí arriba, en las calles, no se sueña con tal cosa, pero en realidad están caminando tan tranquilos sobre una tumba abierta.

—¡Eso es lo que hacemos siempre! —respondí—. Es así, pero es una suerte que esté oculto a nuestros ojos. Las espumeantes corrientes de agua que vemos caer tienen algo misterioso, pero no pueden ni compararse con el miedo que produce Nápoles, donde cae el fuego igual que aquí el agua.

Le hablé del Vesubio, de mi ascensión al volcán, le hablé de Herculano y de Pompeya, y ella bebió de mis labios hasta la última palabra. En casa hube de contarle aún más cosas sobre las maravillas más allá de los pantanos.

El mar no acababa de entenderlo bien, pues desde lo alto de las montañas lo había visto sólo como una cinta plateada en el horizonte. Le dije que era como el cielo de Dios extendido sobre la tierra, y ella juntó las manos y exclamó:

—¡Dios ha creado el mundo infinitamente bello!

«¡Por eso no debemos apartarnos de la gloria de Su obra emparedándonos en el oscuro convento!», habría querido decirle; pero no me atreví.

Un día estábamos en el viejo templo de la sibila contemplando dos grandes cascadas que se precipitaban como nubes sobre el abismo, una columna de diminutas gotas de agua se elevaba a gran altura entre los oscuros árboles, hacia el cielo azul; los rayos del sol brillaban sobre la columna formando un arcoiris. Dentro de la cueva en la roca, por encima de la cascada más pequeña, tenía su nido una bandada de palomas, volaban por debajo de nosotros en grandes círculos al otro lado de la rugiente masa de agua que se convertía en millones de gotas en su caída.

—¡Qué belleza! —exclamó Flaminia—. ¡Improvisa ahora para mí, Antonio! —pidió—. ¡Hazme un poema de lo que estás viendo!

Pensé en los sueños de mi corazón, donde todo se despedaza igual que aquella corriente de agua, y la complací cantando: Era la vida lo que espumeaba allí, como la corriente, pero no todas sus gotas bebían la luz del sol, sólo sobre el conjunto, sobre una humanidad entera, se inclinaba la gloria de la hermosura.

—¡No, no quiero nada triste! —protestó Flaminia—. No tienes que cantar para mí a menos que te apetezca de verdad. No sé cómo es, Antonio, pero no te veo como a los demás caballeros que conozco. A ti te puedo decir todo lo que pienso, te noto muy cercano a mí, igual que mi madre y mi padre.

Yo tenía su confianza y ella la mía; había tantas cosas que se agitaban en mi alma y que yo precisaba comunicar. Un atardecer le conté algo de mi infancia, del paseo por las catacumbas, de la fiesta de las flores de Genzano y la muerte de mi madre, cuando nos atropellaron los caballos de Sua Eccellenza. ¡Nunca había oído hablar de ello!

—¡Oh, Dios! —exclamó—. ¡Así que somos nosotros los culpables de tu desgracia! ¡Pobre Antonio! —me cogió la mano y me miró a los ojos con tristeza. Tenía mucho interés por la anciana Domenica, me preguntó si la visitaba con asiduidad y me avergoncé al tener que reconocer que en los últimos años no había estado allí más que un par de veces, como mucho, pero que en Roma la veía más a menudo y entonces compartía con ella mis escasos bienes, pero que no valía la pena hablar de eso.

Estaba siempre pidiéndome que le contara más cosas, y le conté toda la vida de mis años mozos, le hablé de Bernardo y Annunziata, y ella me miró hasta el fondo de mi alma con una mirada infinitamente devota. La presencia de la inocencia hacía más fáciles mis palabras. Le conté de Nápoles, rocé incluso el lado oscuro, pero con delicadeza, con mucha delicadeza, y sin embargo ella se estremeció al oír mi relato, se estremeció al oírme hablar de Santa, la serpiente de la belleza de mi paraíso.

—¡No, no! —exclamó entonces—. ¡No quiero ir jamás allí! Ni el mar ni la montaña ardiente pueden compensar el pecado y el horror de la gran ciudad. ¡Tú eres bueno y devoto, por eso te protegió la



Madonna!

Pensé en el cuadro de la Madre de Dios que cayó de la pared cuando mis labios rozaron los de Santa, pero eso no podía contárselo a Flaminia, porque ¿habría seguido considerándome bueno y devoto? Yo era un pecador como los demás; las circunstancias, la gracia de la Madre de Dios me habían protegido; en el momento de la tentación fui débil, igual que todos los que conocía.

Tomó un enorme cariño a Lara.

—Sí —dijo—. Como tu espíritu estaba en el cielo de Dios, ella solamente podía acudir a ti. Me la puedo imaginar perfectamente, puedo imaginar la deslumbrante gruta azul donde la viste por última vez —a Annunziata prefería no juzgarla—. ¿Cómo podía amar a ese horrible Bernardo? No me gustaría nada que fuese tu esposa. Una mujer capaz de presentarse ante una gran audiencia, una mujer que... Bueno, no sé expresar con precisión lo que quiero decir. Sí, me doy cuenta de su belleza, su inteligencia, y de que está muy por encima de otras mujeres, pero no creo que me agradara que fueses suyo. ¡Lara sería mejor ángel guardián para ti!

Hube de hablarle de mi improvisación y ella opinó que el gran teatro debió de ser más temible que la guarida de los bandidos en la montaña. Le mostré el Diario di Napoli donde se había publicado la crítica de mi debut; ¡cuántas veces habría leído yo aquellas páginas!

Le divirtió ver todo lo que contaba el periódico de aquella ciudad desconocida; de pronto se me quedó mirando de hito en hito y exclamó:

—¡Pero no me habías dicho que Annunziata estaba en Nápoles al mismo tiempo que tú! Aquí pone que debutará mañana, o sea, el día en que tú te marchaste.

—¡Annunziata! —balbucí, y clavé los ojos en el periódico que tantas veces había mirado pero en el que solamente había leído lo que decía de mí—. ¡Eso no lo vi! —exclamé, y nos miramos en silencio—. ¡Gracias a Dios que no me topé con ella, que no la vi, pues no era mía!

—Pero ¿y si sucediera ahora? —preguntó Flaminia—. ¿No te alegrarías?

—¡Sería un tremendo dolor! —exclamé—. ¡Un suplicio! No querría volver a encontrarme con la Annunziata que me cautivó, la que aún permanece en mi memoria con tintes ideales, sería ahora para mí un ser distinto, nuevo, que sólo abriría heridas, recuerdos que debo olvidar. ¡He de considerarla como propiedad de la muerte! ¡Ella está entre mis muertos!

Una tarde en que hacía mucho calor, entré en la gran sala común, donde las espesas, verdes plantas trepadoras arrojaban su sombra sobre la ventana. Flaminia estaba sentada con la mano bajo la barbilla, dormía una pequeña siesta, era como si hubiera cerrado los ojos sólo en broma. Su pecho subía y bajaba, estaba soñando. «¡Lara!», dijo. En su sueño se deslizaba ciertamente con la imagen onírica de mi corazón por el resplandeciente mundo en que la había visto por última vez. Una sonrisa se dibujó en sus labios, abrió los ojos.

—¡Antonio! ¿Tú aquí? —dijo—. Me dormí y estaba soñando. ¿Sabes con quién?

—¡Con Lara! —respondí, pues en ella hube de pensar yo también al ver a Flaminia con los ojos cerrados.

—¡Soñé con ella! —me dijo—. Volábamos juntas sobre el precioso, inmenso mar del que me has hablado. En mitad del agua había un monte, y en él estabas sentado tú, triste como lo estás tantas veces.

Me pidió que descendiéramos y se lanzó hacia abajo, yo quería descender con ella para llegar hasta ti pero el aire me mantenía en lo alto, y con cada aleteo que daba para seguirla me iba alejando cada vez más. Pero cuando creí que miles de millas nos separaban ya, ella estaba a mi lado, ¡y tú también!

—Así es como nos reunirá la muerte —dije—. ¡La muerte es rica! Suyo es todo lo que más querido resulta a nuestro corazón —hablé con ella de todos mis queridos difuntos, incluso de la muerte de mi pensamiento, de mi amor, y muchas veces regresamos a los mismos recuerdos.

Entonces me preguntó si también pensaría en ella cuando nos separásemos, pues pronto volvería al convento, sería monja, novia de Cristo, y no volveríamos a vernos nunca.

Un agudo dolor me invadió al pensarlo, sentía con plena claridad lo querida que había llegado a resultarme Flaminia.

Un día iba con su madre y conmigo por el jardín de Villa d'Este, donde crecen los altos cipreses, recorríamos la larga avenida formada por las cascadas artificiales. Había allí un mendigo harapiento escardando la hierba del paseo; al vernos, nos pidió un baiocco. Yo le di un paolo, Flaminia le sonrió amable y también le dio uno.

—¡La Madonna premie a su joven Eccellenza y a su bella novia! —nos dijo en voz bien alta.

Francesca rio a carcajadas, a mí me recorrió un calor ardiente por la sangre; no tuve valor para mirar a Flaminia. En mi alma había despertado un pensamiento que jamás había osado desvelar ante mí mismo. Lentamente, pero de modo constante, Flaminia había ido introduciéndose en mi corazón, y tenía la sensación de que éste se desangraría si nos separáramos. Ella era la única a la que aún se aferraba mi alma, la única que aparecía cariñosa en mis pensamientos y mis sentimientos. ¿Era aquello amor? ¿La amaba, tal vez? La sensación que Annunziata había despertado en mi alma era totalmente diferente, incluso la visión de Lara; su recuerdo tenía que ver con otros sentimientos. Espíritu y belleza me hechizaban dirigiendo mi mente hacia Annunziata; la belleza ideal me deslumbraba con la primera visión de Lara, que hacía inflamarse mi corazón.

No, mi amor por Flaminia no era así. No era una pasión salvaje, ardiente: era amistad, el más vivo amor del hermano. Sentí la relación en la que me mantenía ligado con su familia, la determinación que habían tomado sobre su futuro, y me desesperaba porque no podía separarme de ella, ella lo era todo para mí, lo más querido para mí en este mundo; pero no reconocía el deseo de apretarla contra mi corazón, de depositar un beso en sus labios, como ansiaba mi mente con Annunziata, y como una fuerza invisible me empujaba hacia la niña ciega que me era completamente desconocida.

«¡Su joven Eccellenza y su bella novia!», las palabras que había gritado el mendigo resonaban una vez tras otra en mi alma; intenté leer los deseos en labios de Flaminia, me puse a su lado como si fuera su sombra. Cuando estaban presentes los demás, me quedaba apenado y triste. Sentía los mil lazos que me oprimían; me volví taciturno y distraído, sólo con ella recuperaba mi locuacidad. La quería tanto, y tenía que perderla.

—¡Antonio! —me dijo—. ¿Estás enfermo, o ha sucedido algo que yo no pueda saber? ¿Por qué? ¿No debo? —se acercaba a mí con toda su alma, yo quería ser para ella un hermano fiel y cariñoso, y sin embargo, todas mis palabras iban destinadas a hacerla pensar en este mundo. Le conté que hubo un tiempo en que también yo quise ser monje, y lo desgraciado que habría sido de haber cumplido mi deseo, pues más pronto o más tarde, el corazón reclamaría sus derechos.

—Por eso mismo quiero yo —respondió— sentirme feliz, muy feliz, regresando al lado de las pías hermanas. ¡Es allí donde está mi verdadero hogar! Pensaré muchas veces en el tiempo en que viví en el mundo, pensaré en todo lo que me has contado, pensaré en ti y en lo bueno que has sido conmigo. Será un bello sueño, ya lo estoy sintiendo así. Rezaré por ti, rezaré para que el perverso mundo nunca te corrompa, para que seas muy feliz y para que el mundo disfrute con tus cantos y tú puedas sentir lo bueno que es Dios contigo y con todos nosotros.

Entonces brotaron las lágrimas en mis ojos y suspiré muy hondo:

—¡Nunca podremos volver a vernos!

—¡Claro que sí, al lado de Dios y de la Madonna! —respondió con una sonrisa piadosa. Entonces me indicarás quién es Lara, que allí podrá gozar de la luz en sus ojos. ¡Ay, sí, qué buena es la Madonna!

Nos trasladamos de nuevo a Roma; en pocas semanas, los oí comentar, Flaminia regresaría al convento y poco después tomaría los hábitos.

Mi corazón se sintió agobiado de dolor, pero hube de ocultarlo. ¡Qué sola y vacía quedaría la casa cuando nos dejara, qué aislado y abandonado quedaría yo! ¡Qué dolor en mi corazón!... Y tenía que ocultarlo, tenía que parecer alegre, tenía que parecer alguien completamente distinto del que era.

Hablaban de la recepción que se celebraría en su consagración, como si de una fiesta jubilosa se tratara. ¿Pero realmente podía alejarse de nosotros? Habían seducido sus deseos, habían seducido su razón. Le cortarían sus hermosos, largos cabellos, una mortaja cubriría a la que aún estaba viva, oíría repicar las campanas a muerto, y como una difunta se elevará a novia del cielo. Se lo dije a Flaminia, con la angustia de la muerte le rogué que pensara en lo que estaba haciendo, aquello era igual que entrar en su tumba.

—¡Que nadie oiga lo que dices, Antonio! —repuso con una seriedad que jamás había visto en ella—. ¡El mundo te tiene preso con demasiada fuerza! ¡Dirige tus ojos al mundo celestial! —se ruborizó como la sangre, me tomó la mano, como si hubiera hablado con excesiva dureza, y me dijo con la más íntima dulzura—: ¡No quieras entristecerme, Antonio!

Entonces me arrojé a sus pies, ella era para mí como una santa; toda mi alma se aferraba a ella. ¡Cuántas lágrimas derramé esa noche! Mis fuertes sentimientos por ella me parecían un pecado, pues ella era novia de la iglesia. La veía todos los días, todos los días aprendía a apreciarla más y más; ella me hablaba como una hermana, me miraba a los ojos, me daba la mano, decía cuánto me echaría de menos, pues le era muy querido. Convulso, ocultaba la negrura de la muerte que inundaba mi alma y lo conseguía, pues nadie notaba nada. Dios envía la muerte al corazón que padece como padecía yo.

El momento de la separación se cernía horrible ante mí, por eso un espíritu perverso me susurró al oído: «La amas», aunque no la amaba como había amado a Annunziata, mi corazón no palpitaba como cuando mis labios rozaron la frente de Lara. «¡Dile a Flaminia que no puedes vivir sin ella, que estáis unidos como hermanos! ¡Dile que la amas! ¡Sua Eccellenza y su familia abominarán de ti, te arrojarán al mundo exterior! ¡Pero si la pierdes a ella, lo perderás todo! ¡La elección es sencilla!».

Cuántas veces estuvo la confesión en el borde de mis labios, pero mi corazón temblaba y yo guardaba silencio; era una fiebre, una fiebre mortal que revolvía mi sangre, mi mente.

Todo fue dispuesto en el palacio para un espléndido baile, una fiesta de flores para la víctima. La vi en su precioso, espléndido vestido, su belleza era infinita.

—¡Alégrate como los demás! —me susurró—. Me apena verte tan triste. Por ti, cuando esté en el convento pensaré muchas veces en el mundo, y eso es pecado, Antonio. Prométeme que te divertirás. Prométeme que perdonarás a mis padres si se comportan contigo con una pizca de dureza. Lo hacen con su mejor intención. Prométeme que no pensarás tanto en las amarguras del mundo, sé siempre bueno y piadoso como lo eres ahora, y entonces podré pensar en ti, rezar por ti; la Madonna es buena y misericordiosa.

Sus palabras fueron en mi corazón un suspiro de muerte. La veo aún aquella última noche antes de que nos dejara; estaba tranquila, besó a su padre, a su anciana Eccellenza, habló de la despedida, para la que sólo faltaban unos pocos días.

—¡Dile adiós también a Antonio! —dijo Fabiani; estaba conmovido, los demás no lo parecían. Con rapidez me acerqué a ella y me incliné para besar su mano.

—¡Antonio! —me dijo; su voz era tan dulce que las lágrimas acudieron a mis ojos—. ¡Sé feliz! —añadió.

Ni yo mismo sé si quería separarme de ella; por última vez contemplé su rostro piadoso, amable.

—¡Adiós! —dijo, pero ni un sonido brotó de sus labios; se inclinó sobre mí, me besó en la frente y dijo—: Gracias por tu amor, mi querido hermano.

... No sé más; estaba fuera de la sala, en mi aposento, donde podía llorar; era como si un mundo se hubiera hundido bajo mis pies.

... ¡Y volví a verla! Cuando se cumplió el tiempo, la vi de nuevo. El sol brillaba cálido y alegre. Vi a Flaminia en su esplendor y su hermosura, conducida al altar por su padre y su madre, oí cantar y vi muchas personas a su alrededor, pero ante mí sigue ofreciéndose con claridad el pálido, dulce rostro, era un ángel el que se arrodilló ante los sacerdotes en el altar mayor. Vi cómo quitaban de su cabeza el preciado velo, sus abundantes cabellos se derramaron sobre sus hombros, oí las tijeras que los cortaban. La despojaron de sus ricas vestiduras y se tumbó sobre las andas; la mortaja y el negro tapiz con calaveras fueron extendidos sobre ella. Las campanas tañeron a muerto, el coro entonó el canto de difuntos. Sí, estaba muerta, enterrada ya para el mundo. La negra reja ante el coro del convento se alzó, las monjas ataviadas en hábitos de blanco lino cantaban la bienvenida angélica a la nueva hermana, el obispo le dio la mano, la difunta se puso en pie como novia del cielo. Isabel se llamaba ahora. Vi la última mirada que pasó por la congregación; luego dio la mano a la monja más cercana y penetró en la tumba en vida... La negra reja descendió... Vi aún su silueta, el extremo de su hábito... y desapareció.

## X

### **La vieja Domenica. Descubrimiento. Noche en Nepi. El canto del marinero. Venecia**

En el Palazzo Borghese recibían felicitaciones. Pues Flaminia-Isabel era novia del cielo. La seriedad de Francesca no conseguía ocultarse tras la sonrisa artificial, la calma que se dibujaba en su rostro había abandonado su corazón. Fabiani me dijo, conmovido como nunca solía estarlo:

—Tú has perdido a tu mejor bienhechora, tienes motivo para estar triste. Flaminia me pidió que te diera unos scudi para la vieja Domenica, parece que le hablaste de tu anciana madre adoptiva, ¿no es

así? Llévaselos como regalo de Flaminia.

La muerte estaba enroscada en mi corazón como una serpiente; mi mente sólo albergaba el hastío de vivir, temblaba ante él, pues un suicidio me parecía su aspecto más luminoso. La gran sala estaba muerta y vacía. «¡Afuera, al aire libre!», pensé. «Al hogar de mi niñez, donde Domenica me cantaba canciones de cuna, donde jugué y soñé.»

Dorada y marchita estaba la campiña, ni siquiera una hoja verde hablaba de esperanza, el amarillo Tíber arrojaba sus olas hacia el mar, para desaparecer en él. Volví a ver la vieja sala del panteón, con la espesa yedra sobre el tejado y la pared, el pequeño mundo que, de niño, había sido el mío. La puerta estaba abierta; una grata sensación de melancolía se agitó en mi corazón, pensé en el amor de Domenica, en su alegría al verme. Debía de hacer un año desde la última vez que estuve allí, y casi ocho meses desde la última ocasión en que hablé con ella en Roma y me rogó que fuera muy pronto a visitarla; había pensado en ella muchas veces, había hablado de ella con Flaminia, pero la estancia veraniega en Tívoli y el estado de conmoción de mi alma desde nuestro regreso me impidieron salir a la campiña. Oí en mi mente los gritos de alegría con los que me recibiría, y que me hicieron apresurar el paso; pero cuando llegué al lado de la puerta caminé despacio para que no me oyera. Miré la sala, en medio había una gran marmita de hierro sobre el fuego, en ella había una caña, por la que soplaba un chavalillo; levantó la cabeza y me miró; era Pietro, el niño al que mecía en la cuna.

—¡Jesús, María y José! —exclamó, y se puso en pie de un salto, encantado—. ¡Pero si es usted, Eccellenza! ¡Cuantísimo tiempo desde la última vez que se dignó pasarse por aquí!

Le ofrecí mi mano, él hizo ademán de besarla.

—¡No, no, Pietro! —dije—; ¡eso es casi como si hubiera olvidado a mis viejos amigos! ¡Y no los he olvidado!

—Sí, eso es lo que decía también mi anciana madre —exclamó él—. ¡Oh Madonna! ¡Qué contenta se habría puesto de haber podido verle a usted!

—¿Dónde está Domenica? —pregunté.

—¡Ay! —respondió—. Seis meses lleva ya bajo tierra. Murió cuando Sua Eccellenza estaba en Tívoli. Estuvo enferma varios días, y todo el tiempo no hacía más que hablar de su querido Antonio. Bueno, Sua Eccellenza espero que no se enfade si lo llamo por ese nombre, ¡ella lo quería tanto! «¡Ojalá mis ojos puedan volver a verlo antes de cerrarse para siempre!» solía decir, y deseaba tanto que así fuera... Cuando me di cuenta de que no pasaría de la noche, fui a Roma a primera hora de la tarde; sabía perfectamente que usted no se enfadaría por mi atrevimiento; quería rogarle que me acompañara a casa de la anciana madre; pero cuando llegué, usted y Sus Señorías se habían marchado a Tívoli. Así que volví a casa muy triste. Cuando entré, ella ya se había dormido para siempre —se cubrió el rostro con las manos y lloró. Las palabras que me había dicho cayeron pesadamente en mi corazón, yo había ocupado los últimos pensamientos de Domenica, y en aquellos mismos instantes mi mente volaba por doquier, muy lejos de ella. ¡Si al menos le hubiera dicho adiós antes de viajar a Tívoli! ¡Yo era una mala persona! Entregué a Pietro la bolsa de Flaminia y también todo lo que llevaba encima, y él se hincó de rodillas ante mí y me dijo que era su ángel de la guarda. Aquello sonó a burla en mi corazón. Con más dolor aún, desgarrado hasta lo más profundo del alma, abandoné la campiña y, no sé cómo, llegué a casa.

Estuve en cama durante tres largos días, inconsciente, con una violenta fiebre. Dios sabe qué cosas

diría en mi delirio, pero Fabiani venía muchas veces a mi lado, me habían puesto a la sorda Fenella como enfermera. Había llegado enfermo de la campiña y al momento me metí en la cama, donde la fiebre hizo acto de presencia.

Mis fuerzas fueron regresando poco a poco; en vano intenté adquirir un ánimo, una alegría, de los que carecía por completo. Habían pasado unas seis semanas desde que Flaminia tomara los hábitos, cuando el médico me permitió salir. Ni yo mismo lo sé bien, fui a la Porta Pia, mis ojos buscaron Quattro Fontane pero no tuve valor para pasar ante el convento. Pero tan sólo unos días después, cuando la luna llena estaba encendida, las ansias de mi corazón me condujeron hasta allí, vi los grises muros del convento, las ventanas enrejadas, la feliz tumba de Flaminia. ¿Por qué no voy a poder visitar la tumba de la difunta?, me dije a mí mismo, y hallé así una justificación. Mi camino pasó todos los días por allí; me gusta ir a Villa Albani dando un paseo, decía a los conocidos que casualmente encontraba. Dios sabe cómo acabará esto, suspiraba mi corazón. No puedo seguir así mucho más... y en ese mismo instante llegaba a mi destino.

Era una noche oscura, la claridad de una lámpara caía sobre el muro desde la ventana del convento, me apoyé en la casa de la esquina, fijé mis ojos en aquel punto luminoso, y pensé en Flaminia.

—¡Antonio! —dijo una voz a mi lado—. Antonio, ¿qué haces aquí? —era Fabiani—. ¡Ven a casa conmigo! —lo seguí, por el camino no pronunciamos una sola palabra. Tuve la sensación de que lo sabía todo y de que yo era un desagradecido. No tenía valor para mirarlo. Estábamos solos en la habitación.

—Aún estás enfermo, Antonio —me dijo con voz tremendamente seria—. Necesitas moverte, distraerte. Tendrías que divertirte, vivir más la vida. Una vez te dejaste ir en las alas de la libertad; quizá no debí meter de nuevo al ave en la jaula. En el fondo, uno siempre tiene que hacer su voluntad y contar sólo con uno mismo para superar las desdichas. Tienes edad suficiente para guiar tus propios pasos. Un viaje te sentará bien, también el médico lo dice. Sólo has visto Nápoles, ¡visita ahora el norte de Italia! Yo me encargaré; será lo mejor para ti, es imprescindible, y además —añadió con una gravedad, con una seriedad que no conocía en él— estoy convencido de que nunca olvidarás los favores que te hemos hecho. Que nunca nos causarás las penas, la vergüenza ni las desgracias que la imprudencia o la pasión ciega pueden provocar. ¡Una persona puede hacer todo lo que desee, siempre que sea algo bueno!

Sus palabras me hicieron inclinarme ante él, doblé mi rodilla, apreté su mano contra mis labios.

—Sé perfectamente que siempre hemos sido injustos contigo —continuó Fabiani, medio en broma— que hemos sido severos e inflexibles. Nadie será tan leal y sincero contigo como lo somos nosotros. ¡Puedes dedicar un año a pasear por el mundo! Demuéstranos lo que hay dentro de ti y que hemos sido injustos contigo —se marchó y me dejó solo.

¿Tiene el mundo guardados para mí nuevos dolores, más gotas de veneno? Hasta la más refrescante bebida, la libertad de volar por el mundo de Dios, goteaba como ponzoña en mis profundas heridas. ¡Fuera de Roma, fuera del sur, donde se hallan todas las flores de mi memoria! ¡Al otro lado de los Apeninos, hacia el norte, donde la nieve cubre las altas montañas! ¡Desde los Alpes llegará el frío hasta mi cálida sangre! ¡Hacia el norte, a la flotante Venecia, la novia del mar! ¡Dios mío! ¡No me hagas volver jamás a Roma, a la tumba de mis recuerdos! ¡Adiós a mi hogar, a mi ciudad paterna!

El carruaje rodaba por la vacía campiña. La cúpula de San Pedro se ocultaba tras las colinas, pasamos ante el Monte Soratte, cruzamos las montañas hasta la estrecha Nepi. Era una noche de clara

luna, un fraile predicaba ante la puerta de la Osteria, la muchedumbre repetía sus Viva Santa Maria y lo acompañaba por las calles, el movimiento de la multitud me hizo alejarme. Los antiguos acueductos cubiertos de espesas plantas trepadoras, los oscuros olivares de alrededor, creaban un cuadro oscuro que se correspondía con el estado de mi ánimo. Salí por la puerta de la ciudad por la que había entrado; muy cerca se alzaban las imponentes ruinas de un castillo o un monasterio, la gran carretera atravesaba sus salas derruidas. Un pequeño sendero se alejaba de la carretera, aún dentro de las ruinas, donde la yedra y el culantrillo espesaban en los muros hasta la celda solitaria por la que entré en una gran sala en la que crecía alta la hierba sobre cascotes y capiteles caídos. Las parras agitaban sus anchas hojas ante las grandes ventanas góticas donde apenas quedaban algunos restos sueltos de cristal de colores. En lo alto del muro asomaban matojos y setos, los rayos de la luna caían sobre un fresco de San Sebastián, ensangrentado, atravesado por las flechas.

Profundas notas de órgano resonaron en la sala, seguí el sonido, salí por la estrecha puerta del monasterio y me hallé entre mirtos y vides, al lado mismo de un precipicio vertical por el que se precipitaba una cascada, blanca de espuma, a la clara luz de la luna. Aquella imagen tan romántica habría sorprendido a cualquiera, pero tal vez mi dolor la habría hecho borrarse pronto de mi memoria, de no haber sido por otra cosa que allí vi y que se grabó sangrienta en lo más hondo de mi corazón. Seguí por el estrecho sendero, casi cubierto de vegetación, hacia la ancha carretera. Muy cerca, desde la alta muralla blanca iluminada por la luna, me miraban fijamente tres pálidas cabezas detrás de una verja de hierro. Las cabezas de tres ajusticiados que, como en la Porta Angelica de Roma, eran colocadas en jaulas de hierro para ejemplo y advertencia.

No me pareció nada horrible; en otros tiempos mi sangre me habría impulsado a alejarme de allí, pero el dolor proporciona filosofía. Las sangrientas cabezas, la descarnada muerte y la idea del crimen, la audaz águila de las montañas era ahora muda ave enjaulada, serena y sabia como los pájaros domesticados; me aproximé, debían de haberlos ejecutado muy pocos días atrás, cada uno de sus rasgos era aún fácilmente reconocible. Pero al mirar la cabeza de en medio, una cabeza de mujer, mi pulso se aceleró, ¡pertenece a una anciana! La piel parduzca, los ojos entreabiertos, los largos cabellos plateados que colgaban entre los barrotes y se agitaban con el viento. Mis ojos cayeron sobre las placas de piedra fijada al muro y en las que se grababan los nombres y delitos de los ajusticiados. Allí estaba Fulvia. Vi también el nombre de su pueblo natal, Frascati y, conmocionado hasta lo más profundo de mi alma, retrocedí unos pasos. Fulvia, aquella extraña anciana que salvó mi vida, la que me proporcionó los medios para viajar a Nápoles, el inexplicable espíritu que había animado mi vida, ahora volvía a verla en ese estado. Aquellos pálidos labios azulados besaron un día mi frente, aquellos labios, que para la gente pronunciaban palabras proféticas, que llevaban la vida y la muerte, estaban ahora mudos y provocaban el horror con su silencio. ¡Tú vaticinaste mi felicidad! Tu águila yace con las alas quebradas, nunca llegó al sol. ¡En lid con su desdicha, se precipitó en el gran lago Nemi de la vida! ¡Las plumas remeras se han partido! Rompí a llorar, pronuncié el nombre de Fulvia y retrocedí lentamente por las salas desiertas. Jamás olvidaré esa noche en Nepi.

Nos pusimos en camino a la mañana siguiente, llegamos a Terni, que posee la más alta y bella cascada de Italia; fui a caballo desde la ciudad, atravesando el espeso, oscuro olivar, el primero que veía en la región, húmedas nubes colgaban de las cimas. Todo, al norte de Roma, me parecía oscuro, nada había bello y sonriente como los pantanos, como los huertos de naranjos de Terracina, donde crecen las verdes palmeras. Tal vez era mi propio corazón el que prestaba a todo aquel oscuro colorido.

Atravesamos un parque; una ubérrima avenida bordeada de naranjos se extendía entre la pared de

roca y el río, que se precipitaba a la velocidad de la flecha. Vi ya entre los campos una nube de partículas de agua que se elevaba muy alto, el arcoiris jugueteaba en ella. Ascendimos entre una espesura de romeros y mirtos y en lo alto, desde la cima de la montaña, al otro lado del camino, se despeñaba la enorme masa de agua, un brazo más pequeño del río se movía como una ancha cinta de plata al lado mismo, y ambos se unían para formar una ancha cascada que, blanca como la leche, se arremolinaba al caer al negro abismo. ¡Recordé las Cascatelle de Tívoli, donde hube de improvisar para Flaminia! La resonante corriente me cantaba con sus penetrantes notas de órgano el recuerdo de mi pérdida, de mi dolor: ser destrozado, morir y desaparecer; ¡es el sino de la naturaleza!

—Aquí le pegaron un tiro a un inglés los bandidos, el año pasado —dijo nuestro guía—. Era la banda de los montes sabinos, aunque se puede decir que viven en todos los montes entre Roma y Terni. La autoridad no se anda ya con chiquitas, echaron el guante a tres pobres desgraciados. Vi cuando los llevaban a la ciudad, encadenados al coche. Junto a la puerta estaba la savia Fulvia de los montes Sabinos, que es como la llamábamos, era vieja pero siempre joven, sabía hasta si un fraile iba a conseguir el capelo cardenalicio; predecía el futuro con palabras imposibles de entender. Luego se decía que eran señales secretas; estaba con ellos. Este año pillaron a la vieja y a otros bandidos más, y le llegó su hora; su cabeza está ahora enseñando los dientes en la puerta de Nepi.

Era como si todo, la naturaleza y los hombres, quisieran arrojar noche sobre mi alma; sentí deseos de correr sobre las tierras, con el vuelo del viento. Los oscuros olivares arrojaban más sombras en mi alma, las montañas me oprimían. «¡Al mar, donde soplan las brisas! ¡Al mar, donde el cielo nos cubre como una cúpula!» Mi sangre ardía de amor, mi corazón, de añoranza. Dos veces ya había sentido la llama del entusiasmo, alcé mis ojos hacia Annunziata y me ligué a ella con todas mis fuerzas, que entonces empezaban a despertar, pero ella amaba a otro. Flaminia fue introduciéndose poco a poco en mi alma, no sufrí un deslumbramiento ni un hechizo, pero aprendí a valorar la piedra preciosa que en ella había. Cada vez que me daba la mano en un gesto fraterno y yo me atrevía a llevármela a los labios, cada vez que me consolaba con tanta dulzura con el ruego de que el mundo no me corrompiera, iba introduciendo su flecha cada vez más hondo en mi corazón. Yo no la amaba como a una novia, y sin embargo sentía que no podría soportar verla en brazos de otro. Ahora estaba muerta, muerta para el mundo. ¡Ningún otro hombre podría apretarla contra su corazón, depositar un beso en sus labios, poseerla! Aquel suplicio infernal no me estaba concedido a mí. Intenté consolarme pintando este cuadro, ahora llamaba a mis sentimientos «amor», la violenta pasión del alma y de la sangre. ¡Si hubiera tenido que verla como novia de un joven aristócrata, si hubiera sido diario testigo de la felicidad del amor de ambos, yo, el marginado pastorcillo de la campiña que comía el pan de la caridad en el imponente palacio, si ella hubiera seguido siendo igual de fraternal, de dulce, pero sin amor... me habría sumido en la desesperación! ¡No, ahora pertenecía al convento, nadie podía posar en ella sus ojos! ¡Era mejor así, mucho mejor! ¡La miseria del mundo puede llegar a ser muy grande, y en ese sentido, mi destino era digno de envidia!

«¡Al mar! ¡Al maravilloso mar! ¡Hay un nuevo mundo para mí! ¡A Venecia, la ciudad flotante, reina del Adriático! ¡Mas no a través de los oscuros bosques, de las agobiantes montañas, deprisa, en grácil vuelo sobre las olas!», así soñó mi mente.

Mi plan había sido ir primero a Florencia, luego seguir por Bolonia y Ferrara; lo cambié, abandoné al cochero en Spoleto, compré una plaza en el coche de posta y atravesé los Apeninos en la oscura noche, pasando por Loretto, sin visitar siquiera la santa casa... ¡que la Madonna perdone mi pecado! Desde el camino, en las alturas montañosas, había divisado ya el Mar Adriático como una franja



plateada en el horizonte, a mis pies se ondulaban las montañas como gigantescas olas; ahora veía el agitado mar azul, con barcos que enarbolaban pendones y banderas de todas las naciones. Al verlo pensé en Nápoles, pero no había Vesubio alguno que se alzara con su negro penacho de humo, no había Capri alguna flotando a lo lejos. Dormí allí una noche y tuve extraños sueños sobre Fulvia y Flaminia. «¡La palma de tu felicidad verdecerá!», decían ambas con una sonrisa; desperté, el día brillaba sobre mí.

—Signore —dijo el camarero— hay un barco dispuesto a zarpar para Venecia, aunque supongo que querrá usted visitar primero la ciudad.

—¡A Venecia! —grité—. ¡Rápido, rápido! ¡Eso es lo que deseo! —Una sensación inexplicable me empujó a partir. Subí a bordo, hice que subieran mi pequeña valija y no miré sino hacia el mar infinito. «¡Adiós, patria mía!», tan sólo ahora sentí que estaba volando al mundo, pues mis pies ya no tocaban la tierra. Sabía que el norte de Italia me mostraría una naturaleza muy diferente. Incluso Venecia era distinta a todas las demás ciudades de Italia, la novia, ricamente engalanada, del poderoso océano. El león alado veneciano ondeaba ya en el aire sobre mi cabeza: el que me llevaba era un barco veneciano. Las velas se hinchaban al viento y ocultaban la costa. Me senté en la borda de estribor y contemplé el ondeante mar azul, un mozalbete estaba cerca de mí cantando una melodía veneciana sobre la felicidad del amor y la brevedad de la vida:

—¡Besa los rojos labios, mañana serán de la muerte! Ama mientras tu corazón es joven, tu sangre es fuego y llama. Los cabellos grises son flores de muerte, cuando la sangre es hielo se apagan las llamas. Sube a la ágil góndola. Su techo nos ocultará, nos esconderá de ventanas y puertas, nadie te verá, muchachita mía. Nadie verá la felicidad de nuestro amor. Nos mecerá la ola. Las olas se abrazan como nosotros. Ama mientras la juventud arde en tu sangre, sólo las olas y la noche callada sabrán de tu gozo. La edad mata con hielo y con nieve.

Mientras cantaba, sonreía y saludaba con la cabeza a las demás personas a nuestro alrededor, que cantaban a coro sobre besos y amores mientras el corazón es joven. Era una canción alegre, muy alegre, y aun así resonaba en mi corazón como un mágico canto de muerte. Sí, los años vuelan, la llama de la juventud se apaga. Dejé correr por tierra el sagrado óleo del amor, no se encendió para producir luz ni calor. Ciertamente, tampoco sembró la destrucción, sino que entró en la tumba sin llegar a arder ni alumbrar. ¡Ninguna cadena me retenía, ni obligación alguna! ¿Por qué no perseguían mis labios la refrescante bebida del amor que tanto ansiaba? Tenía un sentimiento, ¿cómo llamarlo?, de resentimiento hacia mí mismo; ¿era tal vez el loco fuego que consumía mi razón? Sentía amargura por haber huido de Santa. ¡Cayó el sagrado cuadro de la Madonna!... Era el clavo oxidado que se rompía, y me frenaban la disciplina monacal del colegio de los jesuitas, la leche de cabra de mi sangre. ¡Qué bella era Santa! Vi sus ojos ardientes, enamorados, y me irrité conmigo mismo... ¿Por qué no podría parecerme a Bernardo, por qué no parecerme a tantos miles, a todos mis jóvenes amigos, ninguno de ellos fue tan insensato como yo? Amor es lo que ansiaba mi corazón, amor es lo que quería Dios, pues había puesto en mí aquel sentimiento... Pero aún soy joven, Venecia es una ciudad alegre, tiene mujeres hermosísimas. ¿Qué me da el mundo a cambio de mi virtud, de mi infantil disposición? ¡Burlas! ¡Y el tiempo traerá canas y amargura! Y canté a coro con los demás, en la nave, sobre besos y amores, mientras el corazón fuese joven.

Era una fiebre, la locura del dolor, lo que forjaba en mi alma aquellos pensamientos. El que me concedió la vida, los sentimientos, el que guiaba mi destino entero, me juzgará con benevolencia. Existen luchas, incluso ideas, que la mayor parte de los mortales no se atreve a expresar, pues el ángel de la inocencia que mora en nuestro pecho se inclina ante el pecado. Quienes han visto satisfecho el

anhelo de su corazón pueden filosofar, articular bellas lecciones morales sobre mis palabras. No juzguéis y no seréis juzgados. Lo sentía: en mi carne, en mi perversa naturaleza, no habitaba nada bueno. No pude rezar pero me dormí enseguida mientras el barco navegaba hacia el norte, hacia la poderosa Venecia.

En la madrugada divisé sus blancos edificios y sus torres, parecía una flota de barcos con las velas desplegadas. A mi izquierda se extendía el reino de Lombardía con sus costas llanas, los Alpes parecían una neblina azulenta en el horizonte. ¡Qué grande era aquí el cielo! Aquí, la mitad de la bóveda celeste podía reflejarse dentro del corazón.

Con la brisa matutina, mis sentimientos se suavizaron; estaba más tranquilo. Pensé en la historia de Venecia, en la riqueza y el lujo de aquel lugar, en su independencia y su poder, en los poderosos dogos y sus esponsales con la mar. Estábamos cada vez más cerca de la ciudad, en las lagunas ya podía distinguir los edificios, pero sus paredes eran amarillentas, ni viejas ni nuevas, no parecían muy amistosas. La torre de San Marcos la había imaginado más alta. Entramos entre la tierra firme y las lagunas que, como una curva muralla, se extendían hacia el mar. Donde todo era llano, la costa apenas parecía una pulgada más alta que el nivel del mar. Unas cuantas casuchas a las que llamaban ciudad, aquí y allá un arbusto, y nada más que tierra llana. Había creído estar en Venecia, pero quedaba aún a una milla de distancia, y entre ella y nosotros se extendía la desagradable agua cenagosa con grandes islotes de lodo; ni un pájaro podía posarse en ellos, ni una brizna de hierba podía brotar allí. Toda la laguna estaba surcada por profundos canales excavados, grandes postes se erguían para señalar el camino. Vi las primeras góndolas, largas y estrechas, veloces como flechas, pero todas pintadas de negro. La pequeña cabina en el centro estaba cubierta con una tela negra, era un coche fúnebre flotante el que pasaba ante nosotros a velocidad de un dardo. El agua no era ya azul como en mar abierto o en las proximidades de la costa de Nápoles; era de un sucio color verdoso. Pasamos junto a una isla en la que había casas que parecían surgidas del agua misma o edificadas sobre algún peñol. En lo alto de la pared estaba la Madonna con el niño, contemplando toda aquella desolación. En algunos lugares, la superficie del agua era una extensión verde, móvil, una especie de extensión de lentejas de agua entre las aguas profundas y las negras islas de cieno estéril. El sol brillaba sobre Venecia, repicaban las campanas, pero todo parecía muerto y solitario. Tan sólo un barco había en los muelles, aún no había visto ni una sola persona.

Bajé a la negra góndola y entramos por una calle muerta en la que todo era agua, no había acera por la que caminar. Grandes edificios, sí, y puertas abiertas, con escaleras que penetraban en el agua; por el gran portal entraba el agua, como un canal, y el patio parecía sólo un pozo cuadrado en el que se podía entrar navegando, aunque sería imposible maniobrar la góndola. El agua había depositado su verdoso cieno sobre las paredes, los grandes palacios de mármol parecían estar hundiéndose; en las anchas ventanas habían colocado bastos tablones contra las vigas doradas, medio podridas. Aquel orgulloso cuerpo de gigante parecía estar desmoronándose miembro a miembro; el conjunto tenía algo de acongojante. Las campanas callaron y no se oyó entonces ni un sonido que no fuera el chapoteo del remo en el agua; aún no había visto a persona alguna, la magnífica Venecia era un cisne muerto sobre las olas. Recorrimos otras calles, pequeños, estrechos puentes colgaban sobre los canales, entonces vi gente, caminaban por encima de mí, entraban en las casas o en las mismas paredes, porque no veía más calles que aquéllas por las que se deslizaba la góndola.

—Pero ¿por dónde se va de un sitio a otro? —pregunté a mi gondolero, y él señaló con la mano los puentes que se sucedían a cortos trechos entre las altas casas. Un vecino podía dar la mano a otro desde

el sexto piso, por encima de la calle; tres personas difícilmente podrían pasar al mismo tiempo por allí abajo, donde no llegaban los rayos del sol. Nuestra góndola pasó y todo volvió a quedar en sepulcral silencio.

«¡Y esto es Venecia, la poderosa novia del mar, la dominadora del mundo!».

Vi la espléndida plaza de San Marcos. «¡Aquí hay vida!», decían. ¡Qué distinta a la de Nápoles, incluso a la que animaba el Corso de Roma! Y pese a todo, la plaza de San Marcos era el corazón de Venecia, donde la vida aún se agitaba. Tiendas con libros, perlas y cuadros adornaban los largos soportales, aunque mucha vida no había en ellos. Unos cuantos griegos y turcos con ropajes de colores y la larga pipa en la boca estaban sentados delante de los cafés, el sol brillaba sobre las doradas cúpulas de la iglesia de San Marcos y sobre los enormes caballos de bronce de la gran puerta; de rojos mástiles colgaban las banderas de Chipre, Candia y Morea, sin movimiento alguno, mientras millares de palomas ocupaban la plaza y caminaban a cortos pasitos sobre las anchas losas.

Visité el Ponte Rialto, la gran arteria que hablaba de la vida, y al poco había captado el gran cuadro de Venecia, de la pena, el reflejo de mi propia alma. Tenía la sensación de seguir aún en el mar, aunque ahora a bordo de un barco más grande, una flotante arca.

Cuando llegó la noche y la luna arrojaba su insegura luz produciendo sombras aún más fuertes, me sentí más a gusto, sólo en la hora del mundo de los espíritus empecé a familiarizarme con la novia muerta. Estaba junto a la ventana abierta, la negra góndola se deslizaba veloz sobre el agua oscura en la que brillaba la luna. Pensé en el canto del marinero sobre besos y amor, sentí acritud contra Annunziata, que había preferido al frívolo de Bernardo, ¡en vez de a mí!, ¿y por qué? Quizá tan sólo por el extraño atractivo que su frivolidad le otorgaba... ¡así son las mujeres!

Sentía acritud incluso hacia la inocente, piadosa Flaminia, el silencio y la paz del convento significaban para ella más que mi intenso amor fraterno... No, no, ya no amaba a ninguna de ellas, en el interior de mi pecho sólo había ya vacío en vez de lo que había amado. No quería pensar en ninguna de ellas, y como un espíritu que se hunde, mi mente fluctuaba entre la imagen de la belleza, Lara, y la hija del pecado, Santa. Monté en una góndola y me hice llevar por las calles en la muda noche. Los remeros entonaron su antífona, que en esta ocasión no estaba tomada de la Gerusalemme liberata: los venecianos olvidaban incluso las viejas melodías amadas, pues sus dogos habían fenecido y manos extranjeras ataban las alas del león, que uncieron ante su carro triunfal.

—Quiero asir la vida, gozarla hasta la última gota —exclamé, y la góndola se detuvo... estábamos ante el hotel en el que viviría, bajé y me fui a dormir. Era mi primer día en Venecia.

## XI

### **La tormenta. Soirée en casa de mi banquero. La sobrina del Podestà**

Las cartas que llevaba conmigo me proporcionaron algunos conocidos, «amigos», suele decirse, ¡y yo era Il Signore Abbate! Ningún erudito me escuchaba. Se reconocía como estupendo todo lo bueno que yo decía, yo también tenía mi talento. A causa de Sua Eccellenza y de Francesca, estaba acostumbrado a escuchar constantemente comentarios que me ofendían sobremanera, estaban siempre diciéndome lo que no me agradaría escuchar, era casi como si coleccionaran todo lo malo para

echármelo en cara, para demostrarme que había muchos que no tenían buenas intenciones conmigo. Aquí, también aquello había desaparecido. Así que, en realidad, no tenía auténticos amigos, pues quienes se suponía que lo eran no hacían sino decirme inconveniencias. Ya no sentía mi situación de subordinación, que ni siquiera Flaminia había conseguido borrar.

Había visitado el espléndido palacio de los Dogos, había paseado por sus magníficas salas vacías, había visto la sala de los inquisidores, con espantosos cuadros de los tormentos infernales. Pasé por una estrecha galería, un puente cerrado, muy por encima del tejado y el canal por el que bogaban las góndolas. Así se pasaba del palacio del dogo a los calabozos de Venecia. «Puente de los suspiros» llaman a este puente en arco. Muy cerca estaban los pozos; sólo la luz de la lámpara del corredor podía atravesar los gruesos barrotes de hierro y llegar al interior de los calabozos superiores, y estos eran espacios iluminados y aireados, a diferencia de lo que sucedía más abajo; bajo la fungosa portilla, a más profundidad que el agua del canal que pasaba por delante, los desdichados suspiraban y arañaban las húmedas paredes. ¡Aire! ¡Aire!, exigía mi corazón, desgarrado por aquellos lugares del horror, y subí a una góndola, me alejé a toda velocidad del antiguo palacio de paredes rosáceas y de las columnas de San Teodoro y el León de Venecia, cruzamos las vivientes aguas verdes hasta las lagunas y nos dirigimos al Lido, para poder aspirar la fresca brisa del mar... y vi el cementerio. El extranjero, el protestante, era enterrado aquí, lejos de su patria, sepultado en una pequeña franja de tierra entre las olas, que día a día parecían querer llevarse parte de aquellos pobres despojos. Blancos huesos humanos asomaban entre la arena; sólo la rompiente lloraba por ellos. Aquí estuvo tantas veces la novia o la esposa esperando a su amante o a su esposo, que había salido al incierto mar en busca del pescado. Las tormentas alzaban y dejaban caer de nuevo sus fuertes alas, y las mujeres entonaban canciones sacadas de la Gerusalemme Liberata y escuchaban si sus hombres les respondían, pero el amor no permitía la antífona, la mujer seguía sola dirigiendo sus ojos al silencioso mar y sus labios también callaban, sus ojos solamente veían los blancos esqueletos junto a la playa, a sus oídos llegaba sólo el hueco sonido de la rompiente mientras la noche se extendía sobre la muerta, silenciosa Venecia.

Aquel fúnebre cuadro invadió mi mente, mi ánimo lo dotó de fuerte colorido. Sería como una iglesia, recordando la tumba y la santa invisible, estaba mi naturaleza toda. En mis oídos sonaban las palabras de Flaminia, de que un profeta de Dios era un cantor que había de esforzarse en expresar solamente Su gloria: era, entre todos, el tema más sublime. El alma inmortal había de cantar lo inmortal, el brillo del instante se transformaba en juego de colores y desaparecía en el minuto que le daba vida, y yo sentí una fuerza y un entusiasmo exaltados, pero al poco se apagaron, exhaustos. Silencioso subí a la góndola que me condujo al Lido. Ante mí se abría el inmenso mar abierto, en las orillas se veían largas rompientes, pensé en la bahía de Amalfi.

Justo a mi lado, entre algas y piedras, estaba sentado un hombre joven dibujando, seguramente un pintor extranjero; me resultaba conocido, me acerqué, él se puso en pie, nos reconocimos. Era Poggio, un joven aristócrata veneciano con el que había coincidido varias veces en casa de familias amigas.

—Signore! —exclamó—. ¡Usted en el Lido! —y añadió—: ¿Es la belleza del mar, o tal vez bellezas de otra índole lo que lo trae a las olas inquietas del Adriático?

Nos estrechamos la mano. Por lo que sabía, carecía de patrimonio, aunque a cambio poseía un gran talento como pintor; parecía tener un temperamento alegre, casi en demasía, aunque al oído alguien me había susurrado que en su soledad era un tremendo misántropo. Si se lo juzgaba por su forma de hablar, debía de tratarse de la frivolidad personificada, aunque en realidad era el recato en persona; en sus palabras creerían todos que su modelo era Don Juan, aunque en sus obras fuera más bien un San

Antonio frente a las tentaciones. Un profundo dolor del alma estaba en el fondo de todo, afirmaban en voz baja, pero ¿cuál era el motivo? ¿Su escasa hacienda, un amor desdichado? No, nadie lo sabía a ciencia cierta, él parecía contarle todo sin guardarse ni el menor pensamiento, su ser era infantil y, sin embargo, nadie conseguía aclararse del todo con él. Aquello me había interesado, de modo que me agradó toparme con él, que disolvería los nubarrones de mi alma.

—Roma no tiene una ondeante llanura azul como esta —dijo, señalando el océano—. ¡No hay en el mundo nada tan bello como la mar! Además, es la madre de Venus y —añadió riendo— viuda de los poderosos dogos de Venecia.

—Los venecianos la amarán de un modo especial, entonces —respondí—, la verán como la abuela que los acuna, que juega con ellos, todo por el bien de su bella hija, Venecia.

—¡Ya no es bella, inclina la cabeza! —repuso.

—Pero es feliz bajo el Emperador Francisco, ¿o no?

—¡Se está más orgulloso siendo reina del océano que como cariátide en tierra! Los venecianos no tienen nada de qué quejarse y de política yo no tengo ni idea, aunque, en cambio, algo sé de la belleza y, puesto que no albergo duda alguna de que usted sabrá apreciarla también, ahí tenemos a las bellas hijas de mi patrona que vienen a preguntar si desea participar de mi frugal colación —entramos en la casita que se alzaba al lado mismo de la playa; el vino era bueno y Poggio gracioso y buen anfitrión, nadie pensaría que su corazón llorase en secreto.

Llevábamos al menos dos horas allí cuando vino mi gondolero a preguntar si no querría regresar ya, pues se avecinaba una tormenta, la laguna estaba muy movida y entre Lido y Venecia había ya un oleaje considerable que podría hacer volcar la ligera góndola.

—¡Una tormenta! —exclamó Poggio—. ¡Cuántas veces he deseado ver una, no podemos dejarla escapar! Seguro que amaina al entrar la noche, y si no amaina, siempre podremos acostarnos y dejarla pasar tranquilamente mientras el oleaje nos arrulla para ayudarnos a dormir.

—Siempre podré encontrar una góndola en la laguna —le dije al hombre, y lo autoricé a marcharse. La tormenta arreciaba, golpeaba la ventana. Salimos de la casa. El sol poniente iluminaba la agitada laguna de oscuro color verde, las olas se alzaban coronadas de blanca espuma y volvían a hundirse: muy lejos, donde las nubes se erguían como montañas con los rayos de un volcán, divisamos algunos barcos, pero enseguida los perdimos de vista. La rompiente se alzaba muy alta en la playa y nos salpicaba de saladas gotas. Cuanto más altas las olas, tanto más alto reía Poggio, tanto más alto batía palmas y gritaba «¡bravo!» a los elementos desatados; su ejemplo era contagioso, mi corazón enfermo se sentía mejor en aquella naturaleza alborotada. Enseguida fue noche oscura. Hice que la posadera trajese su mejor vino y bebimos a la salud de la mar y la tormenta, y Poggio cantó de besos y amor, la canción que yo había escuchado a bordo del barco.

—¡A la salud de las venecianas! —dije yo, y él chocó su vaso por las bellas romanas. Si nos hubiera visto un desconocido, habría pensado que éramos dos solteros felices.

—Se dice que las mujeres más bellas son las romanas —dijo Poggio—. ¡Sea sincero! ¿Usted qué opina?

—¡Comparto esa opinión!

—Bueno —repuso Poggio—, ¡pero la reina de la belleza vive en Venecia! ¡Tendrías que ver a la

sobrino de nuestro Podestà! No conozco a ninguna más bonita que ella, así habría querido representar Canova a la más joven de las Gracias, si hubiera conocido a Maria. Sólo la he visto en misa y una única vez en el teatro San Moisè. Allí acuden todos los jóvenes venecianos, igual que yo, aunque ellos están fatalmente enamorados y yo me limito a adorarla, es demasiado espiritual para mi auténtica naturaleza. ¡Pero es menester adorar lo celestial! ¿No es cierto, Signore Abbate?

Pensé en Flaminia, y mi pasajera alegría desatada se terminó.

—¡Se ha puesto usted serio! —dijo—. ¡El vino es estupendo y las olas cantan y bailan en nuestra bacanal!

—¿El Podestà no celebra fiestas? —pregunté, por decir algo.

—No muchas —respondió Poggio—; aunque cuando celebra una recepción hay muchos candidatos a asistir. La bella es tímida como una cervatilla, tremendamente recatada, como ninguna otra mujer de las que he conocido, aunque —añadió con una sonrisita burlona— ¡es una forma de hacerse la interesante! El cielo sabrá cómo son las cosas realmente. Mire usted: nuestro Podestà tiene dos hermanas, las dos pasaron muchos años lejos de él; la más joven se casó en Grecia, y parece que es ella la madre de la preciosa criaturita; la otra hermana está aún soltera, es toda una solterona, se trajo aquí a la bella hace unos cuatro años.

Fue como si una oscuridad repentina interrumpiera su discurso, fue como si la negra noche nos apretara en su abrazo, y en ese mismo instante brilló la roja centella a nuestro alrededor. La siguió el estampido del trueno, que me recordó a las erupciones del Vesubio. Nuestras cabezas se inclinaron, sin darnos siquiera cuenta nos santiguamos.

—¡Válgame el Cielo! —exclamó la posadera, que apareció en aquel momento—. ¡Qué horror, qué espanto! Seis de nuestros mejores pescadores están ahora en el mar, ¡la Madonna extienda su mano sobre ellos! ¡La pobrecita Agnese tiene cinco hijos, sería una auténtica catástrofe!

En medio de la tormenta oímos cantar salmos. En la playa, donde rompían las olas alzándose a una vara de altura, había un tropel de mujeres y niños con la santa cruz; una mujer joven estaba en silencio con la mirada clavada en la laguna, amamantando a un bebé, mientras un niño algo más crecido estaba a su lado, con la cabeza en su regazo. Con un último rayo violentísimo, la tormenta pareció alejarse, relampagueó el horizonte y la blanca espuma brilló más clara en el lago encrespado.

—¡Allí están! —gritó la mujer, poniéndose en pie de un salto y señalando un punto negro que iba haciéndose más y más claro.

—¡La Madonna se apiade de ellos! —dijo un viejo pescador con el sombrero marrón bien calado en la cabeza; tenía las manos juntas y miraba fijamente aquel objeto oscuro. En ese mismo instante, desapareció bajo una enorme ola espumeante.

El viejo se había dado perfecta cuenta de lo que iba a suceder. Oí los lamentos de desesperación que iban creciendo según el mar se encalmaba, las nubes desaparecían y la certeza de lo sucedido se hacía cada vez más patente. Los niños golpearon la santa cruz, haciéndola caer en la arena, y se agarraron llorando a sus madres, pero el anciano pescador levantó la cruz, besó los pies del Salvador, la alzó en el aire y pronunció el sagrado nombre de la Madonna.

Hacia medianoche el cielo estaba raso, la laguna en calma, y la luna llena arrojaba sus largos rayos sobre la quieta bahía entre la isla y Venecia. Poggio subió conmigo a una góndola y dejamos a aquellos

desdichados, a quienes no podíamos ayudar ni confortar.

La velada siguiente la pasamos en casa de mi banquero, uno de los más ricos de Venecia; la asistencia era muy numerosa, de las damas yo no conocía a ninguna y tampoco estaba interesado en ninguna de ellas.

Empezaron a hablar de la tormenta de la noche anterior. Poggio tomó la palabra, habló de la muerte de los pescadores, de la desgracia de aquella familia, y puso suficientemente en claro lo fácilmente que podría aliviarse parte al menos de aquella desventura, cómo un cariñoso donativo de cada uno de nosotros se convertiría en una suma de gran importancia para aquellos desgraciados, pero nadie pareció comprenderlo, se lamentaron, se alzaron de hombros y pasaron a charlar de otros temas. Empezaron a hacerse notar entonces los mejores talentos sociales, Poggio cantó una alegre barcarola, pero me pareció que su cortés sonrisa dejaba traslucir acritud y frialdad hacia aquel círculo de personas tan principales que no se habían dejado convencer por su noble elocuencia.

—¿Usted no canta? —me preguntó la señora de la casa, al acabar Poggio.

—¡Tendré el honor de improvisar para ustedes! —respondí, una idea se había encendido en mi alma.

—¡Es improvisador! —oí susurrar a mi alrededor; los ojos de las damas chispearon, los caballeros se inclinaron, yo tomé la guitarra y les pedí que me dieran un tema.

—¡Venecia! —gritó una dama mirándome gallarda a los ojos.

—¡Venecia! —repitieron los caballeros jóvenes, pues la dama era muy bella.

Toqué unos acordes, describí el lujo y el esplendor de Venecia en sus días felices, tal como los había aprendido de los libros y como los había soñado mi fantasía, y todos los ojos se inflamaron, aún soñaban que las cosas no habían cambiado. Canté sobre la bella en el balcón una noche de luna, pensé en Santa y en Lara; todas las damas pensaron que hablaba de ellas y me tributaron un gran aplauso. Ni el mismo Sgricci habría tenido tanto éxito.

—¡Está aquí! —me susurró Poggio al oído—. ¡La sobrina del Podestà! —pero nos fue imposible seguir hablando, pues me pidieron que improvisara una vez más, una comisión de damas y un anciano Eccellenza me comunicaron el deseo. Acepté gustoso, pues su deseo era también el mío, así lo tenía previsto, y sólo confiaba en que alguno de los temas propuestos me diese ocasión de describir la tormenta que había visto, la miseria de aquellos desgraciados, y conseguir con el poder del canto lo que la elocuencia no había logrado. Me propusieron la apoteosis de Tiziano. Si hubiera sido pintor de marinas lo habría utilizado de portavoz, pero su gloria no me permitía introducir las ideas que deseaba transmitir. Aunque el tema era muy rico: su tratamiento tuvo un éxito superior a toda expectativa, me ovacionaron de tal modo que aquello pareció mi propia apoteosis.

—¡No puede haber felicidad superior a la de usted! —dijo la señora de la casa—. Ha de ser una sensación infinitamente dulce poseer un talento como el suyo, poder cautivar y alegrar a todo el que está a su alrededor.

—¡Es una sensación dulcísima! —respondí.

—¡Descríbanosla, pues, en un bello poema! —me suplicó—; a usted le resulta tan fácil, que una se olvida de que tal insistencia no es propia de la cortesía.

—Conozco un sentimiento —respondí, y mi mente me hizo audaz—; conozco un sentimiento que

no tiene parejo en ningún otro. ¡Convierte en poetas a todos los corazones! Despierta la misma conciencia de felicidad y yo soy un mago tan poderoso que soy capaz de despertarlo en todos los corazones, pero este arte tiene la peculiaridad de que no puede regalarse, ¡hay que comprarlo!

—¡Lo aprenderemos! —gritaron todos.

—Sobre esta mesa reuniré las cantidades. ¡Quien más dé, más íntimamente lo adquirirá!

—¡Yo pongo mi cadena de oro! —dijo al momento una de las damas, rio y puso su joya sobre la mesa.

—¡Yo, todo mi dinero para el juego! —dijo otra, sonriendo por mi ocurrencia.

—¡Pero esto va en serio! —les dije—. ¡Lo que pongan, no se devuelve!

—Nos arriesgaremos de todos modos —dijeron muchos que habían dejado en la mesa dineros, cadenas y anillos, aunque no dejaban de albergar ciertas dudas sobre mi actuación.

—Bueno, pero, si el sentimiento no me viene a mí —dijo un anciano militar—, ¿tampoco yo recuperaré mis dos ducados?

—Queda usted dispensado del riesgo —dijo Poggio, y yo me incliné para indicar mi acuerdo.

Todos rieron, todos estaban expectantes por comprobar el resultado, y comencé mi improvisación. Una llama sagrada me atravesaba, canté sobre el orgulloso océano, novio de Venecia, sobre los hijos del océano, los valerosos marineros y pescadores en sus pequeños botes. Describí una tormenta, el anhelo y el miedo de la novia, describí lo que había visto con mis propios ojos: los niños golpeando la sagrada cruz y arrebujándose contra su madre, el anciano pescador que besó el crucifijo; era como si un dios hablase a través de mí, yo era la herramienta de sus poderosas palabras. Un profundo silencio reinaba en la sala, algunos lloraban. Los hice entrar, entonces, en la cabaña de la pobreza, llevé a los desdichados ayuda y vida con nuestro pequeño donativo y canté que hay mayor felicidad en dar que en recibir, canté la alegría que henchía mi pecho, que henchía todos los pechos que, generosos, habían entregado su óbolo, era un sentimiento que ninguna otra cosa podía despertar, era la voz divina que hablaba en cada pecho, que lo hacía más santo y más espiritual, que lo ensalzaba convirtiéndolo en poeta. Y al hablar, mi voz iba adquiriendo más fuerza y plenitud... Me los había ganado a todos; un atronador «¡bravo!» me saludó cuando, concluido el canto, entregué a Poggio los ricos dones, para ayudar a aquellos desdichados.

Una joven dama se arrodilló a mis pies, jamás podría granjearme mi talento un triunfo más hermoso; me cogió la mano y, con lágrimas en sus oscurísimos ojos, me miró con agradecimiento en lo más hondo de mi alma; aquella mirada me conmovió enormemente, aquella expresión de belleza era como si la hubiera visto alguna vez en sueños.

—¡La Madre de Dios se lo pague! —balbució, la sangre ardiendo en sus mejillas, ocultó su rostro y se alejó de mí, avergonzada por lo que había hecho; pero ¿quién sería tan cruel de burlarse de los puros sentimientos de la inocencia? Se apiñaron a mi alrededor. Todos me alababan sin cesar; todos hablaban de aquellos pobres desgraciados del Lido, ¡yo era su bienhechor! «¡Hay mayor felicidad en dar que en recibir!», era lo que me enseñó aquella velada; Poggio me estrechó entre sus brazos.

—¡Qué buena persona! —exclamó—. ¡Le ofrezco mi admiración y mi respeto! La belleza le rinde homenaje, la que puede hacer felices a miles con una mirada se inclina ante usted.



—¿Quién era? —pregunté con voz apagada.

—¡La más bella de Venecia! —respondió—. ¡La sobrina del Podestà!

Aquella asombrosa mirada, la silueta de la belleza seguían vivamente grabadas en mi alma; se despertaron recuerdos enigmáticos, y yo también exclamé:

—¡Ciertamente es bella!

—¿No me reconoce, Signore? —dijo delante de mí una dama de edad avanzada—. Hace muchos años que tuve el honor de conocerlo —sonrió, me dio la mano y me agradeció mis improvisaciones. Me incliné cortés, sus rasgos me resultaban conocidos pero no conseguía recordar dónde y cuándo la había visto. Hube de decirlo—. ¡Es lógico, sólo nos vimos una vez! Fue en Nápoles, mi hermano era médico, usted lo visitó acompañado de un pariente de los Borghese.

—¡Ya me acuerdo! —exclamé—; claro, claro que la conozco. Pero nunca hubiera esperado que coincidiéramos en Venecia.

—Mi hermano, a cargo de cuya casa estaba yo —dijo— murió hace cuatro años. Ahora estoy en casa de mi hermano mayor. El criado le traerá nuestra tarjeta. Mi sobrina es una niña, una niña extraña, quiere marcharse, quiere marcharse ya. Y tengo que cumplir sus deseos —la anciana dama me dio la mano y abandonó la estancia.

—¡Hombre afortunado! —dijo Poggio—; ¡es la hermana del Podestà! Usted la conoce, recibirá su invitación, será envidiado por media Venecia. Y cuando vaya, abotone fuerte la levita contra el corazón, para no sufrir alguna herida, como les ha sucedido a todos los que han conseguido llegar a tan escasa distancia de esa batería enemiga.

La bella se había ido. Por un instante, el sentimiento la había cautivado, se había arrojado a mis pies, pero en ese mismo instante despertaron su innato sentido del pudor y su tímida discreción; miedo y espanto la hicieron alejarse de aquel círculo en el que había atraído sobre sí la atención de todos, aunque nadie expresó otra cosa que no fuera admiración y alabanza... ¡y lo mismo hice yo! La reina de la belleza había hechizado a todos, su corazón era tan noble como sus formas.

La conciencia de una buena acción arrojó un rayo de luz sobre mi alma, tuve una sensación de noble orgullo, sentí la suerte de que gozaba al poseer el don del canto. Las alabanzas y el cariño que encontraba a mi alrededor hacían disolverse la acritud de mi alma, era como si mi fuerza espiritual, más pura y buena, se irguiera tras su amarga muerte aparente. Pensé en Flaminia, y pensé en ella sin dolor, seguramente habría estrechado mi mano. Sus palabras de que sólo lo divino, la gloria de Dios, merecían ser cantadas por el poeta, iluminó mi alma, sentí de nuevo fuerza y ánimo, una dulce calma se extendió por todo mi ser y, por primera vez en mucho, mucho tiempo, conocí la alegría. Fue una velada feliz. Poggio y yo chocamos nuestras copas. Confirmamos nuestra amistad tuteándonos fraternalmente. Llegué a casa muy tarde, pero no tenía sueño. La luna brillaba clara sobre el agua de los canales, el cielo era alto y azul. Con la piadosa fe de un niño junté mis manos y recé: «¡Padre, perdóname por mis pecados! ¡Dame fuerzas para ser una persona buena y honrada, y entonces me atreveré a recordar a Flaminia, a pensar en la hermana, y refuerza también su alma, que jamás sueñe con mi dolor! ¡Sé bueno y misericordioso con nosotros, oh Dios eterno!». Y sentí aliviado mi corazón; los vacíos canales de Venecia, los viejos palacios, me parecían un bello, nebuloso mundo de hadas.

A la mañana siguiente estaba extrañamente animado, en mi pecho había despertado un noble

orgullo, era feliz con mis dotes espirituales y daba gracias a Dios. Tomé una góndola para ir a visitar al Podestà, a cuya hermana conocía; a fuer de sincero, he de decir que también quería ver mejor a la joven dama que tan vivamente me había alabado, y que era considerada reina de la belleza.

—Palazzo d’Otello —dijo el gondolero, y me condujo por el Gran Canal hasta un viejo edificio mientras me contaba que el moro de Venecia, que atormentaba a su bella esposa, Desdémona, había vivido allí, y que los ingleses iban a ver la casa como si se tratara de la iglesia de San Marcos o del Arsenal.

Todos me recibieron como si yo fuera un pariente querido. Rosa, la anciana hermana del Podestà, habló de su querido hermano fallecido, de la animada y divertida Nápoles, que no había vuelto a ver en cinco años.

—Bueno —dijo—, Maria también la echa de menos, y allá iremos, sí, iremos, en cualquier momento, tengo que ver el Vesubio y la preciosa Capri una vez más antes de morir.

Entró Maria, me dio la mano fraternalmente, aunque con una alegría extrañamente tímida; era bella, ciertamente, parecía aún más bella que el día anterior, cuando se inclinó ante mí. Poggio tenía razón, así debía de ser la más joven de las Gracias, no había criatura femenina de más bellas formas, ¿quizá Lara? ¡Sí, Lara, la niña ciega, con sus harapos, con el ramito de violetas en el pelo, era tan bella como Maria con su suntuoso vestido! Aquellos ojos cerrados habían hablado a mi corazón más fuerte que esta extrañamente oscura mirada de fuego; cada rasgo era melancolía, como en Lara, pero en los abiertos ojos oscuros se encontraba una paz, una alegría, que Lara nunca habría conocido. Había en ella tantas cosas que me hacían pensar en la pequeña mendiga ciega, a la que ella nunca había visto, sucedía también con el extraño respeto de mi corazón, como si estuviese dirigido a algo aún más elevado. Mis dotes espirituales alcanzaron mayor flexibilidad, mi elocuencia se hizo más rica. Notaba que agradaba a todas esas personas, y Maria parecía dedicarme la misma admiración que su belleza exigía de mí. La contemplé como el amante contempla a una preciosa estatua femenina que perfecciona incluso la imagen de su amada. En Maria hallaba la belleza de Lara, casi como el reflejo de un espejo, y el ánimo fraternal de Flaminia; inspiraba confianza. Para mí era como si ya nos conociéramos.

## XII

### La cantante

Un suceso de mi vida está ahora tan cercano que casi deja a todos los demás en segundo plano; como los altos pinos del bosque, aleja las miradas del sotobosque y sólo de pasada mencionaré, por tanto, el terreno intermedio. Yo acudía con frecuencia a casa del Podestà; yo era su genio vivificador, según decían. Rosa me hablaba de su querida Nápoles y yo le leía la Divina Commedia, Alfieri y Nicolini, e igual que las obras de estos poetas me entusiasmaban el espíritu y el sentimiento de Maria. Aparte de esta familia, Poggio era a quien con más gusto trataba, la cosa era sabida y fue invitado por el Podestà. Poggio me dio las gracias, era mérito mío y de nuestra amistad, no suyo, que él también pudiera ir allí, lo que haría que toda la juventud de Venecia lo envidiara. En todas partes se admiraba mi talento como improvisador, incluso se le otorgaba tanto valor que no había círculo que dejara de insistirme hasta que yo cumplía su deseo de componer un poema. Los mejores artistas me estrechaban

fraternalmente la mano y me animaban a presentarme en público, y yo satisfací su deseo a medias, actuando una tarde en la Accademia dell'arte, para sus miembros, con una improvisación sobre la campaña de Dandolo contra Constantinopla y sobre los caballos de bronce de la iglesia de San Marcos, por todo lo cual se me honró con un diploma: fui aceptado en la sociedad. Pero una alegría aún mayor me esperaba en casa del Podestà. Maria me sorprendió un día con una cajita que contenía un bonito collar de preciosas conchas de colores, diminutas, finas y preciosas, engarzadas en un cordoncito de seda; era un regalo de los desdichados del Lido, que me llamaban su bienhechor.

—¡Es muy bonito! —dijo Maria.

—Puede guardarlo para regalárselo a su novia —dijo Rosa—, es un regalo muy bonito y precisamente para eso se lo han dado.

—¡Mi novia! —repetí yo muy serio—; no tengo, no tengo novia.

—¡Pero ya la tendrá! —dijo Rosa—. Tendrá novia, y será la más bella de todas.

—¡Jamás! —repetí mirando al suelo, pues sentía con claridad todo lo que había perdido. Maria también se quedó muda ante mi abatimiento; se había alegrado tanto de poder entregarme el regalo, traído por Poggio, a quien se lo habían dado en el Lido, y ahora yo me disgustaba, ni siquiera conseguía disimularlo; sostuve el collar en la mano, me habría encantado regalárselo a Maria pero las palabras de Rosa frenaron mi determinación. Maria, seguramente, habría adivinado mis pensamientos, pues cuando levanté mis ojos hacia ella, un leve rubor corrió por su rostro...

—Viene usted poco a nuestra casa —me dijo la esposa de mi rico banquero, un día que fui a visitarlos—; a nuestra casa viene demasiado poco, pero a la del Podestà... sí, claro, será más entretenida. Maria es la mayor belleza de Venecia, y usted es nuestro mayor improvisador. ¡Además, esa chica es muy buen partido! Dicen que tiene una magnífica hacienda en Calabria, que es su herencia, o que se la compraron como herencia. Sea audaz y la conseguirá. Será envidiado por toda Venecia.

—¿Cómo puede usted creer —respondí— que pueda albergar una idea tan mezquina? Estoy tan lejos de amar a Maria como cualquiera pueda estarlo. Su belleza conmueve mi corazón, pero eso no es amor. Y que tenga o no propiedades no es algo fundamental para mí.

—¡Pero también hay que tenerlo en cuenta! —dijo la señora—. El amor es la felicidad de la vida cuando la cocina y la despensa están bien provistas. ¡Es de estas de las que tenemos que vivir! —rio y me estrechó la mano.

Me molestó mucho que alguien pudiera pensar y, más todavía, decir de mí algo semejante. Decidí ir con mucha menor frecuencia a casa del Podestà, por mucho cariño que les tuviera. Tenía pensado pasar allí aquella tarde, pero cambié de determinación. Mi sangre se puso en movimiento. No, pensé, por qué voy a enfadarme, ¡tengo que estar alegre! La vida es bella si uno lo quiere así. Soy libre, nadie decidirá por mí. ¡Tengo fuerzas y voluntad suficientes para impedirlo! En la oscura noche paseé a solas por las estrechas calles, donde las casas se tocaban casi, lo que hacía que el angosto espacio estuviera fuertemente iluminado, y el gentío de lo más animado. En largos rayos lucían las lámparas sobre el ancho canal, velozmente pasaban las góndolas bajo el arco que sostiene el puente. Sonó entonces una canción, la melodía del amor y los besos y, como la serpiente del árbol del conocimiento del bien y del mal, me mostró el bello rostro del pecado. Me alejé por las callejas; había una casa más iluminada que las demás, una gran cantidad de personas entraba en ella. Era uno de los teatros pequeños de Venecia, San Lucas, creo que se llama. Una pequeña troupe representaba una ópera allí dos veces diarias, igual

que en el Teatro Fenize de Nápoles. A las cuatro de la tarde empezaba la primera representación de la pieza, que terminaba hacia las seis, y la segunda comenzaba a las ocho. La entrada era muy barata; pero tampoco se podía esperar ver nada especial, si bien el deseo de oír música de las clases bajas y la curiosidad de los forasteros hacía que hubiera bastantes espectadores en ambas representaciones. En el cartel se leía: Donna Caritea, regina di Spagna, con música de Mercadante.

«Podría entrar», pensé; «estoy aburrido. Miraré a las bellas, mi sangre está caliente, mi corazón es capaz de palpitar como el de Bernardo, como el de Federigo, no hay que burlarse del chaval de la campiña que lleva leche de cabra en la sangre... Ojalá hubiera sido frívolo yo también... ¡mi suerte habría sido mayor, seguro! ¡Sí, la vida es breve, la edad trae frío y hielo!»

Entré, compré una entrada, que estaba de lo más sucia, y me llevaron a un palco, muy cerca del escenario. Había dos filas de palcos, una encima de otra, el auditorio era bastante amplio, pero el escenario parecía una bandeja, demasiada gente no podría caber allí, y sin embargo representaban una ópera de capa y espada, con esgrima y desfiles. Los palcos, por dentro, estaban sucios y medio rotos, el techo parecía oprimirlo todo. Un hombre en mangas de camisa salió a encender las lámparas. La gente charlaba en voz alta, ya todos sentados. Los músicos entraron en el foso de la orquesta; sólo cabía un cuarteto. Todo dejaba sospechar lo que podría salir de aquello, pero decidí aguantar el primer acto entero. Observé a las damas a mi alrededor, ninguna de ellas me resultó atractiva, y entonces entró en el palco de al lado un hombre joven, al que había visto anteriormente en alguna soirée; me sonrió y me dio la mano, nunca hubiera pensado que nos encontraríamos allí, «aunque», susurró, «a veces se tienen vecinos de lo más agradables. ¡Con esta luz de luna es fácil conocer gente!». Siguió parloteando, algunos chistaron para que se callara, pues comenzaba la obertura. Sonó bastante penosa, y se alzó el telón. El coro consistía solamente en dos damas y dos caballeros, con un aspecto tal que parecían recién sacados de trabajar en el campo y que los hubieran encasquetado unos ropajes caballerescos.

—Nada —dijo mi vecino—, las partes de solista no están tan mal de personal. Hay un cómico que podría actuar en cualquier teatro de importancia. ¡Ay, Dios mío! —exclamó para sí mismo, cuando la reina de la pieza entró en escena con dos damas—. ¡Va a ser ella! Bueno, no doy ni medio Zwanziger por el conjunto, Jeannette es mucho mejor.

La que apareció en escena era una figura pequeña e insignificante, de rostro alargado, rasgos marcados y ojos oscuros muy hundidos. El vestido también le sentaba mal; era la pobreza presentada como reina, aunque con una dignidad que me asombró, y que destacaba enormemente en el conjunto; a una muchachita guapa le habría sentado estupendamente. Se acercó y la luz de las lámparas la iluminó... mi corazón dio un brinco, casi ni me atreví a preguntar su nombre, pensé que mis ojos me estaban engañando.

—¿Cómo se llama?

—Annunziata —me respondió mi vecino—. Cantar no sabe, y ya verá su escasa consistencia —como un veneno devorador caía en mi corazón cada una de esas palabras, yo era incapaz de moverme, mis ojos fijos en ella. Cantó; ¡no, aquella no era la voz de Annunziata! Mate, átona e insegura.

—Desde luego quedan huellas de una buena escuela —dijo mi vecino—; pero las fuerzas no le aguantan.

—No se parece nada —balbucí—; ¿es la misma Annunziata, una joven española, que deslumbró en tiempos en Roma y Nápoles?

—Ah, sí —respondió—; es ella. Hace siete u ocho años estaba en la cumbre. Entonces era joven, dicen que tenía una voz como la de Malibrán, pero ahora se le han caído los dorados: ¡en el fondo es el destino de esa clase de talentos! Durante unos cuantos años se encuentran en la plenitud; cegados por la admiración, ni siquiera se dan cuenta de que van cuesta abajo, pero no se retiran discretamente mientras aún están en la gloria, y entonces es el público el que se percata del cambio, lo que resulta de lo más lamentable. Por lo general, además, estas buenas señoras suelen llevar una vida tan disipada que todo lo que ganan se va esfumando, al principio poco a poco, luego a todo galope. ¿Quizá la vio usted en Roma? —me preguntó.

—Sí —respondí—, varias veces.

—Ha de ser un contraste bastante desagradable. Pero es lamentable sobre todo para ella misma. Dicen que perdió la voz a consecuencia de una larga, grave enfermedad, hace ya cuatro o cinco años. Pero ¿qué puede hacer el público? ¿Aplaudir a una vieja conocida? ¡Pues yo voy a ayudarles! ¡Eso alegrará a la vieja! —aplaudió con fuerza y algunos del parterre siguieron su ejemplo, pero sonó también un fuerte silbido cuando la reina abandonaba la escena. ¡Aquello era Annunziata!

—¡Fuimus Troes! —susurró mi vecino. Apareció entonces el héroe de la obra, era una muchacha muy guapa, de preciosas formas y mirada ardiente, que fue recibida con gritos de «brava!» y aplausos. ¡Los viejos recuerdos se agolparon en mi alma, el entusiasmo de los romanos con Annunziata, su cortejo triunfal, la fuerza de mi amor! ¡De modo que Bernardo la había abandonado! ¿O tal vez ella no lo amaba? Pero vi cómo inclinaba la cabeza hacia la suya, cómo apretaba los labios contra su frente. Él la había abandonado, la abandonó cuando ella enfermó y desapareció su belleza, eso era lo único que él amaba realmente.

Volvió a salir a escena; ¡qué aspecto tan avejentado y quebrantado tenía! Era un cadáver maquillado que me llenó de pavor... Me sentí furioso con Bernardo, que fue capaz de abandonarla por la pérdida de su belleza, aunque era eso, precisamente, lo que tan profundamente me hería; ¡pues el alma de Annunziata había de seguir siendo la misma de antes!

—¿Se encuentra usted mal? —preguntó mi vecino, viéndome pálido como un cadáver.

—¡Hace un calor asfixiante! —contesté, me puse en pie, abandoné el palco y salí al aire libre; vagué de nuevo por las callejuelas, mil sentimientos agitaban mi pecho, no sé por dónde fui... Me hallaba de nuevo delante del teatro, un hombre estaba quitando el cartel para colocar el del día siguiente.

—¿Dónde vive Annunziata? —le susurré al oído; se dio la vuelta, me miró y repitió:

—¿Annunziata? El Signore se referirá a Aurelia, ¿verdad? La que hacía de hombre, ¿no? Le indicaré su casa, pero aún no está lista.

—¡No, no! —respondí— Annunziata, la que cantaba el papel de la reina —el hombre me miró de arriba abajo.

—¿La flacucha? —preguntó—, bueno, creo que ésa no está muy acostumbrada a las visitas. ¡Pero tiene sus motivos! Le indicaré la casa al signore. Puede confiar en mí; pero no podrá visitarla hasta dentro de una hora, es lo que queda de la ópera.

—¡Espéreme aquí! —dije, subí a una góndola y ordené al gondolero que me llevase a dar una vuelta por donde le apeteciese. Mi alma estaba hondamente entristecida, tenía que volver a ver a Annunziata, volver a hablar con ella; ¡era desgraciada! Pero ¿qué podía hacer por ella? El dolor y la preocupación

me hacían alejarme.

Había transcurrido justo una hora cuando la góndola me dejó delante del teatro, donde estaba esperando el hombre de antes.

Por angostos y sucios callejones me llevó hasta una casa vieja y destartalada; arriba del todo, en la buhardilla, había una luz encendida, y el hombre señaló en esa dirección.

—¿Vive allí? —exclamé.

—Yo lo llevaré, Eccellenza —tiró del cordel de una campanilla.

—¿Quién es? —preguntó desde arriba una voz de mujer.

—Marco Lugano —respondió el hombre, y la puerta se abrió. Dentro, la oscuridad era total, la lamparita ante el cuadro de la Madonna se había apagado, solamente la roja mecha seguía brillando como una gotita de sangre; me acerqué al hombre. Se abrió una puerta arriba del todo, un rayo de luz llegó abajo—. Entre usted —dijo el hombre. Le puse un par de Zwanziger en la mano, él me dio las gracias mil veces y se marchó cuando yo ponía el pie en el último escalón.

—¿Hay nuevos cambios para mañana, Marco Lugano? —oí preguntar a la voz; era la de Annunziata; estaba en la puerta, con un pañuelo de seda atado sobre el cabello; una gran bata oscura colgaba suelta a su alrededor—. ¡No te caigas, Marco Lugano! —dijo, entrando en la sala; yo la seguí...

—¿Quién es usted? ¿Qué busca usted aquí? —exclamó asustada al verme.

—¡Annunziata! —exclamé con voz dolorida. Se me quedó mirando fijamente.

—¡Dios mío! —gritó, cubriéndose el rostro con las manos.

—Un amigo —balbucí—. Un conocido de antes, al que usted proporcionó alegría y felicidad, es quien la visita, quien se atreve a ofrecerle su mano —ella se quitó las manos de la cara, pálida como un cadáver, y ciertamente un cadáver parecía; sus ojos oscuros, espirituales, ardían. Annunziata había envejecido, pero aún quedaban restos de su perdida belleza, la misma mirada espiritual, nimbada de melancolía.

—¡Antonio! —exclamó, y vi lágrimas en sus ojos—. ¡Que nos encontremos así! ¡Déjame! Nuestros caminos son ya opuestos, el suyo hacia arriba, hacia la felicidad, el mío hacia abajo... ¡también hacia la felicidad! —suspiró con dolor.

—¡No me arroje de su lado! —le rogué—. ¡Vengo como amigo, como hermano, mi corazón me ha traído hasta aquí! Usted es desdichada, ¡usted, que llenó de alegría a miles, que los hizo felices!

—¡La rueda de la fortuna de muchas vueltas! —repuso—. La felicidad corteja sólo a la juventud y la belleza, pues su carro triunfal se unce el mundo, razón y corazón son los peores dones de la naturaleza, se olvidan siempre ante la juventud y la belleza, ¡y el mundo siempre tiene razón!

—Ha estado enferma, Annunziata —dije, mis labios temblaban.

—Sí, enferma, muy enferma, un año entero. ¡Pero no morí! —y continuó, con una amarga sonrisa—: la juventud murió, la voz murió y el público quedó mudo al ver estos dos cadáveres en un solo cuerpo. Los médicos dijeron que su muerte era sólo aparente, ¡y el cuerpo lo creyó! El cuerpo ansiaba vestidos y alimentos, entregó toda su riqueza para conseguirlos, durante dos largos años; luego hubo de maquillarse, aparecer ante los demás como si los muertos estuvieran aún vivos, mas aparecía en las

sombras, para que nadie se asustara, en algún pequeño teatro en el que ardían pocas lámparas, donde todo estaba en penumbra, allí se mostraba de nuevo. Pero todos se dieron cuenta de que juventud y voz eran cadáveres muertos y enterrados. Annunziata está muerta, allí cuelga el retrato de cuando estaba viva —y señaló la pared.

En el pobre cuartucho colgaba una pintura, un torso, con marco ricamente dorado, que destacaba poderosamente entre la pobreza que lo rodeaba. Era el retrato de Annunziata, representada como Dido, era su retrato, tal y como vivía ella aún dentro de mi alma, el bello rostro espiritual con el orgullo reflejado en su frente; miré a la verdadera Annunziata, que se cubría el rostro con las manos y lloraba.

—¡Déjeme! ¡Olvídese de mi existencia, igual que el mundo la ha olvidado! —me rogó, haciéndome con la mano señas de que me fuera.

—¡No puedo! —dije—; ¡no puedo dejarla así! La Madonna es buena y generosa. ¡La Madonna nos ayuda a todos!

—¡Antonio! —dijo ella, muy seria—. ¿Cómo puede burlarse de mí en mi desgracia? No, usted, como el resto del mundo, no es como yo creí una vez... Pero no lo comprendo, cuando aún todos me aclamaban, cuando el mundo se volcaba en alabanzas y halagos hacia mí, usted me abandonó, me abandonó por completo, y ahora, cuando todo aquel brillo que entusiasmaba al mundo ha desaparecido y todos me consideran un ser extraño e indiferente, viene usted, viene a visitarme...

—Usted me alejó de su lado —exclamé—; ¡me arrojó al mundo! Mi destino, las circunstancias —añadí en un tono más suave— me arrojaron al mundo —Annunziata calló, pero su mirada se quedó extrañamente fija sobre mí, pareció querer decir algo, sus labios se movieron, pero no dijo nada, un profundo suspiro brotó de su pecho, levantó la mirada pero volvió a bajarla. Se pasó las manos por la frente, era como si un pensamiento cruzara su alma, conocido sólo por Dios y por ella.

—¡He vuelto a verlo! —exclamó—. ¡Lo he vuelto a ver una vez más en este mundo! Siento que es usted una persona buena y noble... ¡Usted será más feliz que yo! El cisne ha entonado su último canto. La belleza se ha marchitado, estoy completamente sola. De la feliz Annunziata sólo queda ese retrato de la pared... ¡Tengo un ruego! No puede decirme que no. ¡Se lo pide Annunziata, la que en otro tiempo fue su alegría!

—¡Todo, se lo prometeré todo! —exclamé, apretando su mano contra mis labios.

—¡Considere como un sueño todo lo que ha visto esta noche! ¡Si nos encontramos en este mundo, no nos conocemos! ¡Y ahora nos despediremos! —me dio la mano—. ¡Nos encontraremos en un mundo mejor! ¡Aquí se separan nuestros caminos! ¡Adiós, Antonio! ¡Adiós!

Caí de rodillas, vencido por el dolor. No sé nada más, me llevó de la mano como a un niño, mientras yo lloraba como un niño.

—¡Volveré! ¡Volveré! —le dije al marcharme.

—¡Adiós! —la oí decir, pero ya no la podía ver. Todo estaba oscuro allá abajo y en la calle.

—¡Dios mío! ¡Qué infelices pueden ser tus criaturas! —gemí llorando, el sueño no llegó a mis ojos. Fue una noche de sufrimiento.

El día siguiente llegó entre mil planes que elaboraba y volvía a desechar. ¡Sentía mi pobreza! Yo no era sino un niño pobre al que habían sacado de la campiña, la libertad de mi espíritu me había atado a

las cadenas de la dependencia. Pero mi talento parecía abrirme un camino luminoso... ¿llegaría a ser más luminoso aún que el de Annunziata, y cómo acabaría? El rugiente río resplandeciente de cascadas y arcoiris acabó con las ciénagas pónicas de la miseria.

Tenía que ver a Annunziata una vez más, tenía que hablar con ella. Era dos días después de nuestro encuentro cuando volví a subir por las angostas, oscuras escaleras. La puerta estaba cerrada con llave; toqué, una abuelita abrió la puerta de al lado y preguntó si quería ver la habitación, que estaba vacía; pero aquello fue demasiado para mí.

—¿Y la cantante? —pregunté.

—Se ha marchado —respondió la anciana—. Se marchó ayer por la mañana. De viaje, creo. ¡Tenía muchísima prisa!

—¿No sabrá usted adónde iba? —pregunté.

—No, no dijo nada. Pero habrán ido a Padua o a Trieste o a Ferrara, o algún sitio por el estilo, ¡hay tantos! —abrió la puerta y me enseñó la estancia vacía.

Fui al teatro, la troupe había dado su última representación el día anterior. Ahora estaba cerrado. ¡Se ha ido! ¡La desdichada Annunziata! No fue Bernardo la causa de su desgracia, del camino que había seguido mi propia vida. Si él no hubiera existido, ella podría haberme amado y su amor habría dado mayor fuerza y perfección a mi espíritu. Si la hubiera seguido y hubiera vivido actuando de improvisador, quizá mi triunfo se habría atado al suyo. Todo había sucedido de otra forma. La pena no habría surcado su frente.

### XIII

#### **Poggio. Annunziata. Maria**

Poggio vino a visitarme, preguntó por mi abatimiento, pero no pude contarle el motivo; a nadie podía decírselo.

—Tienes una pinta como si te hubiera soplado encima un mal siroco. ¿Es del corazón de donde viene ese aire caliente? El pajarito que va ahí dentro podría quemarse, y ya que no existe el ave fénix, no es nada práctico. Tiene que echar un vuelo y salir, picotear las rojas bayas del campo y las delicadas rosas de los balcones, reclamar sus derechos; eso es lo que hace mi pájaro, y se encuentra fenomenalmente, tiene un humor excelente, con sus cantos me mete pura alegría en la sangre, en todo mi ser, de ahí mi buen humor. ¡Tú también puedes hacerlo, y tienes que hacerlo! ¡Un poeta puede tener en el pecho el pájaro adecuado, capaz de reconocer rosas y bayas, lo agrio y lo dulce, los posos y el éter!

—¡Bonita idea de lo que es ser poeta! —exclamé.

—Cristo se hizo hombre como nosotros y bajó al infierno con los condenados. ¡Lo divino debe mezclarse con lo terrenal, y de ello surgirá un fruto espléndido!... menuda conferencia es la que te estoy soltando para empezar. Claro que tenía que darte una, lo había prometido, pero creo que era sobre otro tema. Cómo es que el señor ha abandonado a sus amigos. En tres días no ha ido a casa del Podestà. ¡Eso



está feo, está muy feo por su parte! La familia está también enfadada. Tienes que ir allá hoy mismo y sujetarles el estribo como hizo Federico Barbarossa. ¡Tres días sin aparecer por casa del Podestà! ¿Pero qué te sucede?

—No me encontraba bien, no he salido...

—¡No, querido amigo, de eso nada! La otra noche estuviste viendo la ópera La regina di Spagna, donde actúa la pequeña Aurelia en el papel de un caballero, ¡un pequeño Orlando furioso! Pero esa experiencia no puede producirte canas, no es tan terrible. Sea lo que sea, hoy te vienes conmigo a comer a casa del Podestà. Estamos invitados, y he dado mi palabra de que te llevaría.

—Poggio —dijo con expresión seria—. Te diré el motivo por el que no he ido, de por qué no quiero ir con tanta frecuencia como antes —le conté que la esposa del banquero me había dicho al oído que toda Venecia hablaba de que yo quería conquistar a la bella Maria porque tenía propiedades, poseía una finca en Calabria.

—¡Baaah! —exclamó Poggio—; ¡ojalá dijeran eso de mí! ¿Y por eso no quieres ir? Sí, claro, eso dice la gente, y yo también lo creo, es de lo más natural. Pero tengamos razón o no, no es nada cortés portarse así con la familia. Maria es guapa, muy guapa, tiene buen sentido y buenos sentimientos, ¡y además la amas, eso lo he tenido siempre claro!

—¡No, no! —exclamé—; mi mente está lejos del amor. Maria tiene cierto parecido con una niña ciega que vi una vez, una niña que me agradó enormemente, tanto como puede hacerlo una criaturita. Ese parecido me ha afectado muchas veces en Maria y ha hecho que mi mirada se clavara en ella.

—Maria también estuvo ciega —dijo Poggio en tono un tanto serio—; llegó ciega de Grecia, su tío, el médico de Nápoles, la operó.

—¡Mi ciega no era Maria! —repuse.

—Tu ciega —repitió Poggio con alegría—. Aquella niña ciega era una persona especial, que hace que te fijes más en Maria para encontrar el parecido. Vamos, lo digo en sentido metafórico. ¡Es el ciego Cupido, al que conociste tiempo atrás, quien te hace mirar a Maria! ¡Reconócelo! ¡Antes de que nos demos cuenta se anunciarán los esponsales y os marcharéis de Venecia!

—¡No, Poggio! —exclamé—. ¡Me ofendes con tus palabras, nunca me casaré! El sueño de mi amor ya ha desaparecido, ¡nunca lo soñaré, no puedo! Por Dios todopoderoso y por todos los santos, nunca querré ni podré...

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo, déjate de juramentos! —gritó Poggio—. Quiero creerte, y contradiré a todo el que diga que amas a Maria y que tendríais que ser pareja. Pero no jures que no te casarás nunca, quizá la boda esté más cerca de lo que crees. ¡Podría ser que incluso este mismo año!

—¡Tu boda, quizá! —repuse—; ¡pero la mía, jamás!

—Vaya, así que crees que debería casarme —exclamó Poggio—; no, querido amigo, no tengo medios para mantener a una mujer, ese placer cuesta demasiado.

—Tu boda será antes que la mía —repuse—; tal vez Maria misma sea tuya, y mientras Venecia afirma que yo quiero su mano, es a ti a quien se la ofrece.

—¡Menudo! —respondió riendo—. No, le concedo un hombre mejor que yo. Apostemos —continuó— a que tú te casas, sea con Maria o con otra dama, te conviertes en esposo y yo sigo de solterón.

Apostemos dos botellas de champán, a beber el día de tu boda.

—¡Acepto! —respondí, sonriendo. Tuve que acompañarlo a casa del Podestà. La anciana Rosa me riñó, también el Podestà. Maria estaba en silencio, mis ojos reposaban en ella, a fin de cuentas, Venecia decía que era mi novia. ¡Rosa brindó conmigo!

—Ninguna dama debe beber a la salud del improvisador —dijo Poggio—; ha jurado odio eterno al bello sexo, no quiere casarse jamás.

—¿Odio eterno? —repuse—. Si no deseo casarme, aún puedo apreciar y valorar lo bello del sexo que anima y endulza las cosas todas de la vida.

—¡No casarse! —exclamó el Podestà—; ¡es la peor idea que ha dado a luz su genio! Pero tampoco es propio de un amigo —le dijo sonriente a Poggio— descubrir semejante secreto.

—¡Es para que sienta vergüenza! —dijo Poggio—. De otro modo, podría enamorarse fácilmente de esa idea, que es la única mala que ha tenido y, como es tan sugerente, llegar a pensar que es algo original y agarrarse a ella con uñas y dientes —bromearon a mi costa, se burlaron de mí y yo hube de mostrarme alegre; sacaron exquisitos platos y magníficos vinos. Pensé en la pobreza de Annunziata y en que quizá estaría pasando hambre.

—Ha prometido leernos obras de Silvio Pellico —dijo Rosa al despedirnos—; no lo olvide y venga a vernos todos los días, nos tiene acostumbrados a su presencia y nadie en toda Venecia sabe apreciarla más.

Fui, fui con mucha frecuencia, porque me percataba del aprecio que me tenían. Aproximadamente un mes después de mi última conversación con Poggio no había conseguido averiguar nada de Annunziata, tenía que conformarme con que la casualidad me permitiese reencontrar el hilo perdido. Una tarde, estaba en casa del Podestà, Maria me pareció extrañamente pensativa, su rostro expresaba vivo dolor. Había estado leyendo para Rosa y ella y, durante la lectura, ya tuve la sensación de que estaba pensando en otra cosa. Rosa abandonó la estancia; jamás había estado a solas con Maria, un presentimiento extraño, inexplicable, de que algo malo me iba a suceder, llenó mi pecho. Intenté comenzar una conversación sobre Silvio Pellico, sobre la influencia de su vida política sobre su espíritu literario.

—¡Señor abate! —me interrumpió, parecía no haber prestado atención alguna a mis palabras, toda su mente parecía dirigida a un único objeto—. ¡Antonio! —prosiguió con voz temblorosa y las mejillas encendidas—. ¡Tengo que hablar con usted! ¡He dado a una persona moribunda mi palabra de honor de que lo haría! —se detuvo; yo callé, emocionado por aquellas pocas palabras—. A fin de cuentas, no somos dos extraños —dijo—, pero este es un momento espantoso para mí —se quedó pálida como un muerto.

—¡Dios mío todopoderoso! —exclamé—; ¿qué ha sucedido?

—Los extraños designios de Dios me han arrastrado a los avatares de su vida, me han hecho partícipe de un secreto, de una relación que nadie debería conocer. Pero mis labios están sellados, se lo prometí a la moribunda y no se lo he contado ni siquiera a la buena de Rosa —sacó un pequeño paquete—. Esto es para usted; es lo que prometí entregarle. Hace dos días que lo tengo, no sabía cómo cumplir mi promesa, ahora ya está. ¡Calle, como haré yo para siempre!

—¿Quién lo envía? —pregunté—. ¿No puedo saberlo?

—¡Dios mío! —dijo Maria, y abandonó la estancia.

Me fui a casa a toda prisa y abrí el paquete. Había una serie de papeles sueltos; en el primero distinguí mi propia letra, una breve estrofa escrita a lápiz; pero debajo, con tinta, tres cruces negras, como si se tratase de una lápida funeraria. Era el poema que lancé mucho tiempo atrás a los pies de Annunziata, la primera vez que la vi. «¡Annunziata!» —exclamé en un profundo suspiro—. «¡Santa Madre de Dios! ¡Lo envía ella!» Entre los papeles había una nota lacrada, en la que decía: «¡Para Antonio!», y desgarré el lacre... sí, era de ella. Me pareció que la mitad había sido escrita la misma noche en que fui a su casa; las líneas de abajo parecían más recientes, estaban escritas con mano temblorosa. Leí:

«¡Te he visto, Antonio! ¡Te he visto una vez más! Era mi único deseo, y sin embargo temía ese instante como se teme a la muerte que, empero, trae la felicidad. Hace sólo unas pocas horas que te vi; cuando leas esto habrán pasado meses, pero no mucho más. Dicen que quien se ve a sí mismo ha de morir al poco. Tú eras la mitad de mi alma. Sólo en ti pensaba, ¡y te he visto! Tú me has visto en mi felicidad y en mi miseria. Tú fuiste el único que aún reconocía a la pobre, olvidada Annunziata... Pero lo merecía, Antonio. Ahora puedo decírtelo, porque cuando leas esto ya estaré muerta. Te amaba, te he amado desde mis días felices hasta mis últimos instantes. La Madonna no quiso que nos uniéramos en este mundo y nos separó. Yo sabía ya de tu amor antes de que lo confirmara aquella noche desdichada en que el disparo golpeó a Bernardo. Mi dolor por la desgracia que nos separó y la enorme pena que me destrozaba el corazón ataron mi lengua, oculté el rostro junto al cuerpo del difunto y te fuiste y nunca volví a verte. Bernardo no estaba herido de muerte, no me separé de él hasta que tuve completa seguridad de ello. ¿Aquello despertó en tu alma dudas sobre mi amor por ti? No sabía dónde estabas, no conseguí averiguarlo. Algunos días más tarde vino a verme una extraña anciana y me entregó un papel en el que habías escrito “me voy a Nápoles”. Tu nombre estaba debajo, y la anciana me dijo que necesitabas pasaporte y dinero; hice que Bernardo se los pidiera a su tío, el senador. Mi deseo fue una orden, pues mis palabras tenían la fuerza de conseguir cualquier cosa que yo deseara. ¡Y Bernardo también estaba triste por tu causa! Se recuperó por completo, y me amaba, creo que me amaba de verdad; pero sólo tú ocupabas mi mente. Se fue de Roma. Yo tenía que ir a Nápoles, la enfermedad de mi vieja amiga me obligó a permanecer un mes en Mola di Gaeta. Cuando llegamos por fin a Nápoles, oí hablar de un joven improvisador, Cenci, que había actuado en el teatro la noche misma de mi llegada... tuve el presentimiento de que eras tú... tuve el total convencimiento. Mi anciana amiga te escribió al momento, no mencionó nuestros nombres pero sí el lugar donde vivíamos... No acudiste. Volvió a escribir, de nuevo sin nombre, pero tú deberías haberte dado cuenta de quién lo enviaba. Escribió: “¡Ven, Antonio! El espanto del último desdichado instante que pasamos juntos, ya está superado. ¡Ven pronto! Considéralo un malentendido. Todo puede acabar bien, ¡no te demores ni un instante en venir!”. ¡Pero no viniste! Conseguí saber que habías leído las cartas y que habías regresado a Roma enseguida. ¿Qué podía pensar? ¡Que tu amor había desaparecido! ¡Yo también tenía mi orgullo, Antonio! El mundo había hecho vanidosa mi alma. No te olvidé, renuncié a ti y sufrí por ello. Mi anciana amiga murió, y poco después su hermano; se habían portado conmigo como padres, yo estaba completamente sola en el mundo, pero era su favorita, era joven y bella, deslumbrante en mi canto. ¡Fueron los últimos años de la vida! Enfermé durante el viaje a Bolonia, una enfermedad grave, mi corazón padecía. Antonio, ignoraba que tú albergaras sentimientos de amor hacia mí, que un día, cuando hubiera desaparecido toda la felicidad de este mundo, volverías a besar mi frente... Estuve enferma durante un año; la escasa fortuna que había conseguido reunir a lo largo de los dos años en que fui cantante desapareció. Era pobre, doblemente pobre, pues mi voz había desaparecido, la enfermedad

me había privado de todas mis fuerzas. Transcurrieron siete largos años... y entonces nos encontramos... ¡Has visto mi pobreza! Seguramente oíste cómo silbaban a la Annunziata que un día fue llevada en triunfo por las calles de Roma. Tan amarga como mi destino es ya mi mente... Viniste a verme, fue como si cayera el velo que oscurecía mis ojos. Lo sentí con toda claridad: me amabas de verdad. ¡Yo te arrojé al mundo, me dijiste, pues no sabías cómo te amaba yo también, cuánto te ansiaban mis brazos! ¡Te he visto, tus labios han ardido en mis manos como en aquellos tiempos felices! Estamos separados, yo estoy sola otra vez en mi cuartito, mañana lo abandono, ¡quizá también Venecia! No te preocupes por mí, Antonio, la Madonna es buena y misericordiosa. Piensa en mí con cariño, es la muerta la que te lo pide, Annunziata, a la que amaste y que ahora te espera... en el cielo.»

Un río de lágrimas brotó de mis ojos al leer aquellas líneas, era como si mi corazón quisiera disolverse en llanto. La segunda parte de la carta había sido escrita muy pocos días atrás. Era su última despedida.

«Mi desgracia se acerca a su fin. ¡Gracias sean dadas a la Madonna por las alegrías que me concedió, alabada sea también por las penas!... La muerte está en mi corazón. La sangre escapa de él. Sólo una vez más y todo habrá terminado. Me han dicho que la muchacha más noble y bella de Venecia es tu novia. Sed felices, este es el último deseo de la moribunda. No sabía a quién podía encomendar estas líneas, mi último adiós, sólo a ella; vendrá, me lo dice mi corazón, a la que está en el último escalón que separa la vida de la muerte, un noble corazón femenino no rechazará darle la última gota refrescante. ¡Vendrá a verme! ¡Adiós, Antonio! Mi última plegaria en el mundo, la primera en el cielo, es para ti, para ella, que será para ti lo que yo nunca pude ser, la gloria del mundo fue la causante; tal vez nunca habrías llegado a ser feliz conmigo, de otro modo, la Madonna jamás nos habría separado. ¡Adiós! ¡Adiós! Siento la paz en mi corazón, mi dolor ha pasado, ¡la muerte está cerca! ¡Rezad por mí, Maria y tú!

Annunziata.»

El dolor más profundo carece de palabras... atónito, hundido, mis ojos clavados en aquella carta que estaba ya húmeda de mis lágrimas. ¡Annunziata me amaba! Ella fue el espíritu invisible que me condujo hasta Nápoles, la carta era de ella, no de Santa, como creí. Annunziata había estado enferma, sumergida en la pobreza y la miseria, y ahora estaba muerta, ¡muerta para siempre!... Aquella breve nota que entregué a Fulvia, y en la que había escrito «me voy a Nápoles», y que ella había llevado a Annunziata, estaba en el montón de cartas, así como una carta de Bernardo en la que se despedía de ella y la informaba de su determinación de abandonar Roma para prestar servicio en el extranjero, aunque no decía dónde. Aquel paquetito de cartas se lo había dado a Maria para mí, se había referido a ella como mi novia; aquellos hueros rumores habían llegado también hasta Annunziata y los había creído, había llamado a Maria para que acudiera a su lado. ¿Qué le habría dicho? Recordaba el miedo con que me habló Maria, y ahora sabía cómo nos juzgaba Venecia. Yo no tenía valor para hablar con ella, pero debía hacerlo, pues había sido mi ángel bueno y el de Annunziata.

Tomé una góndola y al poco me encontraba en la estancia en la que estaban Rosa y Maria con sus labores. Maria estaba cohibida, yo no tenía valor para decir la única cosa que tenía ocupada mi mente, respondí distraído a sus preguntas, la pena atenazaba mi alma; Rosa me tomó entonces la mano y dijo:

—¡Usted tiene una gran pena! ¡Tenga confianza en nosotras! ¿No vamos a poder consolar a un amigo de verdad y sufrir con él?

—¡Ya lo saben todo! —exclamé, y mi dolor se sintió un poco aliviado.

—¡Maria quizá! —respondió Rosa—. Pero yo no sé prácticamente nada.

—¡Rosa! —dijo Maria con voz suplicante, y le cogió la mano.

—¡No, para usted no tengo secretos! —dije—. Lo contaré todo. También me servirá de bálsamo —y les hablé de mi pobre infancia, de Annunziata y de mi huida a Nápoles; pero al ver ante a mí a Maria con las manos juntas, en una postura que habría podido ser de Flaminia, y que adoptaba ante mí otra criatura más, callé. De Lara, de la imagen onírica de la gruta, no me sentía con ánimos de hablar en presencia de Maria, además de que no formaba parte de la historia de Annunziata. Pasé enseguida a nuestro encuentro en Venecia y a nuestra última conversación. Maria se cubrió el rostro con las manos y lloró. Rosa callaba.

—¡No sabía nada de eso, nada en absoluto! —dijo—. Del Hospital de las Hermanitas llegó una carta para Maria, una moribunda le rogaba por todo lo que más quisiese, por su propio corazón, que fuera a verla. La acompañé en la góndola, pero tuvo que entrar sola, yo me quedé con las hermanas mientras ella acudía al lecho de la moribunda.

—¡Vi a Annunziata! —dijo Maria—. Ya le he dado lo que me pidió que le entregara.

—¿Y qué dijo? —la interrumpí.

—Dale esto a Antonio, el improvisador, pero sin que nadie te vea —habló de usted, habló como puede hablar una hermana, como puede hablar un espíritu bueno... y vi sangre... sangre en sus labios... cerró los ojos para morir y... Maria se deshizo en llanto.

En silencio apreté su mano contra mis labios, le di las gracias por su piedad y su ternura al acudir a la llamada de Annunziata. Las dejé, entré en la iglesia y recé por la difunta...

Jamás he sentido mayor intimidad y amistad que en aquel instante, en casa del Podestà; yo era un hermano querido para Rosa y Maria, hasta el menor de mis deseos sabían sonsacarme; hasta en los más mínimos detalles descubría su afecto.

Visité la tumba de Annunziata. El cementerio era un arca flotante, de altos muros, que se agitaba en el agua, la isla con el jardín de la muerte. Una superficie verde con muchas cruces negras se abría ante mis ojos. Hallé la tumba que buscaba. ANNUNZIATA era la única inscripción. Sobre la cruz colgaba una fresca, hermosa corona de verde laurel, seguramente un regalo de Rosa y Maria. Se lo agradecí. ¡Qué bella era Maria en su dulzura, qué asombrosa semejanza tenía con Lara, mi imagen de la belleza, cuando cerraba los ojos! Se me ocurrió pensar lo incomprensible que era el ser humano.

En esos días llegó una carta de Fabiani; se extrañaba de que llevara ya cuatro meses en Venecia, opinaba que no debería pasar más tiempo en esa ciudad, sino que habría de visitar Milán o Génova; pero la decisión la dejaba en mis manos, podía hacer lo que mejor me pareciese. Y a fin de cuentas, qué me retenía en Venecia, era la ciudad de mi pena, como tal me había saludado a mi llegada, el mejor sueño de mi vida se había deshecho en lágrimas. Maria y Rosa son mis queridas hermanas, Poggio, un amigo caro y leal, no encontraré otros como ellos pero hemos de separarnos, seguir aquí sólo servirá para alimentar mi dolor. ¡Sí, fuera, fuera! Esta es mi decisión. Quería preparar a Rosa y a Maria; tenían que saberlo. Esa noche estaba en el gran salón de su casa, el balcón daba al canal. Maria quería que un criado encendiese la lámpara, pero Rosa opinaba que se estaba mejor a la clara luz de la luna. El naranjo exhalaba fuerte aroma.

—¡Canta para nosotros, Maria! —dijo Rosa—. Canta esa canción tan bonita que has aprendido

sobre los trogloditas. ¡Que la oiga Antonio!

En notas extrañamente blandas cantó Maria una calladísima canción de cuna. Texto y melodía se fundían y expresaban al corazón y la mente el hogar de la belleza bajo las olas claras como el éter.

—¡Hay algo tan espiritual, tan transparente en esa canción! —dijo Rosa.

—¡Así debe de manifestarse el espíritu sin cuerpo! —exclamé yo.

—¡Así flota la belleza del mundo para el ciego! —dijo Maria en un suspiro.

—Pero ¿no es igual de bello cuando los ojos se abren? —preguntó Rosa.

—¡No es tan bello, pero al mismo tiempo es más bello! —respondió Maria.

Rosa contó entonces lo que ya me había dicho Poggio, que Maria estuvo ciega, y que su hermano le había regalado la luz de los ojos. Maria pronunció el nombre de él con amor y gratitud, me contó de una manera muy infantil sus ideas sobre el mundo que la rodeaba, el cálido sol, las personas, las anchas hojas de los cactus y los grandes templos.

—¡En Grecia hay más que aquí! —exclamó de repente, interrumpiendo su relato—. Me imaginaba los colores como la belleza y la fuerza de las notas —continuó—. Las violetas son azules, el mar y el cielo son también azules, me contaban; del aroma de las violetas aprendí lo bellos que tendrían que ser el cielo y el mar. ¡Cuando los ojos del cuerpo están muertos, los ojos del alma ven con mayor claridad aún! El ciego aprende a creer en un mundo espiritual. Todo lo que observa se manifiesta a partir de él.

Pensé en Lara, con el ramillete de azules violetas en sus negros cabellos, el aroma del naranjo me llevó también a Paestum, donde crecen las violetas y los alhelíes encarnados en torno a las ruinas de los templos. Hablamos de la inmensa belleza de la naturaleza, del mar y de las montañas, y Rosa sintió añoranza de su hermosa Nápoles. Entonces les conté que mi partida estaba cercana, que abandonaría Venecia en pocos días.

—¿Piensa abandonarnos? —dijo Rosa, apenada—. ¡Nunca lo hubiera pensado!

—¿No volverá nunca a Venecia? —preguntó Maria—. ¿No volverá para ver a sus amigos?

—Sí, claro que volveré —y aunque ese no era mi plan, en absoluto, les aseguré que desde Milán regresaría a Roma y Venecia; pero ¿lo creía yo mismo? Había estado en la tumba de Annunziata, cogí una hoja de la corona y la guardé como si no fuera a regresar jamás. Y era la última vez que acudiría allí. Lo que guardaba la tumba era sólo polvo, en mi corazón estaba grabada la belleza y en la Madonna moraba el espíritu al que retrataba. La tumba de Annunziata y la salita en la que Rosa y Maria me dieron la mano como despedida, vieron sólo mi llanto y mi tristeza.

—¡Busque una mujer decente que pueda superar el quebranto de su corazón! —me dijo Rosa en la despedida—. Y tráigala alguna vez para que la abraze, sé que la querré como usted me ha enseñado a amar a Annunziata.

—¡Vuelva! —dijo Maria. Le besé la mano, sus ojos reposaban entristecidos en los míos. El Podestà trajo una espumeante copa de champán y Poggio entonó una alegre canción de viaje sobre la rueda que gira y el canto de los pájaros, libres en la naturaleza. Me acompañó en la góndola hasta Fusina. Las damas se despidieron desde el balcón agitando pañuelos blancos. ¡Cuántas cosas sucederían antes de que volviésemos a vernos! Poggio estaba exageradamente alegre, pero tuve la sensación de que había en su alegría algo artificial. Me estrechó con fuerza entre sus brazos y dijo que teníamos que escribirnos

con frecuencia.

—Y me hablarás de tu preciosa novia y no te olvidarás de la apuesta.

—¿Cómo eres capaz de bromear en estos momentos? —respondí—. ¡Conoces mi decisión!

Nos despedimos.

## XIV

### **Curiosidades de Verona. Catedral de Milán. Encuentro junto al arco de triunfo de Napoléon. Sueño y realidad. La gruta azul**

El coche se alejaba. Vi el verde río Brenta, los sauces llorones, las hermosas villas y los lejanos montes; al atardecer llegué a Padua. La iglesia de San Antonio con sus siete orgullosas cúpulas me saludó a la clara luz de la luna. Los soportales de las calles estaban rebosantes de vida y alegría, pero me sentía extranjero y solo. A la luz del sol, todo me resultó aún más desazonante. «¡Fuera, más lejos! La vida del viajero conforta y aleja las penas», pensé, y las ruedas rodaron.

Todo era una gran llanura, pero de feraz verde, igual que las ciénagas pontinas. Los altos sauces llorones colgaban como grandes cascadas sobre los canales, alrededor se alzaban altares con sagradas imágenes de la Madonna, algunas descoloridas ya por el tiempo, incluso las paredes sobre las que estaban pintadas eran pura ruina, pero en algunos lugares aparecían también imágenes recién pintadas de la Madre y el Niño. Me di cuenta de que el cochero se levantaba el sombrero únicamente ante las nuevas, y que parecía no darse cuenta siquiera de la presencia de las viejas y despintadas. Aquello me impresionó más de lo normal. ¡Tal vez le daba más significado del que tenía realmente! Incluso lo santo, lo puro, el retrato de la Madonna misma, eran olvidados y pasados por alto porque sus colores terrenales habían perdido su lustre.

A través de Vicenza, donde la luz del arte de Palladio fue incapaz de llegar al fondo de mi entristecido corazón, llegué a Verona, la primera de aquellas ciudades que me agradó. El anfiteatro me llevó de nuevo a Roma, me recordó el Coliseo, del cual era una reproducción a pequeña escala, más nítida y menos arrasada por los bárbaros. Las espaciosas arcadas se utilizaban como almacenes y, en medio de la arena, habían instalado, con tablas y lonas, una pequeña barraca de feria en la que, según me contaron, ofrecía sus representaciones una pequeña troupe. Fui allí por la noche; los veroneses estaban sentados en las mismas gradas de piedra del anfiteatro en las que se sentaban sus antepasados. En el teatrillo representaban *La Cenerentola*. Era la troupe a la que pertenecía Annunziata. Aurelia interpretó el papel protagonista de la ópera. El conjunto fue penoso, lamentable. El viejo teatro de la antigüedad era como un gigante frente a aquella insignificante barraca. Un contrabajo enmudecía a los pocos instrumentos, el público aplaudió y llamó a escena a Aurelia. Me marché a toda prisa. En el exterior, todo estaba en calma. El inmenso edificio proyectaba una ancha, oscura sombra frente a la poderosa luz de la luna.

Me hablaron de las familias de los capuletos y los montescos, cuya pugna separó dos corazones enamorados, a quienes la muerte volvió a unir: la historia de Romeo y Julieta. Me condujeron al Palazzo Capuleti, donde Romeo vio a Julieta por primera vez y bailó con ella. Ahora, la casa era un albergue para viajeros. Subí por la escalera por donde entró Romeo a hurtadillas para encontrar amor y muerte.

La gran sala de baile seguía teniendo en las paredes cuadros descoloridos y las grandes ventanas llegaban al suelo, pero alrededor todo estaba cubierto de heno y paja, a lo largo de las paredes había cubos de cal y en los rincones colgaban arneses y aperos de labranza. Aquí danzaban en tiempos las más nobles familias de Verona al son de ondeantes notas, aquí soñaron Romeo y Julieta el breve sueño del amor; sentí en lo más hondo el vacío de los oropeles terrenales, sentí que Flaminia había elegido el mejor de los caminos y que Annunziata había alcanzado ya su meta, y alabé a mis felices difuntas.

Mi corazón palpitaba como si tuviera fiebre, no conseguía reposo alguno. ¡A Milán!, pensé, allí hallaré mi hogar, y hacia allá me dirigí. Llegué a finales de mes. No, se estaba mucho mejor en Venecia, era una ciudad mucho más hogareña. Me sentía solo y no conseguía conocer a nadie, ni siquiera pude entregar las muchas cartas de recomendación que se me habían proporcionado.

El inmenso teatro con sus palcos como estanterías de seis pisos, una sobre otra, todo aquel enorme espacio que sólo rara vez se llenaba al completo, me resultó un tanto vacío y al tiempo opresivo. Estuve allí una vez y oí el Torquato Tasso de Donizetti. Cantó la más glorificada cantante, a la que hicieron salir una y otra vez a escena con los aplausos, sonriente en su triunfo, pero pensé que, como hechicero de las desdichas, podía predecirle un futuro lleno de miseria y le deseé que muriera en aquel instante de belleza y felicidad: el mundo lloraría por ella, no ella por el mundo. Unos niños preciosos danzaron en el ballet, mi corazón sangró al contemplar su belleza. Nunca más volví a La Scala.

Paseaba solitario por la gran ciudad a través de las calles en sombra, solitario permanecía en mi habitación, comencé a escribir una tragedia: Leonardo da Vinci. Pues Leonardo había vivido allí, y allí vi su inmortal Última Cena. La historia de su desgraciado amor, de su amada, que un convento separó de él, la veía reflejada en mi propia vida. Pensé en Flaminia, en Annunziata, y escribí lo que se agitaba dentro de mi corazón. Pero echaba de menos a Poggio, echaba de menos a Maria y a Rosa. Mi corazón añoraba sus atenciones y su amistad. Escribí, pero no recibí respuesta, tampoco Poggio honraba sus promesas de correspondencia, de amistad, era como todos éstos a los que llamamos amigos y a los que nos sentimos aún más atados en la despedida. Iba diariamente a la Catedral de Milán, aquella peculiar mole de mármol que parece casi arrancada de los campos de Carrara. A la clara luz de la luna vi la iglesia por primera vez; destacaba, deslumbrantemente blanca, su parte superior en el cielo infinitamente azul que la rodeaba; mirase donde mirase, aparecían figuras de mármol por cualquier esquina, en cada pequeña torre, de las que el edificio entero está abarrotado. Su interior me deslumbró más aún que San Pedro de Roma; la extraña oscuridad, el velo de luz que penetraba por las vidrieras de color... ¡sí, era una iglesia de Dios! Llevaba ya un mes en Milán cuando subí por primera vez al tejado de la iglesia, el sol ardía en la brillante superficie blanca sobre la que se erguían las torres como iglesias y capillas sobre una enorme plaza de mármol. Milán yacía a mis pies, muy abajo; alrededor se dejaban ver nuevas estatuas, santos y mártires, que mis ojos no conseguían ver desde la calle. Estaba en lo más alto, al lado de la imponente estatua de Cristo que corona el gigantesco edificio. Hacia el norte estaban los altos, oscuros Alpes, hacia el sur los bajos, azulados Apeninos, entre éstos había una inmensa planicie verde, que era la llana campiña de Roma, transformada en jardín florido. Miré hacia el este, donde debería estar Venecia. Una bandada de aves migratorias, en larga fila, como una cinta ondeante, se dirigía hacia allá, pensé en las personas queridas que allí tenía, en Poggio, en Rosa y Maria, y una dolorosa añoranza despertó en mi pecho, y hube de recordar el viejo relato que escuché de niño cuando, con mi madre y Mariuccia, me iba ya del lago de Nemi, donde vimos el ave de presa y donde había aparecido Fulvia; Angelina nos habló de la pobre Teresa de Olevano, que se marchitaba de pena y añoranza por el esbelto Giuseppe, obligado a emigrar al norte, a las montañas; cómo la vieja Fulvia coció hierbas en una marmita de cobre y las dejó cocer varios días sobre las brasas hasta que Giuseppe



se vio dominado por la añoranza y volvió a casa, sin poderlo evitar, marchando día y noche, sin pausa ni reposo, hasta el lugar mismo donde hervía la marmita con sus hierbas sagradas y un mechón de pelo de él y otro de Teresa. Sentí en mi pecho esa fuerza mágica que me arrastraba, los montañeses lo llamaban morriña, pero eso no podía ser lo que me sucedía a mí, pues Venecia no era mi hogar. Estaba muy alterado, me sentía enfermo y descendí del tejado de la iglesia. En mi habitación había una carta para mí, era de Poggio... por fin una carta. Al parecer había escrito otra anteriormente, que no me había llegado. Todo seguía en Venecia igual de bien y de feliz, aunque Maria había estado enferma, muy enferma, todos se quedaron angustiados y preocupados, ahora ya había pasado lo peor, estaba de nuevo en pie, aunque aún no se atrevía a salir a la calle. Y Poggio aprovechaba para meterse conmigo, preguntaba si aún no había cazado alguna milanese, me pedía que no olvidase el champán y nuestra apuesta. La carta entera era tan alegre, tan jocosa, completamente opuesta a mi estado de ánimo, y sin embargo me agradó; era ciertamente como estar viendo al feliz, al chistoso de Poggio. ¡Cómo juzga el mundo! Dicen que sufre una profunda pena secreta, que su alegría no es sino un disfraz de carnaval... ¡cuando esa es su auténtica naturaleza! Dicen que Maria es mi novia, pero mi corazón está muy lejos de sostener semejante idea; la añoraba, igual que añoraba a Rosa, pero nadie decía que amase a Rosa. ¡Oh, si estuviera en Venecia! ¡No aguanto más aquí! Y volvía a burlarme de aquella extraña voz en mi pecho. Para distraer mis pensamientos salí por la Piazza d'Armi hacia el arco triunfal de Napoleón: Porta Sempione era el nombre que le daban. Allí había trabajadores en plena faena; entré por la portecilla de la baja tarima de planchas que rodea todo el monumento inacabado, dos nuevos caballos de mármol permanecían todavía en el suelo, la hierba crecía muy alta sobre los pedestales; alrededor, bloques de marcos y capiteles esculpidos.

Un forastero llevaba un guía y anotaba en un libro las peculiaridades que le contaba; era un hombre que aparentaba unos treinta años; pasé delante de él, llevaba dos condecoraciones napolitanas, levantó la vista hacia el arco y lo reconocí: era Bernardo. Él también me vio, corrió hacia mí, me abrazó y rio a carcajadas:

—¡Antonio, gracias por tu despedida! ¡Fue un auténtico adiós, con cohetes y efectos de toda clase! Pero aún seguimos siendo amigos, ¿verdad?

Un frío gélido me recorrió la sangre.

—¡Bernardo! —exclamé—; ¡que volvamos a vernos en el Norte, justo a los pies de los Alpes!

—Sí, y yo acabo de llegar de los Alpes. ¡De ver glaciares y avalanchas! He visto el fin del mundo encima de esas frías montañas —y me contó que durante el cálido verano había estado en Suiza. Los oficiales alemanes de Nápoles le habían contado tantas cosas sobre la magnificencia de Suiza, y además no era más que una breve travesía en el vapor de Nápoles a Génova, así que había estado en el valle de Chamonix, había ascendido el Montblanc y el Jungfrau, al que llamó la bella ragazza—. ¡Es la más fría que conozco!

Fuimos juntos hasta el nuevo anfiteatro y después a la ciudad; me contó que se marchaba a Génova, quería visitar a su novia y a los padres de ésta, estaba a punto de convertirse en un marido decente, me invitó a ir con él y luego me susurró al oído, riendo:

—¡No le digas nada de mi avecilla domesticada, de nuestra pequeña cantante, o de todas esas historias! Ahora sabes ya que son cosas propias de un corazón joven; a mi novia podría darle dolor de cabeza, y me parece demasiado para la pobre.

Me resultó imposible mencionar ante él el nombre de Annunziata; tenía la sensación de que él nunca la había amado tanto como yo.

—¡Vente conmigo! —exclamó—. Génova tiene chicas bonitas, y ahora tú ya eres viejo y razonable y tendrás sentido suficiente para apreciarlas. Nápoles te educó, ¿verdad que sí? Viajaremos dentro de tres días. ¡Vente conmigo, Antonio!

—Pero es que me voy mañana —dije sin querer; nunca lo había pensado, pero ya estaba dicho.

—¿Adónde? —preguntó.

—A Venecia —respondí.

—Puedes cambiar de plan —insistió, y añadió nuevos argumentos. Le aseguré durante tan largo rato la necesidad de mi partida, que yo mismo me convencí de que precisaba marcharme. No hallaba descanso ni reposo y lo organicé todo para la partida, como si se tratara de una determinación tomada mucho tiempo atrás.

Era un guía invisible, la inextricable providencia de Dios, lo que me alejaba de Milán. Era incapaz de dormir por las noches; me pasaba en la cama unas horas entre breves, terribles sueños febriles, o en enfermiza vela. ¡A Venecia!, gritaba la voz que habitaba en mi pecho.

Vi por última vez a Bernardo, le pedí que saludara a su novia de mi parte y me alejé, regresé a toda prisa al lugar del que había partido dos meses antes.

Algunas veces me venía la idea de que había ingerido algún veneno que hacía fermentar mi sangre. Un miedo inexplicable me hacía irme... ¿Qué me depararía el futuro? Me acerqué a Fusina, vi de nuevo Venecia con sus muros grises, la torre de San Marcos y las lagunas, y entonces desaparecieron al instante mi extraña intranquilidad, mi añoranza y mi angustia, y brotó un nuevo sentimiento, ¿cómo podría llamarlo? Vergüenza de mí mismo, insatisfacción, descontento. No entendía lo que pretendía hacer allí, sentía la torpeza de mi comportamiento, y pensaba que todos se darían cuenta y se burlarían de mí: «¿A qué vienes otra vez a Venecia?».

Fui a mis aposentos, me cambié de ropa a toda prisa, tenía que visitar de inmediato a Rosa y Maria, por cuya causa me sentía extenuado y compungido. ¿Qué dirían de mi llegada?

La góndola se acercaba al palacio. Qué extraños pensamientos pueden brotar de un pecho humano. ¿Y si llegaba en medio de la diversión y la fiesta? ¿Y si Maria era ahora una novia? ¿Y si se estaba celebrando la boda? Pero si no la amaba, me lo había dicho mil veces a mí mismo, mil veces se lo había asegurado a Poggio y a todo el que había expresado semejante idea.

Vi de nuevo los muros de tonos gris verdoso, las altas ventanas, y mi corazón palpité de añoranza. Entré; serio y mudo abrió la puerta el criado, no dejó traslucir extrañeza alguna por mi llegada, era como si su mente estuviera ocupada en algo completamente distinto.

—El Podestà está siempre para usted, Signore —me dijo.

En la gran sala reinaba un silencio sepulcral, las cortinas estaban corridas. Allí vivió Desdémona, pensé, tal vez sufrió, y sin embargo el sufrimiento de Otelo fue mucho más espantoso. ¡Cómo pude ponerme a pensar en aquella antigua historia! Fui a los aposentos de Rosa, también allí estaban bajadas las cortinas, todo estaba en penumbra, y volví a sentir aquella extraña angustia que me había acompañado durante todo el viaje y me había hecho regresar a Venecia. Un temblor recorrió todos mis

miembros, hube de buscar apoyo. Llegó entonces el Podestà, me estrechó en sus brazos, alegre de volver a verme. Pregunté por Rosa y Maria... y entonces tuve la sensación de que se ponía muy serio.

—No están —dijo—; han hecho un viajecito a Padua con otra familia. Volverán mañana o pasado.

No sé por qué, pero dudé de sus palabras, quizá fuera la fiebre de mi sangre, la terrible fiebre creada por mi dolor y que ahora se acercaba a su madurez para salir a la superficie. Pues aquello era lo que había influido sobre mi estado de ánimo, lo que se había cernido sobre mí durante todo el viaje, hasta el regreso. En la cena eché de menos a Rosa y Maria; el Podestà tampoco era el de siempre. Dijo que era una cuestión legal lo que lo tenía preocupado pero, aparte de eso, no había nada de importancia.

—Tampoco hay forma de encontrar a Poggio. Todas las desgracias se juntan y usted está enfermo. ¡Pues vaya velada tan divertida! ¡A lo mejor el vino consigue ponernos de mejor humor!... ¡Pero si está usted totalmente pálido! —gritó de pronto, y yo tuve la sensación de que todo daba vueltas a mi alrededor. Me sumergí en un estado de inconsciencia.

Era fiebre, una violenta fiebre nerviosa.

Sólo recuerdo que desperté en una acogedora estancia en penumbra; el Podestà estaba sentado a mi lado, dijo que me quedaría en su casa y que enseguida me recuperaría. ¡Rosa se ocuparía de mí! A Maria ni siquiera la mencionó.

Mi existencia era una duermevela. Más tarde supe que las damas habían vuelto; pronto podría verlas; y vi a Rosa, pero estaba triste, me pareció que lloraba y no podía ser por mí, puesto que yo me sentía ya más fuerte. Llegó la tarde, por todas partes reinaba un angustioso silencio, pero había movimiento; nadie respondía con claridad a mis preguntas, mis oídos eran agudos y noté que muchas personas se movían en la sala del piso de abajo, se escuchaba el ruido de los remos de muchas góndolas; y como estaba adormilado, tuve la certeza: todos me creían dormido. ¡Maria había muerto! Poggio me había informado de su enfermedad y afirmaba que se había recuperado, pero una recaída le había causado la muerte. Aquella tarde era su entierro, pero me lo ocultaban. Ahora estaba en el mundo de los espíritus, en el mundo al que siempre había pertenecido. ¡Seguramente, Rosa habría adornado su ataúd con violetas! Ella amaba tanto aquellas azules, aromáticas flores, ahora dormía entre ellas. Estaba acostado, inmóvil, como en un sueño de muerte, y oí a Rosa dar gracias a Dios. También ella se fue, no había nadie más en la habitación, era ya noche oscura, sentía que mis fuerzas volvían con extraño vigor. En la Iglesia Dei Frari estaba la tumba familiar del Podestà; allí estaría esa noche la difunta, delante del altar. Tenía que verla... me levanté... la fiebre había desaparecido... me sentía fuerte... me eché la capa por encima... nadie debía verme... subí a la góndola. No pensaba sino en la difunta... la puerta de la iglesia estaba cerrada, pues el Avemaría había pasado hacía ya mucho... Llamé a la puerta del sepulturero; me conocía, pues me había visto en la iglesia con el Podestà, me había enseñado las tumbas de Canova y Tiziano.

—¿Quiere ver a la difunta? —preguntó, adivinando mi propósito—; está al lado del altar, en el ataúd abierto, mañana la sepultaremos en la capilla —encendió la lámpara, sacó sus llaves y abrió una puertecita lateral; nuestros pasos resonaban en la alta cúpula silenciosa. Se quedó atrás, y lentamente atravesé el largo corredor silencioso; delante del cuadro de la Madonna y en los altares ardían lámparas, pero todo parecía mate y oscuro. Las blancas estatuas de mármol de la sepultura de Canova parecían muertos con sus sudarios, silenciosos, de contornos imprecisos. Delante del altar mayor ardían tres grandes cirios. No sentía miedo ni dolor, era como si yo mismo perteneciera a la muerte y en aquellos momentos estuviera entrando en mi auténtico hogar. Me aproximé al altar, olía a violetas, el velo de luz

de la lámpara caía sobre el ataúd abierto en el que yacía la difunta. ¡Era Maria, parecía dormida! Yacía, cubierta de violetas, como una imagen marmórea de la belleza. Sus negros cabellos formaban un bucle sobre la frente y tenían prendido un ramo de violetas. ¡Los ojos cerrados, toda aquella imagen de paz y belleza, embargó mi alma! Era a Lara a quien veía, igual que en las ruinas de los templos, cuando besé su frente, pero ahora no era sino una estatua de mármol, carente de vida y calor.

—¡Lara! —exclamé en un suspiro, y me hincué de rodillas delante del ataúd—. ¡Lara! ¡En la muerte me hablan tus ojos cerrados, tus labios mudos! ¡Te reconozco! ¡Te he reconocido en Maria! ¡Mi último hálito de vida ha muerto contigo! —mi corazón se aliviaba en las lágrimas que lloraba, mis lágrimas cayeron sobre el rostro de la muerta, y se las restañé con un beso—. ¡Todos me han abandonado! —suspiré—. ¡También tú, la última con la que ha soñado mi corazón! Mi alma ardía por ti de una forma distinta a como ardió por Annunziata y por Flaminia. ¡Mi corazón se inclinó hacia ti lleno de santo respeto!... el amor puro, limpio, que sienten los ángeles, ése es el que albergaba mi corazón por ti, pero nunca creí que fuese amor, pues era demasiado espiritual... ¡Jamás lo había sentido, nunca me atreví a expresártelo!... ¡Adiós! ¡Adiós, postrer novia de mi corazón! ¡Que tu sueño sea glorioso! —besé su frente—. ¡Novia de mi alma! ¡No daré mi mano a mujer alguna! ¡Adiós! ¡Adiós! —me saqué el anillo, lo puse en el dedo de Lara y alcé mis ojos hacia el invisible Dios del cielo. Y entonces, el terror corrió por mi sangre, sentí que la muerta apretaba mi mano en la suya... los sentidos me engañaban. La miré fijamente, los labios se movieron, todo a mi alrededor se movía, sentí mis cabellos erizarse en mi cabeza. El horror, el horror de la muerte paralizaba mis brazos y mis piernas; no podía levantarme.

—Tengo frío —susurró una voz detrás de mí.

—¡Lara, Lara! —grité, todo era noche ante mis ojos, pero era como si el órgano tocara blandas notas que se fundían unas en otras. Una mano se deslizó lentamente por encima de mi cabeza, unos rayos de luz penetraron en mis ojos, ¡todo se hizo tan claro, tan luminoso...!

—¡Antonio! —dijo Rosa en voz baja, y la vi. La lámpara ardía en la mesa, delante de mi cama había una figura arrodillada, llorando. La reconocí, vi la realidad delante de mí. Mi terror se debía sólo a la fiebre.

—¡Lara, Lara! —exclamé. Ella se apretó las manos contra los ojos. ¿Qué habré dicho en mis delirios febriles? Aquella visión estaba viva en mi memoria, y en los ojos de Maria pude leer que había sido testigo de la confesión de mi alma.

—¡La fiebre ha pasado! —musitó Rosa.

—¡Sí, me siento bien, muy bien! —exclamé, mirando a Maria. Ella se puso en pie, quería salir de la habitación—. ¡No me dejes! —supliqué, y extendí mis manos hacia ella. Se quedó en pie, muda, ruborizada—. ¡Soñé que usted había muerto! —dije.

—¡Fue una pesadilla causada por la fiebre! —exclamó Rosa, y me dio la medicina que había prescrito el médico.

—¡Lara! ¡Maria! ¡Escúchame! —exclamé—. ¡No es una pesadilla provocada por la fiebre! ¡Siento la vida regresar a mi sangre! Toda mi vida ha sido un extraño sueño. ¡Nos habíamos visto antes! ¡Usted oyó mi voz hace años, en Paestum, en Capri, y la reconoció! ¡Lara! ¡Ahora me doy cuenta, la vida es tan breve, por qué no hemos de darnos la mano en este breve encuentro! —extendí mi mano hacia ella, y ella la apretó contra sus labios—. ¡Te amo, siempre te he amado! —exclamé, y ella sonrió callada, arrodillada ante mi cama...

«Eros», dice el mito, «puso orden en el caos, creó el cosmos». Esta creación se ve renovada en cada corazón amante. De los ojos de Maria bebí salud y vida. Ella me amaba. Habían transcurrido unos pocos días, estábamos solos en la salita a la que llegaba desde el balcón el aroma del naranjo; allí había cantado para mí pero con notas más dulces, y más espiritual y más profunda sonaba ahora la confesión del más noble corazón. No me había equivocado: Lara y Maria eran la misma persona.

—¡Siempre te he amado! —me dijo—. Con tu canto introdujiste añoranza y dolor en mi corazón cuando, ciega y sola con mis sueños, no conocía sino el aroma de las violetas y el cálido sol. Igual que sus rayos ardió tu beso en mi frente, así ardió en mi corazón. El ciego sólo posee el mundo del espíritu, y en él te vi. La noche después de oír tu improvisación en el Templo de Neptuno de Paestum, tuve un sueño extraño que se confundía con la realidad. Una gitana me vaticinaba que recuperaría la vista. Soñé con ella, me decía que había de cruzar el mar con Angelo, mi anciano padre adoptivo, hasta Capri. En la cueva de las brujas hallaría la luz de mis ojos, el ángel de la vida me entregaría las hierbas, e igual que sucedió a Tobías, mis ojos volverían a ver el mundo de Dios. Volví a soñarlo esa misma noche, se lo conté a Angelo pero él sacudió la cabeza. A la madrugada siguiente lo soñó él mismo, y dijo entonces: «Gracias sean dadas a la Madonna, incluso los malos espíritus han de obedecerla». Nos levantamos, izó la vela y cruzamos veloces el mar. Pasó el día y llegó la tarde, y la noche, pero yo vivía en aquel extraño mundo espiritual, oí al ángel de la vida pronunciar mi nombre, su voz sonó como la tuya, él me dio las hierbas y la riqueza, grandes tesoros traídos de diversos países del mundo. Cocimos las hierbas, pero el brillo de la luz no penetró en mis ojos. Llegó entonces un día a Paestum el hermano de Rosa, entró en nuestra choza, donde yo estaba acostada, y se sintió conmovido por mis ansias de ver el grandioso mundo de Dios, me prometió la luz de mis ojos, me llevó con él a Nápoles y pude ver la magnificencia de la vida; él y Rosa me tomaron cariño y me abrieron otro mundo más bello aún, el del espíritu. Me quedé en su casa, me llamaron Maria en recuerdo de una querida hermana fallecida en Grecia. Un día, Angelo me trajo los ricos tesoros, dijo que eran míos, que la muerte vivía ya en su sangre, que había usado sus últimas fuerzas para traerme lo que era mío, y sus palabras fueron las últimas del moribundo. Lo vi morir, a él, mi único protector en mi pobreza. Una tarde, el hermano de Rosa me preguntó con extraña seriedad sobre mi viejo padre adoptivo y aquellas riquezas. Yo sólo sabía lo que él me había dicho, que se las había entregado el espíritu de la resplandeciente gruta; yo sabía que siempre habíamos vivido en la pobreza, Angelo no podía ser un pirata, era piadoso y compartía conmigo hasta el más pequeño regalo.

Le conté entonces cómo la aventura de su vida se había enlazado con la mía, y que la había visto a ella con el anciano en la asombrosa gruta. No le quise decir que fue el anciano quien cogió la pesada marmita, pero le conté que fui yo quien recogió las hierbas.

—Pero —exclamó ella— ¡el espíritu se hundió en la tierra después de darme las hierbas, eso es lo que me contó Angelo!

—Eso es lo que él creyó ver. Yo estaba exánime, mis piernas no podían soportarme, caí de rodillas y acabé por desmayarme entre los verdes matorrales.

Aquel portentoso mundo deslumbrante en el que nos encontramos era el indisoluble nudo entre lo sobrenatural y lo real.

—¡Pero nuestro amor es un mundo del espíritu! —exclamé—. Al mundo de los espíritus fueron todas nuestras personas queridas, hacia él nos deslizamos también nosotros en nuestra vida terrenal; ¿por qué no creer en él?, ¡al fin y al cabo no es sino la última realidad! —y apreté a Lara contra mi

corazón, era tan bella como la primera vez que la vi.

—¡Reconocí tu voz cuando te oí de nuevo en Venecia! —dijo ella—. Mi corazón me arrastraba hacia ti, creo que incluso en la iglesia, ante la faz de la Madre de Dios, me puse de rodillas ante ti. Te vi aquí, aprendí a apreciarte más y más, entré una segunda vez en tu vida cuando Annunziata me bendijo como novia tuya... pero tú me apartabas de tu lado, decías que ya no amarías a nadie más... que no darías tu mano a mujer alguna. Nunca mencionaste a Lara, ni a Paestum, ni a Capri al contarnos los extraños senderos de tu vida. ¡Creí que no me amabas, que habías olvidado lo que nunca estuvo realmente cerca de tu corazón!

Besé su mano en señal de reconciliación, dije de qué extraña forma su mirada había aprisionado mis labios; sólo cuando el cuerpo yacía ligado ya a la muerte, cuando mi propio espíritu se movió en el mundo de los espíritus al que tan portentosamente estaba unido nuestro amor, entonces osé expresar lo que albergaba mi corazón.

Ninguna otra persona, sólo Rosa y el Podestà, supieron de la felicidad de nuestro amor. Habría querido contárselo a Poggio. Todos los días de mi enfermedad me visitó varias veces, yo tenía ya buen aspecto y él parecía pálido cuando un día, en la clara luz del sol, lo apreté contra mi corazón.

—Poggio, ven a vernos esta tarde —dijo el Podestà—, ¡y no faltes! No habrá nadie más que la familia, Antonio y tres amigos.

Todo se engalanó festivamente.

—¡Parece una fiesta de onomástica! —dijo Poggio; y el Podestà los condujo a él y los amigos hasta la pequeña capilla, donde Lara me entregó su mano. En sus cabellos oscuros había prendido un azul ramito de violetas. La niña ciega de Paestum estaba allí, capaz ya de ver, doblemente bella, ante mí.

Todos nos dieron la enhorabuena, el contento era grande, Poggio cantó alegre e hizo un brindis tras otro.

—¡He perdido la apuesta! —le dije—. Pero me alegro de haberla perdido, pues perder la apuesta significa ganar la felicidad —y besé los labios de Lara.

Como bulliciosos cantos sonó la alegría de los demás. La nuestra, la mía y de Lara, era muda, silenciosa como la noche que nos envolvió cuando todos se hubieron marchado.

Para mí, la vida ya no era un sueño.

—¡La felicidad del amor es real! —exclamé, y pecho contra pecho se perdió el pensamiento en una santidad que sólo un Dios podría inspirar en el pecho humano.

Dos días después, Rosa nos acompañaba al dejar Venecia. Visitamos la hacienda que habían comprado para ella. Desde la noche de los esponsales no había vuelto a ver a Poggio; llegó entonces una carta suya:

«He ganado la apuesta, pero he perdido».

No se lo podía encontrar por ningún sitio en Venecia. Poco a poco se convirtió en certeza mi suposición de que amaba a Lara. Pobre Poggio. Tus labios cantaban alegría, pero la idea de la muerte llenaba tu corazón. Francesca encontró a Lara adorable; y ella, Sua Eccellenza y Fabiani, todos alabaron mi elección. Incluso Habbas Dahdah sonrió de oreja a oreja al darme la enhorabuena. De los viejos conocidos sigue vivo aún tío Peppo, que continúa en la Escalinata de España, donde seguirá diciendo su

buon giorno todavía por muchos años.

El seis de marzo de 1834 había un buen número de forasteros reunidos en la hospedería de Pagani, en la isla de Capri. Toda la atención estaba dirigida hacia una joven calabresa cuya belleza los tenía cautivados; los bellos ojos oscuros descansaban en su marido, que la llevaba del brazo. Éramos Lara y yo. Tres felices años llevábamos ya casados y ahora, en un viaje a Venecia, estábamos visitando la isla de Capri, el hogar de la más asombrosa aventura de nuestras vidas, donde todo se explicaría por fin. En un rincón de la estancia había una dama anciana que llevaba en brazos a una niña pequeña; un señor forastero, bastante alto y un tanto pálido, de rasgos marcados y vestido con un traje azul, se acercó a la niña, jugó con ella y pareció encantado con su belleza; hablaba francés, pero a la niña le dijo unas palabras en italiano, hizo divertidas piruetas para hacerla reír, y la criatura puso los labios para darle un beso; el hombre preguntó cómo se llamaba, y la anciana, se trataba de mi querida Rosa, dijo: «Annunziata».

—Un nombre precioso —dijo el hombre, y besó a la pequeña, que era nuestra hija, mía y de Lara. Me acerqué a él, era danés; en la sala había otro compatriota suyo, un hombre pequeño y serio, de mirada inteligente, con traje blanco. Los saludé, eran compatriotas de Federigo y del gran escultor Thorvaldsen; supe que el primero estaba en Dinamarca y que el último seguía en Roma, y es que lo suyo es realmente Italia, no el frío, oscuro norte.

Bajamos a la playa y subimos a las pequeñas barcas dispuestas para conducir a los viajeros al otro lado de la isla. En cada barca cabían solamente dos personas, una en cada extremo, aparte del remero, que iba en el centro.

Vi por debajo de nosotros las transparentes aguas que saludaron a mi memoria con su aérea claridad. El barquero empujó el remo con fuerza y la barca en la que íbamos Lara y yo comenzó a navegar a la velocidad de la flecha. Nos pusimos muy por delante de todos los demás. Al poco no veíamos ya el lado de Capri con forma de anfiteatro, donde verdes viñedos y naranjales adornan los campos, ahora se alzaban verticales los altos farallones de roca hacia el cielo. El agua era azul como las llamas del azufre, las azules rompientes golpeaban los acantilados sobre los morados erizos de mar que crecían allá abajo. Estábamos todos en el lado opuesto de la isla y tan sólo veíamos el acantilado vertical y, por encima de la superficie, una pequeña abertura que parecía apenas suficientemente grande para una barca.

—¡La cueva de las brujas! —exclamé, y todos los recuerdos que de ella conservaba despertaron en mi alma.

—¡Sí la cueva de las brujas! —dijo el remero—. Así la llamaban antes, ¡pero ahora sabemos lo que es! —nos habló entonces de los dos pintores alemanes, Fries y Kubits, que tres años atrás habían osado nadar hasta allá dentro y descubrieron aquella asombrosa belleza que ahora todos los viajeros querían contemplar. Nos aproximamos a la entrada, que apenas se elevaba una vara por encima del resplandeciente mar azul. El remero recogió el remo y nos tumbamos en la barca, que ahora dirigía con las manos, y entramos en un oscuro abismo bajo el inmenso acantilado azotado por el gran Mar Mediterráneo. Oí a Lara respirar muy hondo, aquello tenía algo de aterrador; pero pasó un instante tan solo y nos encontramos en una enorme bóveda donde todo brillaba como el éter. El agua, por debajo de nosotros, era como azul fuego ardiente que lo iluminaba todo. Alrededor todo estaba cerrado, pero por debajo del agua se prolongaba la pequeña abertura por la que entramos, llegaba hasta el fondo del mar, a cuarenta brazas de profundidad, y con idéntica anchura. La fuerte luz exterior apenas conseguía enviar sus rayos al interior de la gruta y corría como fuego por el agua azul, que parecía transformada en

llameante alcohol. Todo lo reflejaba: el arco de roca, la barca, todo parecía traspasado por el éter, que lo cubría todo. Las gotas que el remo levantaba en el aire brillaban rojas como frescos pétalos de rosa. Era un mundo de hadas, el asombroso reino del espíritu. Lara juntó sus manos, su pensamiento se encontró con el mío. Allí estuvimos una vez los dos, allí había ocultado el pirata su tesoro, pues nadie osaba acercarse a aquel lugar. Ahora, todas las visiones sobrenaturales se habían disuelto en realidad, o la realidad misma se había transformado en mundo espiritual, como siempre en la vida terrenal, donde todo, desde la semilla de la flor hasta nuestra alma inmortal, es un milagro, aunque el hombre no quiera aceptarlo.

La pequeña abertura de la cueva lucía como una clara estrella que se oscurecía, y entonces aparecieron, como surgidas del abismo, las demás barcas. Venían hacia nosotros. Todo era devoción y recogimiento. El protestante, como el católico, sentía allí la existencia de los milagros.

—¡El agua está subiendo! —dijo uno de los marineros—. Tenemos que salir, porque, si no, la abertura se cerrará y tendremos que quedarnos aquí dentro hasta que la marea vuelva a bajar.

Abandonamos aquella extraña cueva deslumbrante, el extenso mar abierto se extendía ante nosotros y sobre la oscura boca de la *Grotta Azzurra*.